

Cortarse y llevarse al templo.—
Corta pues, su tronco hiere.

HEBREO.

¿Cómo, si es árbol divino,
Al golpe no se defiende?
(Dale golpes, y suenan truenos, relámpagos y tempestad.)

CANDÁCES.

¿Qué es esto? El blanco rocío
Que en sus bellas hojas tiene,
Se vuelve en sangre.

SABÁ.

Y sus ramas
Caen rojas, siendo verdes.

CANDÁCES. (Al Hebreo.)

Hoy el cielo sobre tí
Diluvios de sangre llueve.
No le cortes, no le cortes.

HEBREO.

¿De qué te afliges? ¿Qué temes?
Algún pájaro, que herido
De agudo arpon hizo albergue
Esta copa, ensangrentó
Sus hojas, y ahora al verse
Sacudido, las despide.
Que brame el viento, que tiemble
La tierra, no son efectos
De un árbol, puesto que tiene
Causas la naturaleza
Que esos efectos engendren.
Deja, señor, que le corte.

CANDÁCES.

Yo no he de mandar que llegues
A ofenderle ni á cortarle:
Cortale tú, si quisieres,
Hebreo.

HEBREO.

Como gentil,
Que en el Nilo adorar sueles
Los cocodrilos por dioses,
Jitano, que en tanto tienes,
Piensas que es Dios este árbol.
Yo le cortaré.

CANDÁCES.

Árbol fuerte,
Los golpes son del hebreo,
No del gentil: él te ofende.

SABÁ.

¿No le ves, que con el alma
Vegetativa que tiene,
Al amago ha parecido
Que se encoge y se estremece?

CANDÁCES.

La tierra, al considerar
Que hijo tan hermoso pierde,
Quiere, abortando prodigios,
Abrir su preñado vientre.

HEBREO.

Ya su tronco mide el suelo.
(Cae el árbol, y vuelven los terremotos.)

SABÁ.

Y al inclinar su alta frente,
Delirios el mundo sueña,
Eclipses el sol padece.

(Oscurécese el teatro.)

CANDÁCES.

Árbol, que la vida y alma
Sangre llora y penas siente,
¿Qué árbol es?

HEBREO.

¿No ves que es palma?

SEMEY.

¿Que tanto el temor te ciegue,
Que llames palma á un cipres?

JOAB.

¿Aqueste es cipres! Tú eres
El ciego, pues al que es cedro
Llamas cipres.

HEBREO.

¿Cedro es este?

JOAB.

¿Pues no es cedro? Mira aquí
Si esto es cedro.

CANDÁCES.

Razon tienes.

HEBREO.

No es posible que no sea
Esto palma: ahora advierte
Si es palma en aquesta parte.

CANDÁCES.

Palma es.

SEMEY.

Se le parece;
Pero mira si es cipres.

CANDÁCES.

Cipres es: tres nombres tiene
De por sí; mas todos juntos
Es un ramo solamente.

SABÁ.

Hasta en eso hay mas misterio.
El cedro, que es árbol fuerte,
Es como el Padre divino,
Que engendra perpetuamente.
La palma, que dice amor,
Pues sin el amor no crece
Ni da fruto, semejante
Es al Espíritu ardiente
Que enciende en amor los pechos.
El cipres, que dice muerte,
Como el Hijo es, pues él solo
De las tres Personas muere.
Y así, cipres, cedro y palma
Declara, explica y contiene
En Padre, Espíritu y Hijo,
Unidad, amor y muerte.

CANDÁCES.

Funesto enigma del día,
Tus razones no se entienden.

HEBREO.

Como es obscura la casa,
Así el alma, que es su huésped,
Tienes obscura también.

CANDÁCES.

Sin duda mágica eres,
Que habitas en estos montes,
Y así, digo que nos dejes.—
Alzad aqueste madero;
Que será bien que le lleve
A Salomon por prodigio;
Pues también la tierra tiene
Arboles monstruos, que dan
A una forma tres especies.

(Vanse, llevando el árbol.)

Plaza y atrio de un palacio de Jerusalem.

ESCENA V.

SALOMON.

Desde esta parte, donde
A la fábrica hermosa corresponde
El supremo palacio,
Alcázar de David, quiero despacio
Considerar ahora
La beldad que á los cielos enamora,
Que los vientos suspende,
Y á solo el sol con presunción ofende,
Porque tantos reflejos
Se levantan á soles desde léjos,

Y hay cuestion y porfia
Sobre á cuál de los dos se debe el día.
Jerusalen sagrada,
Ciudad de Dios, en Asia fabricada,
Tres montes te sustentan,
Que Atlantes de su cielo, nunca alien-
Porque su gran fatiga, [tan,
A gemir mudamente les obliga,
Y á respirar tan quedo,
Que los ecos son voces de su miedo.
De aquestos pues tres montes
Que dividen al cielo en horizontes,
Moria, Sion, Calvario,
Hice eleccion y le juré de erario,
Archivo de su gloria,
A la cumbre feliz del monte Moria;
Porque dice en hebreo
Moria, especulacion; y así, bien creo
Que el templo comenzado
Sobre especulacion esté fundado
Con soberano indicio,
Pues la oracion, el ruego, el sacrificio
Siempre dan por efectos
Especular de Dios altos secretos.
Bien conforme la planta
Del mismo Dios, la fábrica levanta
La frente, y es coluna
De la cóncava esfera de la luna.
Las piedras ajustadas
Vienen desde los montes, y labradas
Las vigas, de manera
Que aunque errar el artífice quisiera,
No pudiera con arte
Que ninguna viniera en otra parte,
Sino solo en aquella
Para donde su artífice la sella:
Y así andan entre propios y extranjeros
En ella novecientos mil obreros.
Su concordancia es mucha,
Pues una voz ni un golpe no se escucha.

ESCENA VI.

HIRAN. — SALOMON.

HIRAN.

Dame á besar tus plantas,
Si mi humildad merece dichastantas.

SALOMON.

Hiran, dame los brazos,
Dignos sujetos de tan nobles lazos.
¿Cómo en Sabá te ha ido?
Que aunque cartas y avisos he tenido,
No será accion impropia
Saber á boca nuevas de Etiopia.

HIRAN.

Llegué á Sabá, señor, donde admirada
Nicaula, de Sabá reina sagrada,
Que competencias debe
Al alba, á la azucena y á la nieve,
De escuchar tus grandezas,
El honor de tus ciencias y riquezas,
Quiso venir á verte, y peregrina
Cortó del mar la esfera cristalina.
Dones que presentarte
Trae, y enigmas que ha de preguntar-
Que en ciencia y poder quiere [te;
Examinar si á tu deidad prefiere,
Porque es la negra estrella
Tan piadosa y sabia como bella;
Y aquesta tarde llega
Donde la luz de tanto sol la ciega.

SALOMON.

Ya sabido lo tengo, [go.
Y grandes triunfos á su honor preven-

ESCENA VII.

CANDÁCES. — DICHOS.

CANDÁCES.

Ya el Líbano, ciudad de bellas flores,
 Vulgo de plantas, plebe de colores,
 Talé con varias gentes;
 Mas entre tantos troncos diferentes
 Que vienen, te encarezco
 Uno, y este en mi nombre te le ofrezco,
 Porque es árbol con alma
 De un cedro, de un ciprés y de una pal-
 No le vió semejante [ma.
 El sol desde su trono de diamante;
 No le vió en sus entrañas
 La tierra igual: sus hojas son extrañas,
 Extraña su grandeza,
 Su pompa extraña es y su belleza.
 Al desasir los lazos,
 Que en sus raíces con caducos brazos
 Tenía dados la tierra,
 Ella y el viento nos hicieron guerra,
 Aumentando portentos
 Al despedirse dél los elementos.

SALOMON.

Los dos me habeis traído
 Las dos cosas que mas he agradecido.
 En un jardín aparte
 Se ponga con estudio, ciencia y arte
 Solo ese árbol, donde yo le vea,
 Porque hermosura de mi templo sea;
 Y Sabá aquesta tarde
 Llegue á mi trono.

HIRAN.

Fuerza es que no aguarde,
 Pues ya los instrumentos,
 Que de apacible horror llenan los vien-
 Y el rumor nos avisa [tos,
 Que la adusta sibila y profetisa
 Del reino del Oriente
 Llegue á palacio...

SALOMON.

Generosamente

Mi pueblo la reciba.

ESCENA VIII.

GENTE, dentro. — DICHOS.

GENTE. (Dentro.)

¡La gran sibila del Oriente viva!

SALOMON.

Que es bien que honre á quien tiene
 Tanto valor, que á visitarme viene
 Desde la India; y quiero,
 Miétras que yo en mi altivo trono es-
 Que los dos en mi nombre [pero,
 La recibais, para que mas se asombre
 De que por solas leyes
 Emprenden estos triunfos tales reyes.

HIRAN.

A obedecerte vamos.

CANDÁCES.

Muy justamente admiraciones damos
 A mujer tan altiva.
 (Vanse Candáces e Hiran. Salomon sube
 á un trono puesto en el atrio.)

GENTE. (Dentro.)

La gran sibila del Oriente viva.

ESCENA IX.

HEBREOS, MÚSICOS, NEGROS, JOAB, SE-
 MEY; SABÁ, en un carro; CANDÁ-
 CES e HIRAN. — SALOMON, en su
 trono.

HIRAN.

Ya Salomon te espera,
 Planeta siendo de tan alta esfera.

MÚSICA.

Morena soy, pero hermosa,
 Hijas de Jerusalem,
 Morena soy, pero hermosa:
 Bien podeis venirme á ver.

SABÁ.

Príncipe soberano
 Del gran pueblo escogido
 De Dios, que en ti ha excedido
 Las obras de su mano,
 Pues eres peregrino
 Un casi humano Dios, hombre divino...

SALOMON.

Deidad alta y suprema
 De la zona abrasada
 Donde de luz bañada,
 El sol las alas quema,
 Y los rayos envía,
 Hermosa noche, emperatriz del día...

SABÁ.

Tú, que de Dios amado,
 Eres tesoro vivo,
 De su poder archivo,
 De sus ciencias dechado,
 Digno de que te nombres
 El mas rico y mas sabio de los hom-
 [bres...

SALOMON.

Tú, que el concepto obscuro
 A descifrar te atreves,
 Cuando el aliento bebes
 Del Espiritu puro,
 Voz, que de Dios avisa,
 Sibila negra, hermosa profetisa...

SABÁ.

Salve, y puesta á tus plantas,
 Eterna vida tengas.

SALOMON.

Salve, y felice vengas
 A ensalzar dichas tantas,
 Donde yo te reciba.
 ¡Viva Saba! decid.

SABÁ.

¡Salomon viva!

(Baja Salomon, y Sabá se apea.)

SALOMON.

A tantos rayos, ciego
 Dignamente he quedado;
 Mas ¿qué mucho si osado
 Mares sulco de fuego?
 Que aunque negra, eres bella,
 Y ya toda la noche es una estrella.

SABÁ.

La sombra con el día
 No ha de hacer competencia.
 Haga tu luz ausencia
 A mi tiniebla fria;
 Que al mirarte me asombras,
 Anegado tú en luces y yo en sombras.
 (Ap. ¡Qué notable grandeza!)

SALOMON. (Ap.)

¡Qué divina hermosura!

SABÁ. (Ap.)

¡Qué majestad tan pura!

SALOMON. (Ap.)

¡Qué singular belleza!

SABÁ. (Ap.)

Absorta á cada paso
 Grandezas miro.

SALOMON. (Ap.)

A su sol me abrasso.

SABÁ.

A tus soberanas plantas,
 A tu sagrado dosel,
 Gran Salomon, hijo heróico

Del Profeta, sabio Rey:

A tu solio sin segundo
 Llega una humilde mujer
 Que en la India del Oriente,
 Que mancha del mundo es,
 Nació reina, sabia, rica,
 Y nació hermosa; si bien
 La cólera allí del sol
 La pudo turbar la tez.
 Llamada de las noticias
 De tu ciencia y tu poder,
 Vine á verte y á escucharte:
 Digno precio á tanta fe.
 Si he hallado gracia en tus ojos,
 Halle piedades tambien,
 Pues hoy es día, señor,
 De hacer á todos merced.
 Prometí que pediria,
 Cuando te llegase á ver,
 Las vidas de dos que hoy
 Por un decreto cruel
 A muerte están condenados,
 Que son Joab y Semey.
 Si á visitarte no mas,
 Sabio y poderoso Rey,
 Tantas tierras discurri,
 Tantos mares navegué,
 A entender da que eres sabio,
 Perdonando injurias, pues
 Saber saber perdonar
 Dice tu Dios que es sabor.

SALOMON.

Sabá, justicia y piedad
 En igual linea se ven;
 Que son virtudes las dos
 Que no pueden exceder
 Una de otra, como efectos
 Participados de quien
 Ni puede ser mas ni ménos,
 Y siempre vive en un sér.
 Sabio es el rey que castiga,
 Y poderoso es el rey
 Que venga agravios de Dios,
 Ministro de su poder,
 Sin que deje la justicia
 Ofendida, por hacer
 Lisonjas á la piedad,
 Si virtud tambien lo es.
 Pero para que lo admires
 Todo junto, escuchamé.
 Ni he de hacer lo que me pides,
 Ni lo he de dejar de hacer;
 Ni tengo de ser piadoso,
 Ni justiciero he de ser.
 Uno doy á la justicia
 Y otro á la piedad, porque
 Ninguna virtud en mí
 Pueda quejarse despues.
 Escoge el que ha de vivir,
 Y mira que escojas bien,
 Porque aun en eso, Sabá,
 Sinrazones no he de hacer.

SABÁ.

Para haber de juzgar yo,
 Informarme he menester
 Mas despacio.

SALOMON.

Pues los dos
 Estén presos; que tambien
 No es esta ocasion de juicios.
 Prosiga el triunfo; que en él
 Quiero acompañarte yo;
 Y vea Jerusalem
 Dos planetas en un carro,
 Dos reyes en un dosel,
 Dos soles en una esfera,
 Dos triunfos en un laurel.

JORNADA TERCERA.

Jardin.

ESCENA PRIMERA.

IRÍFILE, IRENE, CASIMIRA, CRIADOS.

IRÍFILE.

Notables grandezas son
Las del rey de los hebreos.

CASIMIRA.

Dignamente las celebra
La fama.

IRÍFILE.

No en vano fuéron
Las noticias á Sabá
De sus celebrados hechos.

IRENE.

Y no en vano nuestra reina
Vino á verle.

CASIMIRA.

Ya te entiendo

La malicia.

IRENE.

Tú te engañas,
Si presumes que es mi intento
Mas que hablar de los aplausos
De su poder y su ingenio.

CASIMIRA.

¿Y no te acuerdas de amor?

IRÍFILE.

Ni me olvido ni me acuerdo;
Mas si por él lo entendiste,
Poco importa cuando vemos
Tan manifiestas las causas,
Hacer juicio en los efectos.

IRENE.

En fin, ¿se rindió al amor
Un rey tan docto y supremo?

IRÍFILE.

Un rey tan supremo y docto
Se rindió, Irene, por serlo;
Porque no puede ninguno
Amar sin entendimiento.

CASIMIRA.

Grandes las fiestas han sido
Que Jerusalem ha hecho.

IRÍFILE.

Y no ha sido la menor
La de hoy, pues en aquestos
Jardines la ha festejado
Con músicas y con versos.

CASIMIRA.

Y para sobrecomida
Quedan los dos arguyendo,
Y él responde á cuantas dudas
Nuestra emperatriz le ha puesto.

ESCENA II.

MANDINGA. — DICHOS.

MANDINGA.

¡Vive Dioza, que una nima
He ezturiado, y que tenemo
De cogé á ezte Zalomon!
Que ez tan zabiondo, con eyo,
Puez no ha de dal en el chizte,
Pol maz que zepa.

IRENE.

¿Qué es eso,

Mandinga?

MANDINGA.

Acá que no ez nara.
Hoy quien mas zabe velémo.

T. XIV.

ESCENA III.

SABÁ, SALOMON, HIRAM. — DICHOS.

SALOMON.

En la hermosa primavera
Destos jardines amenos,
Que hacen verdes pabellones
De las palmas y los cedros,
Podrás, hermosa Sabá,
Sombra del mayor lucero,
Con tus etiopes sabios
Proseguir los argumentos.

SABÁ.

Generoso dueño mio,
Para mis ojos mas bello
Que este monte que es coluna
Dórica del firmamento,
Mas agradable á mi vista
Que esos árboles compuestos
De fruta y flor, mas süave
Que las luces y bosquejos
De sus sombras, en la siesta
Que hiere al sol mas severo;
Aunque de tus ciencias ya
Bastante experiencia tengo,
Por divertirme no mas
Hacer academia quiero
Este jardin, noble envidia
De los pensiles sabéos.
Diviértante pues mis damas.
Cada cual vaya poniendo
Una duda, y tú responde.

MANDINGA.

¿Damaz dijio? Puz empiezo,
Y plopongo aquezta nima.
Eztéme uzanzed atento
A lo nima que plopongo.

IRENE.

Aparta, loco.

MANDINGA.

No quielo;
Que á mi ¿quién me quita sel
Dama hoy, pues lo palecemos
Turos? que mueltas las luces,
Turos los gatos son neglos.

IRENE.

¿Podrá el monarca mayor,
Con poder ó con ingenio,
Criar, señor, una rosa?

SALOMON.

No; que el clavel mas pequeño
Del pincel de Dios es rasgo,
Y no hay poder en el suelo
Que criar una flor pueda,
Porque este nombre supremo
De criar, es de Criador,
No de criatura.

IRENE.

Yo puedo

Haber una flor criado.

SALOMON.

No es posible.

IRENE.

Yo lo pruebo.

¿Qué es mas la flor mas hermosa,
Que una burla, engaño y juego
Que hace la naturaleza
A los ojos, pues es cierto
Que no tiene mas heldad,
Mas vida ni mas aliento
Que aquella que le dispensa
La mano, el aire ó el fuego,
Como pavesa del prado?
Luego si yo hacer hoy puedo
Una flor que engañe al sol,
Al hombre, al agua y al viento,
Diré que una flor crié.
Hable mejor el efecto.
Unas deste cuadro son

Mi estudio y otras del tiempo.
Di cuál es cierta ó fingida.

SALOMON.

Tú con natural aseó
Podrás haberla imitado;
No podrás haberla hecho.

SABÁ.

Tambien la naturaleza
Se imita, y por flor tenemos
La que se parece á otra.
Di: ¿cuál es cierta?

SALOMON.

No puedo
Distinguir las desde aquí.

SABÁ.

Luego ya una mano ha hecho
Lo que la naturaleza,
Si á ti te engaña.

SALOMON.

Eso niego;
Que el ver no le toca al sabio,
Pues un rústico grosero
Pudiera ver mas que yo
Y distinguir las mas presto.
Lo que á los sabios les toca,
Es examinar secretos
Naturales. Yo diré,
Oh Sabá, por el primero,
Cuál es verdadera, y cuál
Fingida: y así te ruego
Lo dejes estar; que yo
Te daré respuesta presto.
Vaya otra pregunta.

MANDINGA.

Vaya,

Y si la acielta, es dizcieto.
Soble un árbol que no ez árbol
Eztaba un pájaro puezto,
Que no ez pájaro...

CANDÁCES.

¿No callas,

Mandinga?

MANDINGA.

Ya callarémo.

SABÁ.

Pregunta, Irifile, tú.

MANDINGA.

Nola buena.

IRÍFILE.

Calla, necio.

MANDINGA.

Soble un árbol que no es árbol
Eztaba un pájaro puezto,
Que no ez pájaro, y cantó.

IRÍFILE.

¿Oh qué enfadoso te has hecho!

SALOMON.

Aguárdate un poco, Irene.
Aquella rosa que veo
Entre un clavel y un jacinto,
Es rosa fingida.

IRENE.

Es cierto.

SABÁ.

¿En qué lo viste?

SALOMON.

En que andaba
Una abeja haciendo cercos
Sobre ella, y nunca llegó
A picarla: de aquí infiero
Que es flor fingida, pues no es
De gusto ni de provecho.

SABÁ.

No quiero cansarte mas
Con ignorancias, supuesto

Que es ignorancia mi estudio
Comparado con tu ingenio.
Solo para que me admire,
Verte hacer un juicio quiero.
Tú me dijiste, señor,
Que yo de aquehos dos presos
Escogiese como sabia,
Con atencion y consejo,
El que habia de vivir.
Hélos escuchado, y quedo
Dudosa de sus razones,
Y á tu tribunal los vuelvo
Para ver el que tú eliges.
Decid que lleguen, y dellos
Te informa y juzga su causa.—
Mas ¿qué es lo que miro? ¡Cielos!
En las flores se ha quedado
Salomon durmiendo, al tiempo
Que de justicia le hablo.
No es mucho, si su desvelo
Hasta la aurora le tiene
A mis umbrales cubierto
De la escarcha del rocío,
Blancas lágrimas del cielo,
Que en este jardin se duerma.
Y así en tanto que él al sueño
Se rinde, venid conmigo,
Y una guirnalda le harémos
De las flores del Setim,
De las hojas de los cedros
Y cogollos de las palmas,
Que corone los cabellos
En quien blanco aljófár vierte
El alba. Soplad mas quedo
Y no hagais ruido, airecillos;
Que está mi vida durmiendo.

(Vanse.)

ESCENA IV.

Suenan cajas destempladas: aparécese
UNAMUJER, vestida de luto, con una
espada de fuego. — SALOMON, dor-
mido.

LA VISION.

Salomon...

SALOMON. (En sueños.)

¿Quién me nombra,
Que suspende su voz, su vista asom-
Y en una nube obscura, [bra,
De mi vida funesta sepultura,
Admira su semblante?

LA VISION.

¿Quién, tan sabio, se ve tan ignorante?
Porque el mayor agravio
De la ciencia es errar el hombre sabio.
Teme, teme en castigo,
Si extranjerías mujeres
De otra ley, de otro dios amas y quie-
Que esgrima la cuchilla [res,
Que relámpagos luce y rayos brilla,
Y te anegue el segundo
Diluvio que ha de sepultar el mundo.
(Desaparece.)

SALOMON. (Despertando.)

¡Justo y divino cielo!
A tu piedad, á tu piedad apelo
De la ignorancia mía,
Con ser el rey de la sabiduría.
Deten la ardiente espada
Contra mi flaco sér desenvainada,
Que es abismo de fuego
Que me deslumbra y que me deja cie-
¡Ay misero infelice! [go.
Cuando el brazo de Dios advierte y dice
Que tema su castigo,
¿Dónde seguro iré, si voy conmigo
Yo mismo á despeñarme?
Nada sabré, si yo no sé salvarme.
(Vase.)

Márgenes del Cedron.

ESCENA V.

ELIUD, HIRAN, CANDÁCES, HEBREOS.

HIRAN.

Esto manda Salomon.

ELIUD.

Pues ¿cómo tan brevemente
Se ha de fabricar la puente
Sobre el arroyo Cedron?

CANDÁCES.

Como no ha de ser labrada
De piedra y jaspé inmortal,
Ni en columnas de metal,
Ni en columnas de metal,
Sino solo fabricada
Para el paso necesario
Del concurso popular,
Y en que el Rey pueda pasar
Del monte Moria al Calvario.
No es menester mas cuidado
Que atravesar dos maderos,
Los que halláredes primeros,
De tantos como han sobrado
De la fábrica del templo,
Que son con caduco indicio
Antes ruina que edificio,
Puesto que en ellos contemplo
Que los dejan sin servir.

HIRAN.

Y esto con brevedad sea,
Porque esta tarde desea
Con la sabia negra ir
A los jardines que tiene
En el Calvario labrados,
Donde á sus dulces cuidados
Mayor aplauso previene:
Y quiere allí hacer alarde
De su mucha majestad.

ELIUD.

Si con tanta brevedad
Se ha de labrar, que esta tarde
Pasar por ella pretende,
Solo un madero será,
Y este cubierto estará
De rosas.

HIRAN.

Mira que ofende
La dilacion al deseo.

ELIUD.

Aqueste tronco ha de ser
El que aquí se ha de poner.
(Unos hebreos sacan un tronco.)

CANDÁCES.

No vendrá bien, porque creo
Deste tronco que ha nacido
Para mayor ocasion.
Dos mil artifices son
Los que ponerle han querido
En la fábrica, y ninguno
Le ha podido aprovechar,
Y no ha tenido lugar
En todo el templo oportuno
Para sí, porque tal vez
Viene grande, tal pequeño,
Y al fin, de su estrella dueño,
De sus misterios juez,
A la fábrica ha sobrado,
Perdiendo la estimacion
Que le dió la admiracion
Con que fué, hebreos, cortado
Del Libano.

UN HEBREO.

Así es verdad.

Mas para servir aquí,
¿Cómo ha de excusarse; si

No ha menester igualdad
Ni correspondencia?

HIRAN.

Sea

El tronco, que es eminente,
Desde una á otra parte, puente
Del Cedron, y en él se vea
Pisada de todos, rama
Que no se quiso asentar
En mas dichoso lugar
A hacer eterna su fama.

(Pónenle sobre dos peñas.)

CANDÁCES.

Bien la dicha ó la desdicha
Con que vive ó con que nace
Uno, se ve aquí, pues hace
Tal desprecio de la dicha
Un madero, cuando pudo
Nacer para estar cubierto
De oro y plata; y triste y yerto,
Pisado, humilde y desnudo
Se ha de ver, y atropellado
De una planta y otra planta.

HIRAN.

Y en su lugar se levanta
Otro, quizá destinado
Para puente; que estas son
Maravillas que Dios hace.

CANDÁCES.

Todo con su estrella nace,
Todo con su inclinacion.
¿Qué sabeis si mas ufano
En esa humildad está
Sirviendo de puente ya,
Que en el templo soberano
Siendo columna inmortal?
Que creo que no estuviera
Mejor cuando cima fuera
Deste templo celestial.

HIRAN.

¿Hasta un tronco, hasta un madero
Nace con su estrella?

CANDÁCES.

Sí.

ELIUD.

La música suena allí.
Ya llegan: cubrirle quiero;
Y ya que es camino, en fin,
Camino apacible sea,
Y matizado se vea
Del clavel, rosa y jazmin.

CANDÁCES.

¡Gracias á Dios que sirvió,
Y vino á una parte bien,
Ramo que á Jerusalem
De tan mala gana dió
El Libano!

HIRAN.

Arbol tan varío,
Que ignora su corazon,
Sirva de puente al Cedron,
Que es el paso del Calvario.

ESCENA VI.

SABÁ, SALOMON, JOAB, SEMEY, ACOM-
PAÑAMIENTO, SOLDADOS. — DICHS.

SABÁ.

¿Tanto, señor, un sueño te divierte?
Quien tanto sabe, ¿ignoraré que el sue-
[ño,

Aunque es pálida imágen de la muerte,
No es de la vida ni del alma dueño?
Que es sombra mira, que es fantasma
[advierte.

Fácil es su poder, su horror pequeño.
Vuelve á mirarme, cesen tus enojos.

SALOMON.

Dices bien : no hay pesar al ver tus
SABÁ. [ojos.]

¿Músicas no te alegran ni cantares,
Aunque tan dulces son los que has
[compuesto]

A mis amores hoy? Pues tus pesares
No se divierten, gran señor, con esto,
Hoy quiero que una duda me declares :
Así divertirás tu mal, supuesto [ve
Que no hay cantar mas dulce y mas suá-
Que hablar en ciencias al que ciencias
Semey y Joab muriendo viven, [sabe.
Y por instantes uno y otro esperan
Vida y muerte : á tus piés hoy se aperi-
[ben ;
Pues uno ha de vivir, los dos no muer-
[ran.]

Juzga su causa que con llanto escriben ;
Que yo no sé qué méritos prefieran,
Ni qué culpa, señor, pues considero
La razon en aquel que habló postrero.

JOAB.

Yo, señor, fui general
De David, con tantas glorias,
Que en bronce, en jaspe y metal,
Hoy me deben las historias
Eterna fama inmortal.
En las guerras de Absalon
Yo le serví y ayudé,
Y cuando de su escuadron
Absalon huyendo fué,
Le seguí con atencion ;
Que ceñido de laurel,
Seguí á Absalon, y fiel
Quise hacer lo que ordenó
Tu padre, pues me mandó
Que le mirase por él.
Vile del tronco pendiente,
Un racional bruto hecho ;
Y de santo celo ardiente
Movido, le pasé el pecho,
Desesperado y valiente.
El error fué de una accion,
El impulso fué del cielo,
La culpa de la ocasion :
Mira si merece el celo
Tener nombre de traicion.

SEMEY.

Yo en la pena que me aflige,
Sin razon, sin Dios, sin ley,
Confieso que un error dije,
Y que blasfemo maldije
Injustamente á mi rey.
Pero si llegó á alegrar
Por disculpa de su error
Joab en tanto pesar
El ser una accion, señor,
Tan fácil de ejecutar ;
Tanto mas lo viene á ser
Una voz, que fué mi mengua,
Cuanto es mas fácil mover
Que todo el brazo la lengua,
Y es el decir, que el hacer.

SABÁ.

Si yo tengo de escoger,
Joab vida ha de tener ;
Que en él la razon consiste.

SALOMON.

¿Oh qué mal, Sabá, escogiste!
Semey solo ha de vencer ;
Porque siendo claramente
Uno alevé, otro infiel,
Sacriligo é imprudente,
Joab ha sido mas cruel,
Y homicida inobediente.
El uno al Rey ofendió,
Y otro un hijo le mató ;
Y quiero que el mundo vea

Que cuando David desea
Que venga sus culpas yo,
Hago lo que hiciera él,
Pues si él ahora viviera,
Una maldicion cruel,
De quien él la parte era,
Perdonara justo y fiel ;
Pero un homicidio no,
Que es causa de Dios : y así,
Haciendo lo mismo yo
Que él hiciera, pues aquí
En su lugar me dejé,
Quiero mostrar en los dos
La que mas al cielo cuadre.
Vivid vos, y morid vos ;
Que el agravio de mi padre
Perdono, mas no el de Dios.
(Llévanse unos soldados á Joab y Semey.)

ESCENA VII.

SALOMON, SABA, ELIUD, HIRAN,
CANDÁCES, HEBREOS, ACOMPAÑA-
MIENTO, SOLDADOS.

SABÁ.

¿Oh jóven venturoso !
Grande don de los cielos mereciste,
Tan sabio y poderoso.
¿Bendito el vientre sea en que anduvis-
Los pechos que tocaste, [te,
Y feliz el imperio en que reinaste !

SALOMON.

¿Qué estilo, di, qué modo
Hay de salutacion tan dulce y nueva?
Que tu valor en todo
El alma pasma, el corazon eleva.

SABÁ.

En tan confuso abismo
Quise en tí saludar á tu Dios mismo.

SALOMON.

Dame la hermosa mano,
Sabá divina, y del Cedron la puente
Pasarás.

SABÁ.

Es en vano
Que yo pisarla ó profanarla intente
Con atrevida planta.

SALOMON.

¿Qué tienes? ¿qué te admira? ¿qué te
Sube, Sabá. ¿Qué miras? [espanta,
¿De quién huyes, te escondes y retiras?

SABÁ.

Miro la luz que me deslumbra ciega
De un volcan, que en humo y fuego ane-
Al sol, dando desmayos [ga
Con truenos, con relámpagos y rayos.

SALOMON.

Mi admiracion es mucha.

SABÁ.

Pueblo de Dios, advierte, atiende, es-
Que á mi docto desvelo [cucha ;
Nada le encubre ni le oculta el cielo.

Era la estacion del sol,
Primavera de los dias,
Floreciente edad del mundo,
Era la estacion florida.
Llamó Adan á Set su hijo ;
Que de toda su familia
Era Set, jóven hermoso,
El hijo que mas queria,
Y dijole así : — Ya sabes,
Set, que han sido las fatigas
Que causó la inobediencia,
Cosa forzosa y precisa.
No las quiero repetir ;
Mas solo es bien que te diga
Que cuando fui desterrado
De la hermosa patria mía,

Dios me dijo : — Adan, Adan,
Tus lágrimas me lastiman,
Tus suspiros me enternecen
Y me duelen tus desdichas.
Fuerza es salir desterrado ;
Mas porque contento vivas,
Te ofrece el estar en gracia
La misericordia mia.—
Dios me la ofreció ; y así,
Viendo ya el fin de mis dias,
Cuando ya mi sepultura
El pié decrepito pisa ;
Quiero, obediendo á Dios,
Desta merced ofrecida
Hacerte mi embajador,
Set ; y así, te determina
A seguir esta vereda.
Por ella sola te guia :
Llegarás á unas murallas
Que con el cielo terminan,
Cuyas piedras son topacios,
Crisólitos y amatistas.
Y al ángel que está á la puerta
Di que tu padre te envía
Por el oleo del Señor ;
Que á él basta que se lo digas.—
Despidióse Adan con esto
De Set, lleno de caricias,
Y Set siguió su vereda
Por mil campañas floridas.
Llegó en fin al paraíso,
Cuya hermosura escondida
Era una nube tan parda,
Que solo ver permitia
Un edificio divino,
Por ser monumento y pira
De su esplendor, una nube
Pálida, funesta y fria.
Suspenso el jóven estuvo,
Hasta que pendiente arriba
Al ángel vió, blandiendo
En su mano la cuchilla.
Pasmóle el temor, y dijo :
— Ángel, mi padre me envía
Por el oleo de la justa
Misericordia.— Admitida
La disculpa, dijo el ángel :
— Quiero, para que le digas
A tu padre que le has visto,
Enseñarte por cifra.—
Desde la puerta miró
Una vision exquisita
En un árbol, cuyas hojas,
Secas, mustias y marchitas,
Desnudo el tronco dejaban ;
Que entre mil copas floridas
De los arboles, él solo,
Sin pompa y sin bazarria,
Era cadáver del prado ;
Y como todos vivian
Con almas, él solamente
Sin alma vegetativa,
Era un árbol esqueleto,
Con armadura y sin vida.
Este el ángel le enseñó
Con el dedo, y dijo : — Mira
El oleo de la piedad :
Aquel es, aunque está en cifra.—
Volvió á su padre con esto
Set ; y Adan, que conocia
De la forma de aquel árbol
La maravillosa enigma,
Le dijo así : — Set, yo muero :
Lo que mi amor determina,
Es, que me des sepultura
En Hebron ; y mira encima
De mi sepulcro, que un árbol
Nace ; que esto significa
Ver tú el árbol de la muerte
Cuando el árbol de la vida
Quiere piadosos los cielos
Que nazca de mis cenizas.—

Espiró Adan; y Set, viendo
 Tan á la letra cumplida
 En la muerte de su padre
 Del ángel la profecía,
 Le dió sepulcro. Aquí es fuerza
 Que el discurso se divida,
 Y que pase á otro suceso.
 Corrió el tiempo, y llegó el día
 Que el último parasismo
 Presumió que padecía
 El mundo, y Noé anhelando
 Se vió entre las ondas rizas
 Del mar, que rompió las leyes
 Y prisiones que le habia
 Puesto Dios, y colocado
 Sobre las mas altas cimas
 De los montes, dijo al cielo:
 —Ya el mundo muere, ya espira.—
 Pasó el diluvio, y las aguas,
 A su estancia recogidas,
 Dieron paso á la paloma
 Que trajo la verde oliva
 Del austro mas riguroso
 Que el diciembre determina.
 En el Libano le puso,
 Y como cosa divina,
 Los siglos le veneraron,
 Y los hombres le acreditan
 Por palma, cedro y cipres,
 Porque no se determinan
 Si es cipres, si es palma ó cedro,
 Aunque todo parecia.
 Llegó al Libano Candáces,
 Buscando maderas ricas
 Para la casa de Dios,
 Y cortarle determina.
 Trájole á Jerusalem,
 Y la arquitectura misma
 Por inútil le dejó
 Entre estas selvas y ruinas.
 Arrojado en un jardín,
 De adonde, para que sirva
 De puente al Cedron, le traen:

Ocupacion propia y digna
 De su virtud y piedad,
 Y mas al monte en que habita
 La calavera de Adan,
 Pues Calvario se apellida.
 ¿Ves ese sagrado leño
 Que la ignorancia no estima,
 Ó que el descuido desprecia?
 Es soberana reliquia
 De la sierpe de metal
 Que al pueblo defiende y libra:
 Y así, no admires que sobre
 Hoy á tu fábrica rica,
 Si para templo mejor
 Le guarda el cielo y destina;
 Pues ya parece que veo
 Que sobre su cuello estriba
 Otra fábrica mas bella,
 Que ha de ser fábrica viva.
 ¿No veis un hermoso jóven
 Que al sol los imperios quita
 De la luz, cuya diadema
 Es de juncos y de espinas?
 ¿Largo el cabello, que en ondas
 Peina el aura, y por las rizas
 Guedejas caen deshojadas
 Las rosas y clavellinas,
 Que las espinas hirieron,
 Desmelenada y partida
 La crencha, al sol de sus ojos
 Ser nube, si no cortina?
 Pues este hombre ó este Dios
 Que pende desas dos lineas,
 Es Hijo de Dios eterno,
 Es verdadero Mesías.
 Aun al pronunciarlo ahora,
 Parece que el sol se eclipsa,
 Que la luna se oscurece,
 Que las estrellas no brillan;
 Y al fin todo el universo,
 Ya caduca, ya delira,
 Ya fallece, ya desmaya,
 Ya desvanece, ya espira,

Previendo las tragedias
 De tan estupendo día.

SALOMON.

El espíritu de Dios
 Habla en ella: ¿qué gran dicha!

HIRAN.

¿Qué prodigio!

CANDÁCES.

¿Qué portento!

IRÍFILE.

¿Qué asombro!

CASIMIRA.

¿Qué maravilla!

SALOMON.

Vara feliz, yo te adoro
 Por rara y por exquisita,
 Y en mis brazos desde aquí
 Te he de llevar este día
 Donde estés depositada
 Como riqueza escondida.

SABÁ.

Yo he de ayudar á llevar
 Su tronco, pues es mi dicha
 Tan gran bien: y no será esta
 La vez postrera que asistan
 A su triunfo tales reyes;
 Pues podrá ser que otro día
 Le hallen otro rey y reina,
 De oculta ley conocida,
 Y le lleven en sus hombros
 Donde respetado viva
 Con la misma adoracion
 Que Dios, pues será patria.—
 Y con la invencion primera
 Del que es Arbol de la vida,
La Sibila del Oriente
 Da fin: y humilde os suplica
 El autor le perdoneis
 Sus faltas, que bay infinitas.

EL MONSTRUO DE LOS JARDINES.

PERSONAS.

AQUÍLES.	LIDORO, <i>príncipe.</i>	DEIDAMIA, <i>infanta.</i>	SIRENE, <i>dama.</i>	NINFAS.—MÚSICA
ULÍSES.	DANTEO, <i>criado.</i>	LA DIOSA TÉTIS.	ARMINDA, <i>dama.</i>	DAMAS.—GENTE.
EL REY DE EGNIDO.	LIBIO, <i>criado.</i>	CINTIA, <i>dama.</i>	CRÍADOS.—MARINEROS.	ACOMPAÑAMIENTO.

La acción pasa en Egnido y en una isla perteneciente al rey de Egnido.

JORNADA PRIMERA.

Marina, con algunos escollos, y como isla desierta.

ESCENA PRIMERA.

MARINEROS, GENTE; *después*, LIDORO, LIBIO.

TODOS. (*Dentro.*)

Vira al mar.

UN MARINERO.

Es inútil la porfía,
Porque el viento que corre es travesía.

OTRO. (*Dentro.*)

Amaina la mayor.

OTRO. (*Dentro.*)

Iza el trinquete.

OTRO. (*Dentro.*)

A la triza.

OTRO. (*Dentro.*)

A la escota.

OTRO. (*Dentro.*)

Al chafaldete.

UNO. (*Dentro.*)

Dé el esquife en la playa,
Y el Príncipe no más á tierra vaya,
Ya que abismos de hielos
Nos cubren.

UNOS.

¡Piedad, dioses!

OTROS.

¡Piedad, cielos!

LIDORO. (*Dentro.*) [dos!

¡Piedad, cielos! Piedad, dioses sagra-
Y si del voto que ofreci obligados,
En este esquife, este fragmento poco,
Que ha sido mi delfín, la orilla toco
Desta desierta playa,
Que del mar la soberbia tiene á raya,
Veréis que fiel en clima tan remoto,
La arena beso, y revalido el voto;
Pues desdicha no hay, no hay descon-
Que no enmiende el vivir. [suelo

(*Sale.*)

LIBIO. (*Dentro.*)

¡Válgame el cielo!

LIDORO.

¿Cuya esta voz ha sido?

(*Sale Libio.*)

LIBIO.

De un cofrade de Baco, que ha salido
Por no hacerle traición, del mar á nado,
Pues el no beber agua le ha escapado.

LIDORO.

¡Libio!

LIBIO.

¡Señor!

LIDORO.
Viéndote vivo.
Notable es mi alegría,

LIBIO.

¿Cuál será la mía?

LIDORO.

En fin, solo los dos hemos salido
A tierra.

LIBIO.

En que se ve cuán bueno ha sido
(Pues vencimos los dos las amenazas
Del mar) el ser los hombres calabazas.

LIDORO.

Mira si en lo fragoso destas peñas
Sendas hallas, ó señas,
Que de sus moradores dén indicio.

LIBIO.

Ni cabaña descubro ni edificio,
Ni cosa que no advierta
Ser esta isla bárbara y desierta.

LIDORO.

Dices bien, pues sus troncos,
Que de quejarse al ábrego están ron-
Mal pulidos los veo, [cos,
Sus plantas sin cultura, sin aseó
Sus flores, solo oyendo en ecos graves
Bramar las fieras y gemir las aves.
Todo dice terror, puesto que dice...

ESCENA II.

AQUÍLES; y luego, MÚSICA.—DICHOS.

AQUÍLES. (*Dentro.*)

¡Ay mísero de mí! Ay infelice!

LIDORO.

¿Oíste una voz?

LIBIO.

Y lleno

De asombro, juzgaría que en el seno
De aquesta peña bruta
Se formó su lamento.

LIDORO.

Ni aquí hay gruta,
Ni quiebra alguna que su dueño oculte,
Si ya no es que en su centro le sepulte.
Pero escuchemos otra vez, y vamos
Lo intrincado rompiendo destes ra-
Hasta saber qué voz, qué tierra es esta. [mos,

(*Suenan dentro instrumentos.*)

MÚSICA. (*Dentro.*)

*Venid, venid, zagales,
Al templo divino de Venus y Marte.*

LIDORO.

[ahora,
Bien, que este no es desierto, juzgo
República es entera, pues con tanta
Variedad, ya se canta, ya se llora.

LIBIO.

¿Adónde no se llora y no se canta?

Bien que á mí mas me espanta
Aquesta voz que dice...

AQUÍLES. (*Dentro.*)

¡Ay mísero de mí! Ay infelice!

LIBIO.

Que me consuela aquella,
Por mas que, oposicion de su querella,
En conceptos repita desiguales...

MÚSICA. (*Dentro.*)

Venid, venid, zagales, etc.

LIDORO.

Un escuadron festivo,
Pisando el seno deste escollo altivo,
Ni bien mar, ni bien tierra, de su cum-
Vencer juzga la inmensa pesadumbre. [bre

LIBIO.

Salgámosles al paso,
Y informados del naufrago fracaso
Que nos ha sucedido,
El susto reparemos y el vestido.

LIDORO.

Necio será quien en asombro tanto,
Antes crea á la música que al llanto;
Y así, Libio, es mejor que recatados,
Destas peñas y troncos amparados,
Un instante esperemos.
Sepamos de qué gente nos valemos;
Que puede ser que sea
Isla, que el mar en círculos rodea,
De bárbaros; y mas cuando advertidos
Estamos de otros míseros gemidos.

LIBIO.

Pues ya llegan, escóndete, y veamos,
Señor, qué gente es.

LIDORO.

Incultos ramos,
Mientras cobro el aliento,
Sedme un rato prestado monumento.
Sepa por qué un lamento triste dice...

AQUÍLES. (*Dentro.*)

¡Ay mísero de mí! Ay infelice!

LIDORO.

Quando festivos otros dicen graves...

MÚSICA. (*Dentro.*)

*Venid, venid, zagales, etc.
(Retíranse los dos.)*

ESCENA III.

EL REY DE EGNIDO, ULÍSES, DEI-
DAMIA, DAMAS, MÚSICA Y ACOMPAÑA-
MIENTO.

REY.

Esa eminencia, que tan alta sube
Que empieza monte y se remata en nu-
Asiento es peregrino [be,
Del templo que buscamos.

ULISES.
Ya al camino,
Entre aspereza tanta,
La senda nos enseña
Aquella ó tarde ó nunca hollada peña
De bruta huella, ni de humana planta.

DEIDAMIA.
Aunque su inmensa elevacion espanta,
Por áspera que sea,
Llegar al templo mi piedad desea.

ULISES.
Ven pues, porque propicio
Por ti Marte responda al sacrificio.

DEIDAMIA.
Ya te sigo, mostrando
Mi obediencia.
ULISES.
Venid todos cantando,
Porque admire veloces
El dios de las batallas nuestras voces;
Que si su culto aprecia,
Presto de Troya ha de vengarse Grecia.

MÚSICA.
Venid, venid, zagales, etc.
(Vanse.)

ESCENA IV.

LIDORO, LIBIO.

LIDORO.
¡Cielos! ¡qué es lo que veo!
¿Cuándo fué la verdad mas que el de-
¡Viste, Libio, en tu vida [seo?
Tropa mas bella, escuadra mas lucida,
Así por la dulzura
De su canto suave,
Como por la hermosura
Que honestamente grave,
Reina de todas coronarse sabe?

LIBIO.
Digo que yo he quedado
Atónito y pasmado,
Viendo que tan extraña
Gente habite esta bárbara montaña.

LIDORO.
Sigámoslos; que ya no hay que tema-
Rigores ni crueldades, [mos
Pues entre ellos deidades admiramos,
Y es fuerza ser piadosas las deidades.
Dónde estamos sabremos,
Y cuya fué la voz, que en sus extremos
Nos asombró, diciendo ántes...

ESCENA V.

DANTEO. — DICHOS.

DANTEO. (Dentro.)
¿Adónde,
Bella Deidamia, tu beldad se esconde,
Cuando en tanta aspereza,
Sigo tu voz y pierdo tu belleza? (Sale.)

LIDORO.
Si la lástima, si el llanto
Para los humanos pechos
Siempre cartas de favor
Han sido, á esas plantas puesto
Un peregrino del mar,
Que derrotado y deshecho,
Aborto fué de la espuma,
Os pide... Pero ¡qué veo!

DANTEO.
¡Válgame el cielo! ¡Qué miro!
¡Señor invicto!

LIDORO.
¡Danteo!

DANTEO.
Dame tus piés.
LIBORO.
En tus brazos
He de asegurar el puerto.
DANTEO.
¡Libio!
LIBIO.
Por mas que te admires,
Te admiras poco.

DANTEO.
¿Qué es esto?
LIBORO.

¿Qué ha de ser? Desdichas mías.
Y porque aborto y suspenso
No te embaraces conmigo,
Cuando yo de ti pretendo
Informarme de qué tierra
Es esta, como el desierto
Destos peñascos habitas,
Y quién es quien vive en ellos,
Con mis pasadas fortunas
Te he de salir al encuentro,
Por desocuparles todo
El campo á mis sentimientos.
Ya sabes que el Rey mi padre,
Prudente, advertido y cuerdo,
Trató casarme en Egnido
Con el divino sugeto
De Deidamia, infanta suya...
Mas ¿para qué lo refiero,
Y mas á ti, siendo tú
Quien vino á tratar los medios?
Escribiste pues que estaban
Ajustados, añadiendo
De la beldad de Deidamia
Sumos encarecimientos.
Yo atento, no sé si diga
A su fama ó mi deseo
(Que es gran principio de amar
Estar uno á amar dispuesto),
Pedi licencia á mi padre
Para venir á su reino
Por ella en persona: él
Liberal me la dió, haciendo
Estimacion del agrado
Y de la fineza aprecio.
En un bajel pues que pudo
Ser mejor que el de Argos mesmo,
Dibujado por imagen
De estrellas y de luceros,
Salí una tarde de Epiro
Ufano, alegre y contento,
Tanto como ahora estoy
Triste, confuso y suspenso.
Pero no me quejo, no,
De la fortuna, aunque veo
Ejecutadas en mi
Sus sañas; de mi me quejo;
Que es merecido castigo
De quien imprudente y necio,
Sin mandar al viento, fia
Sus esperanzas del viento.
Dichosamente apacible
Me favoreció algun tiempo,
Mas ¿qué bien, fundado en aire,
No se desvanece presto?
Al lóbreguecer la noche
De ayer, algo mas violento
Empezó á inquietar las ondas,
Y todo ese vago imperio
A amotinarse, no solo
Contra mí, mas contra el cielo,
Pues en odio de sus luces,
Gigante de agua soberbio,
Se rozó con las estrellas,
Montes sobre montes puestos.
Tal vez pude mis desdichas
Escribirlas con el dedo
En ese papel azul,

Y tal en el mismo centro
Escribirlas en la arena,
Las dos distancias midiendo
De la sombra del abismo
Y la luz del firmamento.
Ya el rumbo pierde el piloto,
Ya el timonel pierde el tiento,
Y en no entendidas faenas,
Por mandar mas, obran ménos.
Babilonia de las ondas
Era el bajel, cuyo estruendo
De voces nos confundia
Más que aliviaba. ¡Oh qué cierto
Es que donde todos mandan
Nadie obedece, y que el riesgo
Mayor es cuando provee
La necesidad los puestos!
Cruje el pino atormentado
De uno y otro embate: el lienzo,
De una ráfaga y de otra
Azotado, cruje, haciendo
Rumor como hacia gemido;
Que hasta un cáñamo y un leño
Parece que sienten, cuando
Mal confundido el consejo,
Con el acuerdo de todos,
No es de ninguno el acuerdo.
En este horror, esta grima
Pasamos la noche, siendo
Del marinaje el estudio,
De la náutica el precepto
Albedrío de las ondas,
Hasta que el primer reflejo
Nos divisó los celajes
Deste monte, sucediendo
A los peligros del mar
Los de la tierra, supuesto
Que apenas la lealtad quiso
Que á mí el esquife pequeño
Salve, cuando desbocado
Bruto el bajel, en aquellos
Peñascos, vuelta la quilla,
Fué lóbrego monumento
Tan de todos, que no mas
Que Libio gozó del puerto.
De mi venida la causa
Es esta, este mi suceso:
Dime pues dónde he llegado,
Quién es el prodigio bello
Que aquí habita, y cómo aquí
Estás tú; porque con esto
Se consuelen mis desdichas,
Se alivien mis sentimientos,
Se cobren mis esperanzas
Y se restauren mis riesgos.

DANTEO.
Bien ántes que te informara
De todo, quisiera, atento
Al reparo de tu vida,
Llevarte á un barco que tengo
En el mar; pero mirando
Cuánto está sañudo y fiero
Por una parte, y por otra
Que las dudas de tu pecho
No es posible que te den
Espera, escuchame atento,
Y lo tardo del abrigo
Salve el informe de presto.
Llegué á Egnido, efectué
Los ya tratados conciertos,
Di aviso al Rey mi señor,
Escribite á ti lo ménos
Que pude, y lo mas que supe
De Deidamia... Pero esto
No es ahora del caso: vamos
Tus dudas satisfaciendo.
Ya sabes cuánto ofendida
Grecia del atrevimiento
De París, tratando vive
De su venganza los medios,
Y que todos cuantos reyes

Contiene el poblado cerco,
Que el archipiélago baña,
Conjurados á este efecto,
Se han aliado, de cuyos
Grandes apercebimientos
Es el movedor Ulises,
A quien por valor é ingenio,
Para la guerra de Troya
Da Grecia el marcial gobierno.
Este pues á Egnido vino,
Donde prevenido y cuerdo
Su rey, dijo que en la liga
No había de entrar, si primero
El oráculo de Marte
No le daba avisos ciertos
De que auxiliar prometia
Los militares aprestos
De aquesta guerra. Aquí ahora
Importa que mas atento
Me oigas, porque empieza aquí
El mas extraño suceso
De cuantos guarda la fama
En los archivos del tiempo.
Este monte, que por todas
Partes el mar ciñe, siendo
A su fortificacion
Foso inexpugnable, un tiempo
Isla fué habitada, donde
Sus moradores vivieron
Con política, aunque hoy
No es mas que escollo desierto.
La causa de despoblarse,
Dicen que fué que su ameno
Pensil la deidad de Tétis
Tuvo por divertimento,
A que del mar con sus ninfas
Salía, y aquí Peleo,
Príncipe joven, llevado
De sus amantes afectos,
Forzó su hermosa beldad,
Dando el robo á sus deseos
La ocasion. Ella, ofendida
Del injusto atrevimiento,
El tálamo destruyó,
Inundando á nieve y fuego
Los edificios, los troncos
Y los vecinos, que fuéron,
Sin cuidar de su defensa,
Cómplices de su desprecio.
Desde entónces en sus grutas
Diz que se oyen por momentos
Tristes gemidos, de quien
La mitad responde el eco.
Nadie á examinar se atreve
El ignorado portentoso
De una cueva, que sellada
De un peñasco está, aunque dentro
En humana voz se escuchan
Quejas, ansias y lamentos.
De la ruina solamente
Perdonó el sagrado incendio
En la cúpula del monte
El edificio de un templo
Consagrado á Marte. En él,
Atropellando los miedos
De la inhabitada isla,
El rey de Egnido, Polemio,
Con Deidamia y con Ulises,
Nobleza y plebe del reino,
Hacer quiso el sacrificio
De Marte, porque con eso
Mas obligado responda,
Al ver que, á su culto atento,
Viene á renovar las aras
Que cubrió de olvido el tiempo.
Esta es la causa de hallarnos
Todos aquí.

LIDORO.

Segun eso,
¿Deidamia es aquel hermoso
Prodigio, aquel pasmo bello
Que arrebató mis sentidos

Al verla ahora, encubierto
Destas peñas?

DANTEO.

Es sin duda.

LIDORO.

¿Cuánto á mis fortunas debo!

DANTEO.

Pues que ya informado estás,
Ven conmigo, porque luego
Que te repares, señor,
Vuelvas, al bajar del templo,
A hablar al Rey y á tu esposa.

LIDORO.

Eso no; que fuera necio
Quien á vista de su dama,
Y mas al lance primero,
Llegara con el desaire
De llegar pobre.

LIBIO.

¿Y qué cierto!

Porque el ser pobre da un asco
Tan grande, que aun parecerlo
De prestado, causará
En ella aborrecimiento.

DANTEO.

Pues ¿qué has de hacer?

LIDORO.

Encubrir

Mi nombre, hasta que escribiendo
A mi padre, su asistencia
Me adorne de lucimientos
Dignos de decir quién soy;
Y así...

(Dentro terremoto.)

ESCENA VI.

GENTE; despues, ULISES.— DICHOS.

UNOS. (Dentro.)

¿Qué horror!

OTROS. (Dentro.)

¿Qué portentoso!

OTROS. (Dentro.)

¿Qué asombro!

OTROS. (Dentro.)

¿Qué confusion!

(Terremoto.)

LOS TRES.

¿Dioses divinos, qué es esto!

DANTEO.

Dentro del templo de Marte
Se oyen marciales estruendos
De trabada lid.

LIDORO.

Y al duro

Terror, el monte soberbio
Estremecido, parece
(Terremoto. Sale Ulises asombrado.)
Que se arranca de su centro.

ULISES.

¿Qué admiracion tan notable!

DANTEO.

Valiente Ulises, ¿qué es esto?

ULISES.

Apénas al templo entramos,
Cuando Marte, respondiendo
Al piadoso sacrificio,
Prorumpió en horrible acento:
«Troya será destruida
Y abrasada por los griegos,
Si va á su conquista Aquiles,
A ser homicida de Héctor.
Aquiles, humano monstruo
De aquestos montes, en ellos
Un risco...»—Y aquí troncada
La voz quedó, confundiendo

Las señas que iba á decir,
Turbados los elementos,
La tierra hablando en temblores,
En relámpagos el fuego,
El mar en roncós bramidos
Y el aire en tristes concientos;
Porque otra deidad sin duda
(¿Quién ignora que sea Vénus,
Que es afecta á los troyanos?)
Ofendida que el agüero
El oráculo descifre,
Quiso con este portentoso
Desvanecerle, juzgando
Que el susto, el pasmo ó el miedo
Nos embarace buscar
Al monstruo Aquiles, queriendo
Que nos le oculte el asombro,
Ó nos le ignore el estruendo.

DANTEO.

¿Y el Rey y Deidamia?

ULISES.

Todos

Admirados del suceso,
Descienden ya.

LIDORO. (Ap. á Danteo.)

Nadie entienda

Quién soy.

DANTEO.

Seguiré tu intento.

ESCENA VII.

SIRENE, CINTIA, EL REY, DEIDAMIA, DAMAS, GENTE.— DICHOS.

REY. (Á Ulises.)

Pues de Marte la sagrada
Voz nos avisa, diciendo
Que en este monte está Aquiles,
Y que en él el vencimiento
De Troya consiste, en tanto
Que él no parezca, no debo
Firmar la liga; y así
Lo mas que ofrecerte puedo,
Es la diligencia. Todos
Las entrañas penetremos
Deste monte en busca suya.

ULISES.

Tronco á tronco y centro á centro,
En escuadras divididos,
Sus grutas examinemos.

DANTEO.

No quede sitio que no
Le averigüe el valor vuestro.

LIDORO.

Si un extranjero, señor,
Que hoy del mar, pobre y deshecho,
Tomó puerto en estas rocas,
Merece, á tus plantas puesto,
Licencia de hablar, diré
En qué parte escuché, dentro
De una roca, humanas voces.

REY.

El aviso te agradezco.
Llévame alla; que sin duda
Es la gruta que ha encubierto
Este asombro.

DEIDAMIA.

Yo he de ser

La primera que corriendo
El monte vaya.

REY.

Eso no;

Que es fragoso su desierto
Para tus plantas; y así,
Que tú te quedes te ruego,
Con Cintia y Sirene.

DEIDAMIA.

¿Cuánto

A mi pesar te obedezco!

REY.
Por si la cueva otra boca
Tiene, no se escape huyendo,
Tú, Ulises, por esa parte
Corre el monte; tú, Danteo,
Por esotra; y tú conmigo
Vén, generoso mancebo.

ULISES.
Tú verás mi diligencia.

DANTEO.
Tú conocerás mi afecto.

REY.
Pues con cualquier novedad,
Volveremos á este puesto;
Y para no errarle, es bien
Que las voces é instrumentos
Sirvan á los tres de aviso,
Y á ti de divertimento:
Y así, Deidamia, haz que siempre
Sonando estén sus acentos.

ULISES.
Al monte.

DANTEO.
A la cumbre.

TODOS.
Al llano.

REY.
Vén, jóven.

LIDORO.
Ya te obedezco:

Sígueme, Libio.

LIBIO.
Si haré;
Aunque para un forastero,
Convidarle á cazar monstruos,
Por mal agasajo tengo.

LIDORO.
Vén, Libio. (Ap. ¡Ay bella Deidamia!
Mintió tu encarecimiento.)
(*Éntranse todos los hombres, y dicen
dentro.*)

TODOS.
Al llano, á la cumbre, al monte.

ESCENA VIII.

DEIDAMIA, CINTIA, SIRENE, DAMAS.

DEIDAMIA.
¡Oh qué injustamente, cielos,
Con mas penas que las mías
Ocupais mis sentimientos!

CINTIA.
¿De qué suspiras?

SIRENE.
¿Qué lloras?

DEIDAMIA.
¿Las dos me preguntais eso,
Cuando á las dos el decirlo
No importa para saberlo?
¿Ignorais que el Rey mi padre,
Tirano de mis deseos,
Casarme trata en Epiro,
Sabiendo de mí que tengo
Por natural condición
Tan grande aborrecimiento
A los hombres, que no ha habido
Quien me merezca un desprecio?
Y cuando no fuera tanta
Esta altivez, ¿cómo puedo
Dejar de sentir que un hombre,
Sin vencerme los despegos,
Sin sufrirme los desvios,
Haya de llamarse dueño,
Introduciéndose ántes
Al dominio que al afecto?

CINTIA.
Las soberanas deidades,

Antes de nacer, tuvieron
Sabido para quién nacen.

DEIDAMIA.
Aun eso es lo que yo siento.
Y dejando este cuidado,
Que aflige como primero,
¿Cómo puedo no tener
Otro segundo que hoy tengo?

SIRENE.
¿Qué cuidado?

DEIDAMIA.
Astrea mi prima,
Con quien en mis años tiernos
Pasé la primera infancia,
Sin que haya podido el tiempo
Apartar los corazones
(Pues aunque es verdad que puedo
Asentar que de sus señas
O poco ó nada me acuerdo;
Con todo, no la han sacado
De los cariños del pecho
La ausencia ni la distancia
Mantenidas del acuerdo),
Desde el gobierno de Acaya,
Donde su padre habia muerto,
Llamada viene de mí
A vivir conmigo; y temo
Que esa pasada tormenta,
Que echó á pique en estos puertos
Un bajel, sea el que á ella
La traia.

CINTIA.
Los sucesos
No gustosos, mejor es
Desecharlos que temerlos.

SIRENE.
Siéntate, y descansa un rato;
Que nosotras cantarémos,
Sirviendo el canto á dos luces
De aviso y de pasatiempo.

DEIDAMIA.
Cantad pues, miétras yo doy
Treguas á mis sentimientos.
(*Siéntanse sobre unos peñascos.*)

CINTIA y SIRENE. (Cantan.)
¡Desdichado
Del que no vive engañado!

CINTIA. (Canta.)
¿Qué importa si oyendo estoy,
Nise, tu agrado amoroso,
Que tú no me hagas dichoso,
Si yo juzgo que lo soy?

SIRENE. (Canta.)
Crédito al semblante doy,
Aunque me mienta el semblante,
Pues ya vivo aquel instante
En que me miente tu agrado.

LAS DOS.
¡Desdichado
Del que no vive engañado!
(*Duérmese Deidamia.*)

ESCENA IX.

AQUÍLES, vestido de pieles, asomándose á la boca de una gruta.—DICHAS.

AQUÍLES. (Sin ver á las damas.)
¡Cielos! ¿qué voz tan sonora
Es la que hiera mi oído?
¿Qué nuevo pájaro ha sido
Este que hoy llama á la aurora?
Todo mi vida lo ignora;
Pero ¿qué mucho, si he estado
Desde que nací encerrado
En esta bóveda obscura,
Sin ver del sol la luz pura,
Ni qué es cielo, ni qué es prado?
La deidad que aquí me cria,

Y á verme de noche viene,
Puesto precepto me tiene
Que no salga á ver el día;
Y aunque la obediencia mía
Las leyes pudo guardar,
Este canto singular
A romperla me resuelve.
La gruta abro, por si vuelve
Segunda vez á cantar.

CINTIA. (Canta.)
Si disimula el engaño
El amor que no hay en tí,
¿Qué importa haber daño en mí,
Si yo no conozco el daño?

SIRENE. (Canta.)
Nunca llegue el desengaño,
Pues mejor me está vivir
Engañado, que morir
Celoso y desesperado.

LAS DOS.
¡Desdichado! etc.

AQUÍLES. (Ap.)
¡Qué dulce voz! Qué suave!
Ya que he podido romper
La prison, tengo de ver
Que plumas se viste ave
Que robar el alma sabe.

CINTIA.
Parece que se ha dormido
Deidamia.

SIRENE.
No hagamos ruido;
Que no importa el avisar
Mas que el verla descansar.
(*Vanse las damas.*)

ESCENA X.

AQUÍLES; DEIDAMIA, dormida.

AQUÍLES.
Ya de la cueva he salido,
Y al ver del sol la luz pura,
Se ciega la vista mía.
Salgo á ver el claro día,
Y doy con la noche obscura.
¡Qué variedad! Qué hermosura
Tan admirable! Y si creo
A mis noticias, no veo
Cosa que como ellas sea.
¡Oh cuánto finge la idea!
Oh cuánto vuela el deseo!
Aquel azul resplandor
El cielo debe de ser.
La tierra, á mi parecer,
Será este hermoso verdor;
Este árbol, esta flor,
Ave esta, esta transparente
Fuente, aquel mar... Mas detente,
Discurso; que tu voz yerra,
Que esto solo es cielo, es tierra,
Mar, árbol, flor, ave y fuente.
Cielo, pues está adornado
Del sol y de las estrellas;
Tierra, pues colores bellas
Su vestido han matizado;
Arbol, pues de su tocado
El viento las ramas mueve;
Flor, pues aljófares bebe;
Mar, pues riza albas espumas;
Ave, pues tremola plumas;
Y fuente, pues toda es nieve.
De todo cuanto llegué
A ver, esto es en rigor,
Lo mejor de lo mejor,
Como esta su mano fué.
¡Ay Dios, si me atreveré
A tocarla! Osado llego.
¡Ay que me abraso! Ay que ciego
Me hielo! ¡Oh áspid aleve!
¡A la vista eres de nieve,

Y eres al tacto de fuego!
Mas con tu hielo ó tu ardor
Tan poco daño me has hecho,
Que ántes siento acá en el pecho
Bien hallado mi dolor.
No tuve pena mayor
Jamás, pues de gozo llena
La alma, otra vez se condena
A sentirla, discurriendo
Cuál será su gloria, siendo
Tan apacible su pena.
Mas ¡ay esperanzas vanas!
Que entre las cosas que oí
A quien me ha criado aquí,
Una es (¡desdichas tiranas!)
Que hay deidades soberanas;
Y si aquestas son verdades,
Ya con dos contrariedades
Arguyen mis pareceres:
Si hay deidades, tú lo eres;
Si no lo eres, no hay deidades.
Y supuesto que ya aquí
Tal te conoce y adora
Mi vida, tengo...

ESCENA XI.

SIRENE. — AQUÍLES; DEIDAMIA,
dormida.

SIRENE.

Señora,
Ya todos... Mas ¡ay de mí!
¡Qué miro!

AQUÍLES.

No huyas así...

SIRENE.

¡Fiero monstruo!

AQUÍLES.

Y dime, puesto

que has hablado...

SIRENE.

Suelta presto.

AQUÍLES.

¿Tan grande asombro te doy?
Oye, aguarda.

SIRENE.

¡Muerta soy!

¡Valedme, dioses!

(*Cae desmayada Sirene, despierta Deidamia, y queda Aquiles entre las dos.*)

DEIDAMIA.

¿Qué es esto?

¿Quién da voces? Mas ¡ay cielo!

¿Quién vió asombro semejante?

AQUÍLES.

Oyeme tú, y no te espante
Mi vista, ni dé recelo...

DEIDAMIA. (*Ap.*)

Viva estatua soy de hielo.

AQUÍLES.

Que solo saber quisiera,
En la confusión primera
De tantas dudas esquivas,
Si importó, porque tú vivas,
Que esotra deidad se muera.
Cuando tú sin vida estabas.
Ella con vida venia;
Cuando ella es estatua fria,
Tú de respirar acabas:
Dime si el alma la dabas
Prestada por el instante,
Que no te era á ti importante;
Porque siendo así que á dos
Una alma sirve, por Dios,
Que mi rudeza ignorante
A tu sér ha de pedir
Que á cobrarla se resuelva,
Y porque ella á sentir vuelva,

Que vuelvas tú á no sentir.
No porque he de conseguir
Mas gusto en que viva aquella
Que tú, siendo tú mas bella;
Sino porque yo al pasar
Me pueda al alma abrazar,
Para quedarme con ella.

DEIDAMIA.

De tu semblante feroz
El susto en horror se muda;
Que no es racional tu duda,
Aunque es racional tu voz.
Ya mi discurso veloz
Se atreve á juzgar, no en vano,
Que hombre humano eres.

AQUÍLES.

Tirano

Tu sér el alma imagina:
Téngote yo por divina,
¡Y tiénesme por humano!
Hijo soy de una deidad;
Que esto solo sé de mí,
Porque desde que nací
No la debo otra piedad.

DEIDAMIA.

¿Pues cómo así?

AQUÍLES.

La crueldad

Suspende.

(*Vuelve Sirene del desmayo.*)

DEIDAMIA.

Ya en sí volvió

Sirene.

AQUÍLES.

¿Cómo cobró

Su sér, sin faltarte á tí?

¿Tienes alma y vida?

SIRENE.

Sí.

AQUÍLES.

¿Luego tuyas eran?

DEIDAMIA.

No.

AQUÍLES.

Gran autor debe de ser
El que con eterna palma
A cada cuerpo da un alma
Y una vida á cada sér.—
¿Quién eres tú?

SIRENE.

Una mujer.

AQUÍLES.

¡Dulce nombre!— Y tú ¿quién eres?

DEIDAMIA.

Una mujer.

AQUÍLES.

¿Qué placeres

Tan tiernos, tan amorosos!
¡Vive Dios, que sois hermosos
Animales las mujeres!
Mas ¿cómo, si viendo estoy
En las dos una excelencia,
Hay tan grande diferencia
En las dos, que al veros hoy,
Con igual afecto os doy
Una alma que tengo bella,
Y tan al contrario della
Usais, que al ir á cobrar,
Tú me la vuelves á dar,
Y tú te quedas en ella?
¿Qué poder en ti mas fuerte
Puso el cielo? pues á tí
El verte me basta á mí,
Y á tí no me basta el verte.
Tu hermosura me divierte,
La tuya me da pasión,
Y en igual admiración,

Con desiguales enojos,
Tú te quedas en los ojos,
Tú te entras al corazón.

SIRENE.

Señor monstruo, que hay, confieso,
En lo que va á discurrir,
Muchísimo que decir;
Mas yo no estoy para eso.

DEIDAMIA. (*Ap.*)

Muerta estoy, estoy sin seso
Al ver tanta rustiqueza
En tan inculta belleza.

SIRENE.

Huye, señora. (*Vase.*)

DEIDAMIA.

No puedo;

Que grillos me ha puesto el miedo.

AQUÍLES.

¿Por qué con tal lijereza
Huyó de la vista mía?
Aunque si digo verdad,
No me hace soledad,
Si tú me haces compañía.

DEIDAMIA.

No, no te acerques: desvía.

AQUÍLES.

No huyas tú: detente, espera.

(*Detiéndela.*)

DEIDAMIA.

Suelta.

AQUÍLES.

No haré, hasta que infiera
Quién vida y muerte me da.

SIRENE. (*Dentro.*)

Corred; que Deidamia está
En los brazos de una fiera.

ESCENA XII.

GENTE, *dentro; despues*, LIDORO. —
AQUÍLES, DEIDAMIA.

GENTE. (*Dentro.*)

Acudid todos al llano.

AQUÍLES.

¿Qué voces aquestas son?

DEIDAMIA.

De mis gentes, cuya acción
Te dará muerte.

AQUÍLES.

Es en vano

que tema el sér soberano
De Aquiles.

DEIDAMIA.

¿Qué es lo que oí!

¿Tú eres Aquiles?

AQUÍLES.

De mí,

Eso es todo cuanto sé.
(*Detiene Deidamia á Aquiles.*)

DEIDAMIA.

Pues ahora yo seré
La que te detenga á tí.

AQUÍLES.

¿Qué poco habrás menester!

(*Tiene asido Deidamia á Aquiles.*)

DEIDAMIA.

¡Ah de toda la montaña!
¿No hay quien venga á mi voz?

(*Sale Lidoro.*)

LIDORO.

Sí;

Que perdida la esperanza
De hallar la gruta, no pierda
La de darte vida en tanta

Confusion.— Bárbaro monstruo,
Muerde á mis manos.
(Al acometer á Aquiles Lidoro, le ase
Deidamia, y le detiene.)

DEIDAMIA.

Aguarda.

Extranjero que esos mares
Arrojaron á estas playas,
No le mates, que es Aquiles.

LIDORO.

¿Qué es lo que escucho?

AQUILES. (Ap.)

¿Qué rabia

Ha introducido en mi pecho
El ver que con él se abraza,
Que es un casi aborrecerla
Lo que juzgué que era amarla?

LIDORO.

Tu advertencia me suspende,
No su vista me acabarda,
Para no darle la muerte:

AQUILES.

Pues no le tengas, aparta.
Veamos si mata lidiando
Quien ántes de lidiar mata.

LIDORO.

¿Tú eres Aquiles?

AQUILES.

Yo soy.

LIDORO.

Pues desa loca arrogancia
Quiero remitir el duelo
Por tí y por quien me lo manda;
Porque siendo, como eres,
A quien destinan las sacras
Deidades para que Grecia
Logre de Troya venganza,
Quiero ser tu amigo.

AQUILES.

Yo

No quiero; que será infamia
Ser amigo con la voz,
Y enemigo con el alma.

LIDORO.

¿Por qué enemigo?

AQUILES.

No sé.

LIDORO.

¿Qué causa he dado?

AQUILES.

La causa,

Aunque sé bien cómo es,
No sé bien cómo se llama.

DEIDAMIA.

Pues fué mia la ventura
De hallarte, y el duelo basta,
Connigo has de venir.

AQUILES.

Eso

No es posible, aunque me arrastra
Tu hermosura y mi dolor.

DEIDAMIA.

¿Pues por qué?

AQUILES.

Porque hará falta

A una deidad por quien vivo,
Y si viene y no me halla
En la prision que rompí,
No dudo que sus venganzas
Harán mi vida infelice:
Y así, á pesar de las ansias
Que á un tiempo siento é ignoro,
Adios, deidad soberana,
Y agrádeme el dolor
Que llevo dentro del alma.

Oye.

DEIDAMIA.

LIDORO.

Aguarda.

AQUILES.

No es posible. (Vase.)

LIDORO.

Si lo será, si te alcanza
Mi velocidad.— Espera;
Que yo le traeré á tus plantas. (Vase.)

DEIDAMIA.

Mal podrás; que el viento mismo
Debió de darle las alas,
Segun penetra veloz
El monte.

ESCENA XIII.

EL REY, DANTEO, ULISES, LIBIO,
GENTE, DAMAS.— DEIDAMIA.

REY.

Hermosa Deidamia,

¿Qué ha sido esto?

DEIDAMIA.

Examinar

Que las dichas no las halla
Quien las busca, sino quien
Mas emperreza el buscarlas;
Pues yo, que á buscar no fui
A Aquiles, en esta playa
Le hallé.

ULISES.

¿De qué sabes que él

Fuese?

DEIDAMIA.

De que él lo declara.

DANTEO.

¿Y dónde está?

DEIDAMIA.

Se ha ido huyendo.

Mas seguidme; que aunque vaya
Tras él el gallardo jóven
Que del mar la horrible saña
Arrojó á tierra, no juzgo
Que le alcance, si no atajan
Vuestros pasos por aqui.

TODOS.

Guia; que tus soberanas
Luces seguiremos todos.

DANTEO.

Libio, pues ves que quien anda
En alcance deste monstruo
Que un dios revela, otro guarda,
Es Lidoro, vé tras él,
No suceda una desgracia.

(Vanse todos, ménos Libio.)

ESCENA XIV.

LIBIO; y despues, GENTE, dentro.

LIBIO.

Vaya el gran Sofi; que yo
Nunca fui amigo de caza
De monstruos; aun de perdices
Y de conejos me cansa,
Porque despues de molerse
Un hombre tarde y mañana,
No trae mas que cuatro reales,
Que es lo que cuesta en la plaza.

UNOS. (Dentro.)

A la marina.

OTROS. (Dentro.)

A la selva.

OTROS. (Dentro.)

Al monte.

ESCENA XV.

AQUILES, que sale cayendo.— LIBIO.

AQUILES.

¡El cielo me valga!

LIBIO.

A mi tambien, que no ménos
Lo he menester.

AQUILES.

Desas altas

Peñas me dejó caer,
Porque nadie me alcanzara
De cuantos me siguen. ¡Cielos!
¿En qué mi vida les cansa?

LIBIO. (Ap.)

¡Ay qué tamaño monstruo!
Pero para mí, este basta:
Y así, entre aquestas dos peñas
Me esconderé mientras pasa.

(Escóndese.)

AQUILES.

¿No soy bruto de su especie?
¿Por qué me persiguen? ¿Tanta
Fué la culpa de salir
Tras una voz que arrebató
Los sentidos? Mas ¡ay cielos!
Que entre confusiones tantas,
El tinó perdí á la gruta.
¿Por' dónde iré hasta encontrarla?

LIBIO. (Ap.)

Por donde no dé connigo.

ESCENA XVI.

DEIDAMIA, LIDORO, DANTEO Y
ULISES, dentro.— DICHS.

DEIDAMIA. (Dentro.)

Desde aquellas peñas altas
Fué de donde se arrojó.

LIDORO. (Dentro.)

Sitiad el monte.

DANTEO. (Dentro.)

A la playa.

ULISES. (Dentro.)

A la marina.

REY.

A la selva.

AQUILES.

Pues tan en mi alcance andan,
Aquesta quiebra me esconda.

LIBIO.

¿No habia otra desocupada,
Sino esta?

AQUILES.

¿Quién está aqui?

LIBIO.

Un lobo que dió en la trampa.

AQUILES.

¿Quién eres?

LIBIO.

Iré á saberlo:

Ya vuelvo.

AQUILES.

¿De qué te espantas?

LIBIO.

De poco, pues es de tí.

AQUILES.

¿Por qué?

LIBIO.

Porque tengo gana
De espantarme.

AQUILES.

(Ap. Ahora conozco

Que hay en las sangres distancia,

Pues hay hombres que me temen
Donde hay hombres que me agravian.)
Ven acá.

LIBIO.

Aquí estoy muy bien.

AQUÍLES.

¿Has visto en esta montaña
Una boca, de quien es
Todo un peñasco mordaza?

LIBIO.

¿Pues no? Vaya usted; que á aquella
Parte está.

AQUÍLES.

Ven tú á enseñarla.

LIBIO.

Desde aquí daré las señas.

AQUÍLES.

Tu temor me ha dado causa
A obligarte que conmigo
Vengas, y ya con dos causas:
Que por donde voy no puedas
Decir, y de paso me hagas
Capaz de un dolor que ignoro.
Ven acá: ¿cómo se llama
Una dulce pesadumbre
Que á un tiempo hiela y abrasa
Todo el corazón, corriendo
Desde los ojos al alma?

LIBIO.

¿Qué habías visto?

AQUÍLES.

Una mujer.

LIBIO.

O todas mis ciencias faltan,
O esa pasión es amor.

AQUÍLES.

Luego, después de mirarla,
Otra más fuerte pasión,
Hija de aquella y contraria,
¿Cómo se llama?

LIBIO.

¿Qué habías

visto?

AQUÍLES.

Que á un hombre se abraza.

LIBIO.

Pues esos se llaman celos.

AQUÍLES.

¿Celos? Mientes, tú me engañas;
Que celos no pueden ser
A quien una letra falta
Para celos, y les sobran
Para ser infierno tantas.
Y cuando lo sean, ¿qué cura
Tener pueden?

LIBIO.

Olvidarla.

AQUÍLES.

Dame tú un poco de olvido.

LIBIO.

Hémelo dejado en casa;
Mas si un tantico me esperas,
Iré por él, y en volandas,
De tantísimo de olvido
Vendré cargado.

AQUÍLES.

¿Qué aguardas?

Corre veloz.

LIBIO.

Al instante

Verás que vuelvo... (Ap. La espalda.
Mamóla el seor monstrecillo.) (Vase.)

DEIDAMIA. (Dentro.)

Allí se mueven las ramas:
Cercad el sitio.

AQUÍLES.

¿Ay de mí!

El despeñarme ¿no basta
Para que el centro me esconda?
Pero la fuga me valga
Por esta parte.

ESCENA XVII.

Al irse AQUÍLES, le sale al encuentro
LIDORO; después, ULÍSES, DAN-
TEO, EL REY, DEIDAMIA, DAMAS Y
GENTE.

LIDORO.

Detente,

Prodigiosa fiera humana;
Que mía ha de ser la dicha
De que á los piés de Deidamia
Vuelvas.

AQUÍLES.

Porque tú no logres

Esa dicha de agradarla,
No por temor, otra vez
El monte cruzaré.

(Al huir por otro lado, sale Ulises al
paso.)

ULÍSES.

Aguarda,

Racional humano monstruo,
Ya que para mi esperanza
Quiere el cielo que yo sea
Quien te dedique á las aras
De Marte, para blason
De Grecia.

AQUÍLES.

Pretension vana

Es para mi curso.

(Al huir por otro lado, sale Danteo.)

DANTEO.

Espera,

Prodigio destas montañas;
Que mío ha de ser el triunfo.

AQUÍLES.

¿Dónde pueden ir mis ansias,
Cercado de tantos?

(Al huir, salen al paso el Rey y gente.)

REY.

Donde

Sea mía la alabanza
De tu rendimiento.

(Va por otra parte, y salen Deidamia
y damas.)

DEIDAMIA.

No huyas,

Sabiendo que no te agravia
Quien para tu honor te busca.

AQUÍLES.

Eso no sé, y sé que airada
Una deidad que ofendí,
Quedará, si no me halla
Donde me dejó: y así,
Entre todos, las espaldas
Fiadas deste peñasco,
He de lidiar en demanda
De mi libertad.

TODOS.

Pues ¿cómo

De tantos librarte aguardas?

(Arranca una rama de un árbol.)

AQUÍLES.

Muriendo y matando.

REY.

Date

A prisión, pues que no tratas
Darte á partido.

(Riñen todos con él.)

AQUÍLES.

Divina

Deidad, ¿cómo en pena tanta,
Por un pequeño delito
Me falta tu amor?

ESCENA XVIII.

Ábrese un peñasco, sale por él TÉTIS,
y abrazando á Aquiles, le retira. —
DICHOS.

TÉTIS.

No falta;

Que este peñasco abrirá
Sus pavorosas entrañas,
Para librarte de que
Cumpla el hado su amenaza.

AQUÍLES.

¿Ay de quien vivo un sepulcro
Le esconde, sin esperanza
De que nunca ha de volver
A ver el sol de Deidamia!

(Vanse Tétis y Aquiles.)

REY.

¿Qué prodigio!

LIDORO.

¿Qué portentoso!

DANTEO.

¿Qué maravilla!

ULÍSES.

¿Qué ansia!

DEIDAMIA.

Pues el centro de la tierra,
Para escondérsenos, rasga
Sus duros senos, ¿quién duda
Que oculta deidad le ampara?

REY.

Si contra oculta deidad
Humano poder no basta,
Desamparemos el monte.

DANTEO.

Al mar.

LIDORO.

Al golfo.

TODOS.

A la playa.

ULÍSES.

Aunque todos buyan, yo
Quedaré donde dé trazas
Opuestas, deidad, de hallarle
Donde quiera que le guardas.

JORNADA SEGUNDA.

ESCENA PRIMERA.

Vuelve á abrirse el peñasco, y se ve en
él á AQUÍLES y á TÉTIS, luchando,
y con los primeros versos salen al ta-
blado, y ciérrase el peñasco.

AQUÍLES.

¿Esta es piedad?

TÉTIS.

Sí.

AQUÍLES.

Pues no

Quiero admitirla.

TÉTIS.

¿Qué intentas?

AQUÍLES.

Arrojarme despechado
Desde esa mas alta peña
Al mar, adonde mi vida,
Desesperada y resuelta,
De un sepulcro á otro sepulcro

Pase de una vez, y tengan
Fin tantas ansias.

TÉTIS.
Advierte...
AQUÍLES.

Es en vano.

TÉTIS.
Considera...
AQUÍLES.

No es posible.

TÉTIS.
Mira...
AQUÍLES.

¿Qué

Hay que mire, qué hay que advierta,
Qué hay que considere, cuando
Sujeto á tirana fuerza,
Segunda vez sollicitas
Reducirme á mas estrecha
Prision que la que echó á mal
Los años de mi edad tierna?
Cuando juzgué que el abrirse
En duras bocas la tierra,
Amparándome de tantos
Como me sitiaron, fuera
Para mi seguridad,
¿Vuelve á ser para mi afrenta!
Pues no, no ha de ser; que ya
Es tarde para obediencias.
Antes que viera del sol
Las luces, ántes que viera
De los cielos la armonía,
De los montes la soberbia,
De las flores la hermosura,
De las aves la belleza
Y la inquietud de los mares,
Ya toleraba mi estrella
En la fe de la ignorancia
El voto de la paciencia.
Pero despues que los vi,
Y vi que juraba reina
De la hermosura á Deidamia
Toda la naturaleza,
¿Cómo quieres que otra vez
Sin ellos viva y sin ella,
Y me consuele de hallarla
Tan solo para perderla?
Y así, piadosa cruel,
Que me amparas y me fuerzas,
Que me crias y me afliges,
Me halagas y me atormentas,
Perdóneme tu respeto;
Que aunque obedecerte quiera
Mi voluntad, mi pasión
No quiere que te obedezca.
Yo he de seguir de Deidamia
La luz, aunque lo defiendan
Los hados, ó has de quitarme
La vida, porque no tenga,
A pesar de mi valor,
Aqueste triunfo su ausencia.

TÉTIS.

¡Ay, Aquiles! si supieses
Cuán piadosamente atenta
Esta que llamas crueldad,
Tu vida ampara y reserva
De opuesto influjo...

AQUÍLES.

¿Qué influjo

Habrà tan cruel que pueda
Mas que quitarme la vida?
Pues si tú me quitas esta,
¿Qué me das? Y así, perdona,
Digo otra vez; y pues fiera
Constelacion una vida
Destina á dos muertes, deja
Que la pierda á gusto mio,
Si es preciso que la pierda.—
Vuelve pues, bella Deidamia,
Y cuantos te siguen vuelvan

A lograr en mi las iras
Con que mi muerte desean.
Aquiles os llama, Aquiles. (A voces.)

TÉTIS.

Suspende la voz, y piensa...
AQUÍLES.

Ya te digo que es en vano,
Si ya no es que me convenza
Superior razon: y así,
Mientras la causa no sepa
Que te obliga á que me ocultes
Quién eres y soy, y miéntras
No volviere á ver el cielo
De aquella deidad, aquella
Sin quien ya será imposible
Que alivio mis ansias tengan,
No ha de volver á domarme
El yugo de tu obediencia.

TÉTIS.

¿Tanto una beldad te arrastra?

AQUÍLES.

Tanto, que seguirla es fuerza.

TÉTIS.

¿No hay olvido?

AQUÍLES.

No sé dél.

TÉTIS.

¿No hay cordura?

AQUÍLES.

No sé della.

TÉTIS.

¿No hay albedrío?

AQUÍLES.

No es mio.

TÉTIS.

¿No hay libertad?

AQUÍLES.

Es ajena.

TÉTIS.

¿No hay remedio?

AQUÍLES.

No hay remedio.

TÉTIS.

¿No hay prudencia?

AQUÍLES.

No hay prudencia.

Morir, ó ver á Deidamia.

TÉTIS.

Pues ya que á su extremo llega
Tu pasión, llegue á su extremo
La mia también, y sea
Un asombro de otro asombro
Reparo infeliz.

AQUÍLES.

¿Qué intentas?

TÉTIS.

Que tú sepas tu peligro,
Y yo poner medio sepa
Con que tú á Deidamia asistas
Y yo seguro te tenga.

AQUÍLES.

¿Pues qué aguardas?

TÉTIS.

Temo que

No verosímil parezca.

AQUÍLES.

Al amor todo le es fácil.

TÉTIS.

¿Si es terrible?

AQUÍLES.

No te temas.

TÉTIS.

¿Si es temerario?

AQUÍLES.

¿Qué obsta?

TÉTIS.

¿Si es extraño?

AQUÍLES.

Que lo sea.

TÉTIS.

¿Y si acaso...

AQUÍLES.

Di.

TÉTIS.

Peligra

En términos de novela?

AQUÍLES.

¿Qué importará, si es mi vida
Fábula, que lo parezca?
¿De que manera, di, pues
Ha de ser?

TÉTIS.

Desta manera.

Yo soy, prodigioso Aquiles,
Ya que declararme es fuerza,
Tétis, hija de Neptuno,
Primer deidad de su esfera.
Algunas tardes que el mayo
En su hermosa primavera
Conchas me ferió y corales
A claveles y azucenas,
Con otras ninfas del mar
Discurria la ribera
Deste monte, coronada
De aljófares y de perlas.
Peleo, principe altivo
De la isla, tras las fieras,
La campaña discurria,
Cuando viendo mi belleza
(Para desdichas no es
Vanidad que la encarezca),
Solicitó mis favores;
Y advirtiendo cuánto era
Imposible á su deseo
Ingrata mi resistencia,
Dispuso... Pero permite
Que aqui turbada la lengua,
La retórica dispense
Con el semblante, pues ella
Menos dirá con la voz
Que él dice con la vergüenza.
Basta pues (¡ay infelice!)
Que embrion de una violencia
Fuiste, porque no te quejes
De mí, sino de tu estrella;
Pues eres tan desdichado,
Que cuando todos se precian
Que nacieron de un amor,
Naciste tú de una fuerza.
Yo ofendida, yo quejosa,
Porque nunca se supiera
Que tuvo logro su injuria,
Ni que dió fruto mi afrenta,
A él le di muerte, y la isla
Quemé, no dejando en ella
Racional testigo en quien
No sepultase mi ofensa,
Sin reservar, no mi ira,
Sino superior clemencia,
Mas que ese templo que Marte
Sobre sus cumbres conserva.
Entre este horror, este asombro,
Este pasmo, esta inclemencia,
Lidiando en mi pecho, ai verte.
El rencor con la terneza,
Y que culpas de malicia
Iba á pagar la inocencia,
Te crié con tal secreto,
Que encomendado á las peñas,
Creciste á merced de solas
Silvestres frutas y yerbas.

Viendo pues tu prodigioso
Nacimiento, quise atenta
Al discurso de tu vida,
Lérole en las doradas letras
Dese volúmen, usando
De la no adquirida ciencia
Sino heredada, bien como
Deidad de mares y selvas;
Y hallé que al tercero lustro
Te amenaza la mas fiera
Lid, la mas dura batalla,
La campaña mas sangrienta
De cuantas en sus teatros
La fortuna representa:
Con que al ver por una parte
Que á mi decoro es decencia
Tenerte oculto, y por otra
Que á tu vida es conveniencia,
Quise añadiendo razon
Á razon y fuerza á fuerza,
Que no salieses al mundo
Hasta que mi diligencia,
Haciendo que el fatal crisis
De la amenaza trascienda,
Quebrase al hado los ojos.
Mas ¡ay de mi! ¡cuánto yerra
Quien al poder de los dioses
Previene hacer resistencia!
Marte lo diga, pues viendo
Que al ceño de sus violencias
Contigo el horror anima,
Contigo el estrago alienta,
En su oráculo ha mandado
Que en los centros desas quiebras
Te busquen, porque tú solo
Importas en esa guerra
Tanto, que sin tí no puede
Acabarla toda Grecia;
Y dígalo Vénus, pues
Siendo en el robo de Elena
Cómplice, como soborno
Que fué de la competencia
De París, con los estruendos
De agua, fuego, viento y tierra
El oráculo impidió,
Dejando en tu nombre y señas
Declarada la noticia
Y dudosa la certeza.
Y siendo así que tu hado
Y su oráculo convengan,
A tiempo que tú vencido
Te ves de pasion tan ciega,
Que el retirarte á que vivas
Es retirarte á que mueras,
¿Qué mucho que yo, al arbitrio
De una imaginada idea,
Procure hacer tiempo en que hado,
Amor y oráculo venzas?
Astrea, prima de Deidamia,
A quien en su infancia tierna
Llevó al gobierno de Acaya
Su padre, muriendo en ella,
Llamada fué de Deidamia
A que en sus palacios tenga
Las dignidades de dama
Con los honores de deuda.
Embarcose pues, y al fiero
Temporal de una tormenta
Dió al traves, siendo la nave
Su tumba, la quilla vuelta:
Con que yo ahora, valida
De la blanda primavera
De tu edad, apadrinada
De tu divina belleza,
En fe de que nadie puede
En Egnido conocerla,
Puesto que de infante á jóven
Dan las facciones mil vueltas,
Solicito, como dije,
Que el mundo en tu historia vea
La mas extraña que el tiempo
Repita en plumas y lenguas.

Pues como tú, Aquiles, tomes
El traje y nombre de Astrea,
Y yo bajel y familia
Y demas faustos prevenga,
No dudo que como el reo
Que delincuente se alberga
A la sombra del cadalso
Donde nadie le sospecha,
Te ampires tú en tu peligro,
Desimaginando señas
De que allí puedan buscarte
Ni el amor que te atormenta,
Ni el hado que te amenaza,
Ni oráculo que te arriesga:
En cuyo disfraz tú ahora
Discurrir, imagina y piensa
Cuál viene á estarte mejor:
Que de ti tu influjo sepa,
Ó estar sirviendo á tu dama.
Y cuando no te convengan
Tres razones tan precisas,
Discurrir es la mas cuerda
Que esto no ha de durar mas
Que solo hasta que trascienda
El punto que te amenaza,
Que ya se divisa cerca;
Y una vez pasado, yo
Seré, Aquiles, la primera
Que de la tascada brida
El tiento te dé en la rienda,
La noticia en el estribo
Y en el borren la firmeza;
Que el blanco acero te ciña,
El limpio arnes te prevenga,
El duro yelmo te enlace
Y el fuerte escudo te ofrezca
Para que glorioso vivas;
Mas deja hasta entónces, deja
Que averigüemos al cielo
Si tiene el ingenio fuerzas
Contra el poder de sus hados
E influjo de sus estrellas.

AQUÍLES.

Si á cada razon de cuantas
Me ha dicho tu voz, hubiera
De responderte, confuso
Me hallara entre las respuestas;
Y así, por no confundirlas
O no embarazarme en ellas,
Todas las dejo, pues todas
En una sola se abrevian.
Si á vivir voy con Deidamia,
Si á adorar voy su belleza,
Nombre, ser, honor y fama,
¿Qué se pierde en que se pierda?
No me dilates la dicha
Que me ofreces: considera
Que persuadido un deseo
A siglos las horas cuenta.

TÉTIS.

Pues ya que lo estás, escucha.—
¡Ah del mar!

ESCENA II.

NINFAS, dentro. — AQUÍLES, TÉTIS.

NINFAS. (Dentro.)

¡Ah de la tierra!

TÉTIS.

¡Hermosas ninfas de Tétis!

(Salen cuatro ninfas.)

NINFA 1.^a

¿Qué mandas?...

NINFA 2.^a

¿Qué quieres?...

NINFA 5.^a

¿Qué dices?...

NINFA 4.^a

¿Qué ordenas?...

TODAS.

*Pues sabes que estamos
Siempre á tu obediencia.*

TÉTIS.

Que con los mas suntuosos
Adornos, joyas y telas
Que en los archivos del mar
La hidrópica sed encierra,
A aqueste bruto diamante
Pulir trateis, de manera
Que el que fué asombro de horror,
Pase á serlo de belleza,
Cuando mujerial pompas
Tanto su forma desmientan,
Que sea monstruo en los jardines
El que fué monstruo en las selvas.

LAS CUATRO. (Cantan.)

*Norabuena sea,
Sea norabuena,
Trocando su forma
De horror en belleza,
Monstruo en los jardines
Quien lo fué en las selvas:
Sea norabuena.*

NINFA 1.^a

Vén donde tus ninfas...

NINFA 2.^a

A tu gusto atentas...

NINFA 5.^a

Su hermosura labren...

NINFA 4.^a

Pulan su belleza...

NINFA 1.^a

De suerte que como...

NINFA 2.^a

Has dicho tú mesma...

NINFA 5.^a

Tanto su semblante...

NINFA 4.^a

Disfrace, que sea...

TODAS.

*Trocando su forma
De horror en belleza,
Monstruo en los jardines
Quien lo fué en las selvas.*

TÉTIS.

Vén á la orilla del mar,
Donde ya, Aquiles, te espera
El fantástico bajel
En que, de todas sus señas
Informada, te acompañe.

AQUÍLES.

Cielo, sol, luna y estrellas,
Montes, mares, troncos, flores,
Brutos, aves, peces, fieras,
Ya que es fuerza que mi vida
Fábula al mundo parezca,
Dadme ingenio con que supla
Mi ignorancia, cuando sea
Monstruo en los jardines
Quien lo fué en las selvas.

TODAS.

*Norabuena sea,
Sea norabuena.
Veamos si sus hados
Vence, cuando sea
Monstruo en los jardines
Quien lo fué en las selvas.
(Vanse cantando.)*

ESCENA III.

ULÍSES, oyendo las voces; luego
MÚSICA, dentro.

ULÍSES.

«¡Veamos si sus hados
Vence, cuando sea

Monstruo en los jardines
 Quien lo fué en las selvas!
 ¿Qué nuevo oráculo, cielos,
 Es este que al aire suena,
 En que parece que Marte
 Se obliga de la fineza
 Con que me quedé en el monte
 Cuando dél todos se ausentan,
 Por si averiguar pudiese
 El alma de su respuesta,
 Intentando declararla?
 Pues para su inteligencia,
 Que allí impidió el terremoto,
 Dice aquí en voces diversas...

ÉL; Y MÚSICA, dentro.

*A ver si sus hados
 Vence, cuando sea
 Monstruo en los jardines
 Quien lo fué en las selvas.*

ULÍSES.

Tropa de marinas ninfas
 Es la que hácia la ribera,
 Alegrementemente festiva,
 Llevando el monstruo, se acerca.
 Tras ellas iré...— Aunque en vano
 Será, pues en hombros dellas
 Ya al mar se introduce, donde
 Hermoso bajel le espera,
 A cuyo borde llegando,
 Vuelven á decir contentas,
 Como que á Marte en baldon
 Dicen de su competencia...

ÉL; Y MÚSICA, dentro.

*Veamos si sus hados
 Vence, cuando sea
 Monstruo en los jardines
 Quien lo fué en las selvas.*

ULÍSES.

Ya, el buque dentro del mar,
 En las náuticas faenas
 Del marinaje, las voces
 Dicen, en música envueltas...

MÚSICA. (Dentro.)

*¡A leva, á leva!
 La ancla desamarra,
 Despliega las velas,
 Y gozando el viento
 Que sopla de tierra,
 ¡A leva, á leva!
 Veamos si sus hados
 Vence, cuando sea
 Monstruo en los jardines
 Quien lo fué en las selvas.
 ¡A leva, á leva!
 La ancla desamarra,
 Despliega las velas.*

ULÍSES.

Ya engolfado en alta mar,
 Tan favorable navega,
 Que siendo del fin que nada,
 Parece neblí que vuela.
 Pero no me desconfie,
 Al pensar que las cautelas
 De Ulises... Pero ¿qué digo,
 Si es tan imposible haberlas,
 Cuanto lo es el contrastar
 Alguna deidad suprema,
 Que al resguardo de sus riesgos,
 De aquí, diciendo, le ausenta...

ÉL; Y MÚSICA, dentro.

*¡A leva, á leva!
 Veamos si sus hados
 Vence, cuando sea
 Monstruo en los jardines
 Quien lo fué en las selvas?*

(Vase Ulises.)

Salon del palacio real de Egnido.

ESCENA IV.

LIDORO, leyendo una carta; DANTEO,
 LIBIO.

DANTEO.

¿Qué escribe el Rey mi señor?

LIBIO.

Que habiendo la voz corrido
 De haberse el bajel perdido,
 Ya de mi muerte el rigor
 Tuvo por cierto; mas luego
 Que á la voz siguió el aviso,
 Ponerse en camino quiso
 Para Egnido: tanto llego
 A deber á su fineza.
 Y al fin, que presto vendrán
 Prevenciones que podrán
 Desempeñar la tristeza
 Con que hoy vivo disfrazado
 A vista de tanto bien.

DANTEO.

Aunque disculpas me dén
 Tus razones, lo has errado
 En callar desde aquel día;
 Pues ¿qué importara llegar
 Derrotado tú del mar?

LIBIO.

Muchísimo importaría.
 Lleno á su novia envié
 De joyas y de cadenas
 Su retrato uno, y apenas
 La dicha novia le vió,
 Cuando con dos mil placeres
 Dió el sí. El, muy amante y fino
 Se puso luego en camino.
 Ciertos hombres y mujeres
 De los que alzando figura,
 Dicen sin saber de estrellas,
 La buenaventura ellas,
 Y ellos la malaventura,
 Dieron con él, y tomaron,
 A la vista del lugar
 Adonde se iba á casar,
 Cuanto en su poder hallaron.
 El, bien ó mal, como pudo,
 Hasta su novia llegó;
 Ella, así como le vió
 Descadenado y desnudo,
 Dijo: « Este no se parece
 Al retrato que yo amé,
 Ni he de casarme; porque
 Quien no parece, perece. »

DANTEO.

¡Extraña frialdad!

LIDORO.

Espera;
 Que bajando á los jardines,
 Donde rosas y jazmines
 Aguardan su primavera,
 Deidamia hermosa ha salido
 De su cuarto.

DANTEO.

Llegaré
 A hablarla al paso, porque
 Puedas, señor, divertido
 En su hermosura, lograr
 La breve ocasion que ofrece
 El sitio.

LIDORO.

Y si te parece,
 En mí la puedes hablar,
 Para ver si su semblante,
 Iris del cielo de amor,
 Corre algun rasgo en favor
 De mi fortuna inconstante.

DANTEO.

Ya llega cerca, y así,
 Es bien que, el papel trocado,
 Hagas el de mi criado.

ESCENA V.

DEIDAMIA, SIRENE.— *Cúbrese DAN-
 TEO, y LIDORO está descubierto, y
 también LIBIO.*

DEIDAMIA.

¿Quién, Sirene, estaba aquí?

SIRENE.

Al embajador vi ahora
 De tu esposo.

DEIDAMIA.

(Ap. ¿Qué rigor!)

¿Qué hay de nuevo, embajador?

DANTEO.

Mucho que temer, señora,
 Y que dudar.

DEIDAMIA.

¿De qué modo?

DANTEO.

Carta del Rey he tenido,
 En que me dice que ha sido
 Tan amante y fino en todo
 Cuanto á su afecto ha tocado
 Lidoro, el principe mio,
 Que, obediente á su albedrio
 Así como efectuado
 Vió el concierto, se embarcó
 Porque no quiso que fuera
 Otro quien por vos viniera.

LIDORO. (Ap. á Libio.)

¿Alégrase de oirlo?

LIBIO.

No.

DANTEO.

Y haber llegado sin él
 El aviso, me ha tenido
 Triste, y mas habiendo oido
 La pérdida de un bajel,
 Segun me contaba aquí
 Este extranjero, que igual
 Corrió el mismo temporal.

LIDORO. (Ap. á Libio.)

Y ahora ¿se alegra?

LIBIO.

Sí.

LIDORO.

Mientes; que primero fué
 Cuando el semblante alegró,
 Y ahora le entristece.

LIBIO.

Yo

Poco de semblantes sé;
 Pero ni uno ni otro vi.

DEIDAMIA.

Mucho siento, embajador,
 Que tenga vuestro temor
 Tanta razon contra sí.

LIDORO. (Ap. á Libio.)

¿Ves si lo siente?

LIBIO.

Muy bien.

DEIDAMIA.

Decid á ese forastero
 Que llegue á hablarme; que quiero
 Informarme yo tambien
 De las noticias que tiene.

DANTEO.

Mirad que llama su Alteza.

LIDORO.

Si esa divina belleza

Tantos favores previene
Al que llega perseguido
De la fortuna y el hado,
Ya fuera mas desdichado,
Si ménos lo hubiera sido.

DEIDAMIA.

¿No fuisteis vos el primero
Que á socorrerme llegó,
Cuando mi temor creyó
Ser Aquiles monstruo fiero?

LIDORO.

Yo fui el primero, señora,
Que presumió que pudiera
Ser tan felice que diera
Por vos la vida, que ahora
Rinde humilde á vuestros piés.

DEIDAMIA.

Confieso que agradecida
Os quedé, y compadecida
De vuestras penas despues
Que supe que derrotado
Habiais salido del mar:
Y para desempeñar
La deuda en que os he quedado,
En algun cargo poned
Los ojos; que desde ahora
Ser ofrezco intercesora
En que se os haga merced.

(Va retirándose.)

LIDORO.

La tierra que pisais beso,
Si la tierra que pisais
Besar merezco; y pues dáis
Con tan liberal exceso
Ocasión á mis enojos
De alentarse, yo os diré
Una pretension en que
Tengo ya puestos los ojos.

(Vuelve Deidamia.)

DEIDAMIA.

Decid.

LIDORO.

No ha de ser ahora.

DEIDAMIA.

¿Por qué?

LIDORO.

Porque no me atrevo.

DEIDAMIA.

¿Cómo?

LIDORO.

Como ahora debo

Pensarlo mejor, señora.

DEIDAMIA.

¿Pues no me decis que ya
Mirada la teneis?

LIDORO.

Si;

Pero habiendo vos por mí
De empeñaros, claro está
Que el atreverme es forzoso
A mas; que muy otro ha sido
Juzgar como desvalido
Que pedir como dichoso.

DEIDAMIA.

Pues volvedme á ver aquí
En habiéndolo mirado.

LIDORO.

¿Cómo, habiéndome llamado
Para informaros de mí
Cuándo mi naufragio fué,
Tan poco cuidado os da
Saber si cierto será
El de Lidoro?

DEIDAMIA. (Ya junto á la puerta.)

No sé...

— Porque ó es verdad ó no.

Si no es verdad, necedad
Es sentirlo; y si es verdad,
¿Qué culpa le tengo yo?
Y pasando á otro temor
Que mas que aqueste lo ha sido,
Sepa si el bajel perdido
De Acaya era; que el rigor
Que mas me aflige es pensar
Si en él Astrea venia.

LIDORO.

No, señora; que él traia
Contrario rumbo de mar,
Y el bajel era de Egnido,
Y Lidoro venia en él.

DEIDAMIA.

Como quiera que el bajel
El de Astrea no haya sido,
Por esa segunda nueva
En segunda obligacion,
Valdré vuestra pretension.

LIDORO.

Con tal favor, que me atreva
A mas que entendi, será
Dicha, no jactancia.

DEIDAMIA.

Pues

Dadme el memorial despues.
(Vase, y Sirene.)

ESCENA VI.

LIDORO, DANTEO, LIBIO.

LIDORO.

¿Quién darne á un tiempo crêrá
Muerte y vida? Poco gusto
Muestra de mi casamiento
Deidamia.

DANTEO.

Ese sentimiento
Recelo es de amor injusto;
Que claro es que su recato
No habia de hacer exceso
Alguno.

LIBIO.

Tampoco es eso.

LIDORO.

¿Pues qué?

LIBIO.

Vuélvome al retrato.

Venimos descadenados,
Y asi somos recibidos
Como hombres mal parecidos.
Deja que lleguen criados,
Vestidos, joyas, dineros,
Caballos, coches, libreas,
Y que cercado te veas
De pajes y de escuderos;
Deja que haya hoy un festin,
Que haya mañana un torneo,
Esotro justa y paseo,
Máscara esotro, y en fin
Verás entónces, señor,
Cómo con grandeza igual,
Si ahora has parecido mal,
Pareces mucho peor.

DANTEO.

Y en fin, ¿qué piensas hacer?

LIDORO.

Escribir, Danteo, con tal
Atencion el memorial,
Que sin llegar á saber
Quién soy, la ponga en cuidado
De querer saber quién soy,
Para cuyo intento hoy...

DANTEO.

Calla; que el Rey ha llegado. (Vase.)

ESCENA VII.

EL REY, ULÍSES, ACOMPAÑAMIENTO.—
LIDORO, LIBIO.

REY.

Ya que quedaste en el monte,
Dime si algun rastro ó seña
Volviste á hallar.

ULÍSES.

Peña á peña

Corrí todo su horizonte;
Ni indicio ni rastro hallé.
(Ap. El oráculo que oí
Reservaré para mí.)

Y en tanto que mas no sé,
Mira qué quieres que diga
A los principes de Grecia.

REY.

Cuánto mi amistad aprecia
Entrar en la heróica liga
Que contra Troya se trata;
Pero que en aquesta parte
El oráculo de Marte
Mis prevenciones dilata.
Porque mientras yo no vea
Que Aquiles á Troya va,
A quien todos vimos ya,
Sin que sepamos cuál sea
La deidad que nos le oculta,
Yo no me atreveré á hacer
Lid en que se va á perder,
Pues Marte lo dificulta.

ULÍSES.

Desa suerte lo diré
De tu parte, y de la mia
Protesto desde este dia
A Grecia mi patria, en fe
Del hijo de mas valor
(Y segun dicen mas sabio),
En venganza de su agravio
Y en demanda de su honor
No perdonar diligencia
Que mis engaños sutiles
No hagan en busca de Aquiles
Hasta traerle á tu presencia,
Si sé en varios horizontes
Abrir, sufriendo pesares,
Las entrañas de los mares
Y los senos de los montes.
(Ap. Deidad que le guardas, si
Para otros ocultos fines
Ya es monstruo de los jardines,
¿Dónde está Aquiles?)

ESCENA VIII.

UN CRIADO. — DICHOS.

CRIADO. (Dentro.)

Aquí

Esperad.

(Sale.)

REY.

¿Qué es eso?

CRIADO.

Astrea,

Que ahora acaba de llegar,
Licencia pide de entrar.

ULÍSES. (Ap.)

¡Otro proverbio! Aunque sea
Acaso, pues dijo aquí,
Aquí le empiece á buscar.

REY.

¿Qué espera para llegar
Mi sobrina? Celio, di
Tú á Deidamia que á la bella
Astrea salga á recibir;
Que aunque la viene á servir,

Hay tanta nobleza en ella,
Que es justo honrilla.

LIBIO.

Esta esfera

Hoy nuevo cielo será.

LIDORO.

Calla, porque llegan ya.

LIBIO.

Yo callara, si pudiera.

ESCENA IX.

Tocan chirimías, y sale por una parte
AQUÍLES, de dama, y TÉTIS, con
ACOMPAÑAMIENTO; y por otra, DEIDA-
MIA, SIRENE Y DAMAS. — EL REY,
ULÍSES, LIDORO, LIBIO, ACOMPA-
ÑAMIENTO.

AQUÍLES. (Ap. á Deidamia.)

Apénas vi del palacio
La inmensa fábrica augusta,
Cuando todos mis sentidos
Se desvanecen y turban.

TÉTIS.

Pues vuelve en tí, y con prudencia
Recóbrate y disimula.

AQUÍLES.

Vuestra Majestad, señor...
Yo... si... cuando... los piés nunca
Mereci.

REY.

Esa turbacion
Mas os abona y disculpa,
Que pudiera la mas docta
Retórica, y mas aguda.
Besad la mano á Deidamia.

AQUÍLES.

Hermosa Deidamia, en cuya
Competencia, de los cielos
Es sombra la luz mas pura,
Dadme á besar vuestra mano,
Y perdonadme que muda
Tanta dicha no encarezca;
Que aunque mi rudeza estudia
Muchas cosas que deciros,
No se me ha acordado alguna
Desde que os vi, y esta sola
Siempre en mi memoria dura,
Porque tocar vuestra mano
Mal puede olvidarse nunca.

DEIDAMIA.

(Ap. En toda mi vida vi
Mas peregrina hermosura.)
Alzad, Astrea, del suelo,
Y créd que tengo á ventura
Que á ser vengais, no mi dama,
Sino mi amiga; que hay muchas
Razones para estimar
(Mis brazos os lo aseguran)
Las prendas de vuestra sangre.

AQUÍLES.

(Ap. ¡ Oh qué bien dicen, fortuna,
Que no se consigue mucho,
Si mucho no se aventura!
A los brazos de Deidamia
Llegué: si es que alguno culpa
El disfraz, ame y verá
Cuántos él discurre y busca.)
Hoy de su mina arrancada
Llega tosca piedra inculca
Una alma, á que los crisoles
Del ingenio y la cordura
Con ejemplares la labren,
Y sin castigos la pulan.

SIRENE.

Todas de vos, bella Astrea,
Aprenderémos, sin duda,

En vuestra beldad lecciones
Del ingenio que os ilustra.

REY.

Ya, Ulises, que la ocasion
De que esta obligacion cumpla,
Cortó la plática nuestra,
A ella volvamos. No una
Vez sola, pero mil veces
Doy á las deidades sumas
Palabra de que en el dia
Que el cielo á Aquiles descubra,
Daré contra Troya á Grecia
Todo mi favor y ayuda.

AQUÍLES. (Ap.)

¡ Válgame Dios! ¡ Tanto importa
Que el cielo mis hados cumpla?

ULÍSES.

Y yo vuelvo una y mil veces
A dar palabra á las sumas
Deidades tambien de andar
El orbe todo en su busca,
Hasta que el valor le encuentre
O el ingenio le descubra.

ESCENA X.

DANTEO. — DICHOS.

DANTEO.

Cerca está de aquí, señor...

ULÍSES.

¿ Adónde...

AQUÍLES. (Ap.)

¿ Qué desventura!

ULÍSES.

Aquiles está?

DANTEO.

Yo digo
Un bajel, que haciendo puntas,
Veloz neblí de las ondas,
El nido del puerto busca...

ULÍSES. (Ap.)

¡ Otro proverbio! No acaso
El cielo mi intento ayuda.

DANTEO.

Y vengo á pedir albricias,
Porque en él viene sin duda
Lidoro, segun las cartas
Me dicen, y lo aseguran
El rumbo y señas que trae;
Si bien las hace confusas
La distancia.

REY.

Si es Lidoro
El que nuestros mares sulca,
Seguras albricias tienes.

DEIDAMIA. (Ap.)

Las mias son mas seguras;
Que, como lágrimas son,
Están mas prontas.

LIDORO. (Ap.)

Fortuna,
¡ Cuando el Rey se alegra, ella
Se entristece y se disgusta!

DANTEO.

Si ese bajel es de Epiro,
Verás cuán presto se muda
La tristeza en alegría.

LIDORO.

Ya tarde la espero, ó nunca;
Pero porque no se queje
Mi omision de mí, la industria
De hablar en mi pretension
Su afecto hará que descubra.

REY.

Vamos al muelle; que quiero
Desde su elevada punta
Ver ese nevado cisne

Nadar sobre las espumas.—
Adios, Deidamia.

(Vanse todos, ménos Aquiles y las damas.)

DEIDAMIA.

Los cielos
Te guarden. — Decid que acuda
La música á los jardines.—
Vén, Astrea.

(Vanse Deidamia, Sirene y damas.)

TÉTIS. (Ap. á Aquiles.)

Antes escucha.
Ya has oido los desvelos
Con que tu persona buscan.

AQUÍLES.

Sí.

TÉTIS.

Pues no te digo mas
De que en conservarla oculta
Está tu seguridad.
Y pues queda tu fortuna
En tu mano, adios, Aquiles,
Y ten silencio y cordura,
Pues ya falta poco para
Que el término tu hado cumpla.

AQUÍLES.

Eso díselo á mi amor;
Que no es posible que sufra
Silencio el fuego, sin que
Ahume, ya que no luzca.

(Vanse Tétis y Aquiles.)

—
Jardin.

ESCENA XI.

ULÍSES.

¡ Cielos! si á vuestras estrellas
Persuadisteis á que influyan
En mi favor los afectos
Que caudillo me intitulan
De toda Grecia, ¿ por qué,
Despues que el nombre me ilustra,
Me andais regateando el medio
Y escaseando la ventura?
Sin Aquiles esta guerra
No tendrá, segun pronuncia
El oráculo de Marte,
Favorable la fortuna.
Pues ¿ cómo á dar la noticia
Basta su deidad augusta,
Y á descubrirle no basta?
Mas ¡ ay de mí! que sin duda
Opuesto poder le ampara.
Bien lo muestra y asegura
Hacer, cuando deja verse,
Que por los vientos nos huya.
Pues yo no me he de rendir
A dificultad alguna;
Que si hay un dios que le guarda,
Otros hay que le descubran.
Y si por humanos medios
Esto puede ser, mi industria
Dará trazas con que á efecto
Llegue... y esta ha de ser una.
Muchos dias há que noto
Que en la milicia no supla
La humana voz otra voz
Superior á todas, cuya
Orden gobierne las tropas,
Ya divididas, ya juntas:
Un horroroso sonido
Que ánimo y valor infunda
En los pechos de los hombres,
De suerte que su confusa
Armonia, con variarla
De las cláusulas algunas,
Todo un ejército entero,
Si una vez el son escucha,
Entienda lo que le manda,
Porque lo ejecute y cumpla.

Con esta imaginacion
Han trazado mis astucias
Dos instrumentos : el uno
De curadas pieles rudas,
Y el otro de retorcidos
Metales : ambos retumban
De suerte , que armoniosos
En una y otra voz juntan
Los apartados extremos
Del horror y la dulzura.
Destos instrumentos dos
Que erizan y que espeluzan
Al que los oye, he de usar
Hoy de Aquiles en la busca :
Y siendo asi que de monstruo
De las montañas, le muda
A monstruo de los jardines
Quien nos le guarda, ¿quién duda
(Pues la voz sola entrar puede
En la estancia mas oculta)
Que como este horror su oído
Hiera, la prision no sufra ?
Porque jóven á quien Marte
Para sus triunfos anuncia,
Gran corazon le guarnece,
Gran espiritu le ilustra,
Y no es posible que quien
Ya en los vaticinios triunfa
Y en los oráculos vence,
Oyendo este idioma, cumpla
Con su mismo natural,
Si arrebatado no busca
La horrible voz de la guerra
Que sus aplausos pronuncia.
Y cuando no se consiga
Por tal medio tal ventura,
Otros habrá, sin que dé
Por vencidas mis industrias ;
Pues ántes... Mas ¿qué instrumentos
La voz de mis labios hurtan ?
Músicos son de Deidamia...
Y por detras destas murtas
Ella viene. Embarazarla
No quiero. ¿Dónde, fortunas,
Hallaré á Aquiles ?

ESCENA XII.

DEIDAMIA. — ULÍSES.

DEIDAMIA. (Dentro.)

Conmigo

No venga ahora ninguna.

ULÍSES.

¿Otro acaso ! Pues no quiero
Crer que misterio no incluya.

(Vase Ulises, y sale Deidamia.)

DEIDAMIA.

Quedáos, y decid que no
Canten, porque me disgusta
Aplicar injustos medios
Contra tristezas tan justas.
¿Oh tu, soberbio bajel,
Que hollando cristales vienes,
Si de mi pena crüel
El dueño en tu esfera tienes,
No tomes puerto con él :
Mira que son contra mí
(Pues para no amar nací)
Todos cuantos bordos das.

ESCENA XIII.

AQUÍLES. — DEIDAMIA.

AQUÍLES. (Ap.)

¿Dónde, pensamiento, vas ?
Mas si está Deidamia aquí,
¿Qué mucho que aquí vinieras
Sin que la eleccion hicieras,
Pues siempre va el corazon
Al riesgo sin eleccion ?

DEIDAMIA.

Vuelve, vuelve al mar : no quieras
Ser de un tirano tercero,
Que al viento dos veces sigue.

AQUÍLES. (Ap.)

Sola está : volverme quiero.
No haya ocasion que me obligue
A decir del mal que muero.

DEIDAMIA.

No de la libertad mia
Quieres... Mas ¿quién (¡ ay de mí !)
Mis sentimientos oía ?

AQUÍLES.

Yo llegué aquí, y como vi
Que estás sola, me volvia,
Por no escuchar lo que hablabas.

DEIDAMIA.

Poco importara, ¡ ay Astrea !
Ser tú la que me escuchabas :
Y para que tu amor crea
Que tú no me embarazabas,
Lo que me hubiera pesado
Que alguien me hubiera escuchado,
Te diré á tí, porque así
Veas que fio de tí
La causa de mi cuidado :
Tanto, si verdad confieso,
Aunque parezca temprano,
Te estimo.

AQUÍLES.

Tu mano beso...

(Ap. Aunque no tanto por eso
Como por besar tu mano.)

DEIDAMIA.

Mi padre, sin mi albedrio,
Con Lidoro me casó,
Príncipe de Epiro.

AQUÍLES.

(Ap. ; Impío

Rigor !) ¿Casada estás ?

DEIDAMIA.

No...

AQUÍLES. (Ap.)

Vivamos, corazon mio.

DEIDAMIA.

Hechos los conciertos sí.

AQUÍLES.

Pues si aun no lo estás, ¿de qué
Es tu pena ?

DEIDAMIA.

Escucha.

AQUÍLES.

Dí.

DEIDAMIA.

Tanto el sentimiento fué
De dar, á quien nunca vi,
Mi padre mi libertad,
Que ofendida la crueldad
De mi altivo pensamiento,
Se ha hecho aborrecimiento
Lo que aun no fué voluntad.
Si mi padre me casara
Con un hombre que yo viera,
Y este con fineza rara
Mis desaires padeciera,
Y padeciendo ganara
Hoy el agrado, el afeto
Mañana, esotro el favor,
Pudiera ser que discreto,
Galante y fino su amor,
Hiciera en mi amor efeto.
Pero querer que yo quiera
A quien no sé si sabrá
Estimar mi mano, es fiera

Esclavitud : ¿quién podrá
No sentirla ?

AQUÍLES.

De manera

Que si supieras, señora,
Que un amante que te adora,
Padeciendo te servia,
Ménos te disgustaría
Su deseo.

DEIDAMIA.

¿Quién lo ignora ?

Porque el quererme á mi bien
No es ofensa para mí.

AQUÍLES.

Vida los cielos te dén.

DEIDAMIA.

Pues ¿qué te va en eso á tí ?

AQUÍLES.

Mucho mal y mucho bien.

DEIDAMIA.

¿Cómo ?

AQUÍLES.

No sé.

DEIDAMIA.

Mi castigo

Teme, ó declara por qué
Lo has dicho.

AQUÍLES.

A eso me obligo ;

Que si digo que lo sé,
No sabré lo que me digo.

DEIDAMIA.

Pues yo lo quiero saber.

AQUÍLES.

Y aun decirlo quiero yo.

DEIDAMIA.

Di pues.

AQUÍLES.

(Ap. Presto (¡ oh fácil sér !)

Hábito de hablar me dió
El hábito de mujer.)
Hermosísima Deidamia,
Cuya perfeccion feliz
Pragmáticas pone al mayo
Y leyes le da al abril :
En la grande isla de Marte
Te vió un jóven preferir
A lo rojo del clavel,
A lo blanco del jazmin.
Allí te vió ; mas no pudo
Declarar su amor allí,
Porque entónces no sabía
Mas que sentir sin sentir.
Tu ausencia y su sentimiento
Le han obligado á venir
A tu corte disfrazado ;
Que como es guerra civil,
Amor nunca se desdena
De valerse del ardid.
Su sangre es ilustre, tanto
Que bien puede competir
Con la mas sagrada prole
Desa curia de zafir.
Su nombre, por no saberle,
No te le puedo decir.
(Ap. Solo esto he de reservar
Del secreto para mí,
Porque no la escandalice
De Aquiles el nombre oír.)
Pero ya que no le diga,
Podré, fiándome de tí
En que no te has de enojar,
Enseñarte (¡ ay infeliz !)
Su persona alguna vez ;
Aunque en vano es prevenir
Enseñarle yo, pues tú
Le conoces como á mí.

DEIDAMIA.

Mucho el aviso te estimo,
Y porque podrá servir
El conocerle de que
No me haga acaso incurrir
La ignorancia en los descuidos
Ya de hablar y ya de oír,
Mira que te ruego, Astrea,
Y aun te mandó desde aquí,
Que en la primera ocasion
Que me lo puedas decir,
Me digas quién es ese hombre,
O me quejaré de tí.

AQUÍLES.

Porque veas si deseo
Obedecer y servir...
(Ap. Amor, á mucho te atreves.)

DEIDAMIA.

¿En qué te suspendes? Di.

AQUÍLES.

Desde aquí le puedes ver.

DEIDAMIA.

No veo á nadie desde aquí.

AQUÍLES.

Míralo bien; que si ves.

DEIDAMIA.

Digo que en todo el jardin
No estamos mas que las dos
Solas.

AQUÍLES.

¿Solas las dos?

DEIDAMIA.

Sí.

AQUÍLES.

Pues si tú dices que estamos
Solas, y yo que está aquí
Tu amante, bien fácil es
La enigma de descubrir.

DEIDAMIA.

¿Cómo?

AQUÍLES.

Como entre las dos

Está...

ESCENA XIV.

LIDORO, que llega por entre los dos
á dar el memorial. — AQUÍLES,
DEIDAMIA.

LIDORO.

Pues que permitis
Que en mis pretensiones hable...

DEIDAMIA. (Ap.)

¿Qué es lo que miro!

AQUÍLES. (Ap.)

¿Ay de mí!

LIDORO. (Ap.)

Este memorial, señora,
Os dirá quién soy.

DEIDAMIA.

Así (Rómpele.)

Despacho yo memoriales
De quien con trato tan vil
En mi corte, en mi palacio
Se atreve...

LIDORO. (Ap.)

¿Qué oigo!

DEIDAMIA.

A asistir

Disfrazado y encubierto.

AQUÍLES. (Ap.)

Ella llegó á presumir
Que yo lo decia por él.

LIDORO. (Ap.)

De álguien conocido fui
Sin duda, y quién soy le han dicho.

DEIDAMIA.

Ni he menester...

LIDORO. (Ap.)

¿Ay de mí!

DEIDAMIA.

Saber quién sois: ya lo sé.

LIDORO.

Pues si lo sabeis, oid. (Cúbrese.)

AQUÍLES. (Ap.)

Miren; qué grave se ha puesto!

DEIDAMIA. (Ap.)

Corazon, ¿esto sufris?

LIDORO.

Derrotado de los mares,
De Marte á la isla sali,
Donde vi vuestra hermosura.

DEIDAMIA.

Lo que tú me dices.

AQUÍLES.

Sí...

(Ap. Basta que he venido á ser
Tercero yo contra mí,
Pues me declaré por otro.)

LIDORO.

Viéndome tan infeliz,
Por no verme desairado
Persona y nombre encubrí.
Y pues ni el venir por vos
En persona, ni el fingir
Mi nombre es ofensa vuestra...

DEIDAMIA.

¿Cómo es eso de venir
Por mí en persona?

LIDORO.

Vos misma

¿Saber quién soy, no decis?

DEIDAMIA.

Pues ya no quiero saberlo
Despues que lo sé: y así,
Si habeis de decir quién sois,
A mi padre lo decid;
Que mujeres como yo
Nunca acostumbran oír
Finezas tan desmandadas,
Que hayan de llegar á mí
Sin que sepan el camino
Por dondê deben venir.

LIDORO.

Si yo...

DEIDAMIA.

No mas.

LIDORO.

Pude...

DEIDAMIA.

Basta.

LIDORO.

Juzgar...

DEIDAMIA.

Nada os he de oír.

Idos pues.

LIDORO.

Si haré, por daros

Tiempo.

DEIDAMIA.

¿De qué?

LIDORO.

De advertir

Que es tan noble mi delito,
Que solo erró contra sí
No atreverse á parecer
Por no atreverse á lucir.

(Vase.)

ESCENA XV.

AQUÍLES, DEIDAMIA.

DEIDAMIA.

Tampoco, Astrea, me sigas
Tú.

AQUÍLES.

¿Pues yo te ofendí?

DEIDAMIA.

Sí.

AQUÍLES.

¿En decir quién fuese?

DEIDAMIA.

No.

AQUÍLES.

Pues ¿en qué?

DEIDAMIA.

En no lo decir.

¿Puede haber mas traidor trato,
Puede haber accion mas vil
Que, tercera de su amor,
Hablarle en que está por mí
Un amante disfrazado,
Y recatar y encubrir
Quién era?

AQUÍLES.

Eso no sabia.

DEIDAMIA.

Pues ¿cómo pudiste, di,
Saber que me vió en el monte,
Que vino encubierto aquí,
Y no quién era?

AQUÍLES.

No sé.

DEIDAMIA.

Eso es volverme á mentir
Segunda vez.

AQUÍLES.

No me injurias;

Que si enojada te vi
Sin culpa, quizá con ella,
La costa hecha á lo infeliz,
Me atreveré á verte.

DEIDAMIA.

¿Cómo?

AQUÍLES.

Obligándome á decir
Que no lo dije por él.

DEIDAMIA.

Pues ¿por quién, fiera?

AQUÍLES.

Por mí...

Vuelva mi honor. Por quien es
Tan cifra deste pensil,
Tan enigma deste alcázar,
Que andando siempre tras tí,
Le ves y no le ves, le hablas
Y no le hablas, le oyes y
No le oyes, porque delirio
De los hados, frenesi
De la fortuna y prodigio
Del amor, oculto en fin,
Es deste jardin el monstruo. (Vase.)

DEIDAMIA.

Tente, oye, espera: no así
Me dejes dudosa, pues
La he de matar, ó inquirir
Quién por mí puede ser ¡cielos!
El monstruo deste jardin.

JORNADA TERCERA.

ESCENA PRIMERA.

por una parte AQUÍLES, en traje de hombre, y por otra DEIDAMIA, sin verse.

AQUÍLES.

Pálido ceño de la noche fría,
Que limitada sombra,
Desvanece y asombra
La luz del sol, el rosicler del día,
Siendo en asombro tanto [to...
Todo horror, todo miedo y todo espan-

DEIDAMIA.

Todo horror, todo miedo y todo espan-
Es cuanto toco y piso, [to
Pues apenas diviso
En las arrugas del nocturno manto,
Atenta á mi querella,
Ni una luz, ni un reflejo, ni una estrella.

AQUÍLES.

Ni una luz, ni un reflejo, ni una estrella
En el cielo parece.
¡Oh cuánto favorece
Mi pretensión y de Deidamia bella!
Pues cuando en este traje vengo á ha-
[blalla,
Falta el sol, la luna huye, el viento calla!

DEIDAMIA.

Falta el sol, la luna huye, el viento calla,
Cuando firme y constante
Vengo á ver un amante,
Tan enigma de amor, que á descifralla
No hay valor que se atreva:
Tal mueve, tal admira, tal eleva.

AQUÍLES.

Tal mueve, tal admira, tal eleva
De mi vida el suceso, [por eso
Que...— Mas Deidamia es esta, y aun
Su nueva Siquis con fragancia nueva
Saludan los verdores
De las hojas, las ramas y las flores.

DEIDAMIA.

De las hojas, las ramas y las flores
El vulgo ha respirado;
Sin duda que ha llegado
El cuidado, que es dios de los amores.

AQUÍLES.

¡Mi dueño!

DEIDAMIA.

¡Gloria mía!

AQUÍLES.

Salió el sol.

DEIDAMIA.

Vino el alba.

LOS DOS.

Llegó el día.

DEIDAMIA.

Ya acusaban tu tardanza,
Viendo que la noche viene
Y que tú te detenias,
Arboles, flores y fuentes.

AQUÍLES.

No te admire, no te espante,
Hermosa deidad de nieve,
A quien vistieron jazmines
Y coronaron claveles,
Que tema el verte hoy.

DEIDAMIA.

¿Por qué?

AQUÍLES.

Porque quien de celos muere,

No es mucho que el encontrarlos
Dilate.

DEIDAMIA.

La alfombra verde
Destos cuadros nos convida.
Siéntate, y di lo que sientes.
(Siéntanse los dos.)

AQUÍLES.

Con tal licencia, perdona
Que desde el principio empiece.
Yo, bellissima Deidamia,
En aquel inculto albergue
Que fué mi primera cuna,
Te vi un día.

DEIDAMIA.

No me acuerdes
Dónde y cómo, puesto que
Ya me lo has dicho otras veces.

AQUÍLES.

Tan sin mí quedé sin tí,
Que para que no muriese
A manos de mis tristezas...

DEIDAMIA.

La hermosa deidad de Tétis,
Que segun me has dicho, es
La que te ampara y defiende,
Buscó á tu vida reparos.

AQUÍLES.

Y porque amando viviese...

DEIDAMIA.

Del nombre y traje de Astrea,
A quien sepulcro de nieve
Ella construyó en las ondas,
Saneó los inconvenientes
En tu edad y en tu hermosura.
Y puesto que sé quién eres
Y cómo estás aquí, vamos
Al pesar que hoy te entristece.

AQUÍLES.

¿Para qué, si has de atajarme
A todo cuanto dijere?

DEIDAMIA.

Aquesto es aprovechar
El tiempo, porque parece
Inútil conversacion
La de hablar siempre imprudentes
En lo que sabemos.

AQUÍLES.

Pues

Si los amantes no hubiesen
De hablar siempre en lo que saben,
¿Qué tendrían que hablar siempre?
Ya disfrazado en tu casa,
Quiso mi estrella atreverse
A declararse contigo,
Y hablándote en mi...

DEIDAMIA.

Sucede

Que se declaró Lidoro,
Por quien mi engaño lo entiende.

AQUÍLES.

Aquí quedamos. Tu enojo
Me obligó á que te dijese
Quién era tu amante.

DEIDAMIA.

Y yo

Afable lo escuché, ó fuese
Porque ya mi inclinacion
Tu ingenio y belleza hubiesen
Ganádome el albedrio,
O porque á Lidoro, al verle
(Otra vez lo dije) como
Esposo y no como huésped,
Le aborrecí sin más causa
Que empezar á aborrecerle.

AQUÍLES.

Gustaste de que te noche
En este traje viniese
A este jardin.

DEIDAMIA.

Si, porqué
En el de mujer parece
Que está violento el cariño.

AQUÍLES.

Monstruo pues de dos especies,
Tu dama de día, y de noche
Tu galan, no te merece
Mi amor de galan ni dama,
Ni favores ni desdenes,
Pues ni dama me despidas
Ni galan me favoreces.

DEIDAMIA.

Eso no quiero que digas,
Pues ¿qué mas favores quieres
De mí, que ver que un engaño
Tal que ejemplares no tiene,
Le disimule? ¿Qué mas
Finezas, si me mereces,
Pudiendo hablarte de día,
Por hacer hurto el quererte,
Que á aquestas horas te hable?
¿Qué mas agrados, si debes
Á mis pesares que finjan
En mi salud accidentes
Que el casamiento dilaten?

AQUÍLES.

No te enojas, razon tienes.
Mas ¿qué importa ¡ay dueño mio!
Haber llegado á deberte
Esas finezas, si todas
Me han de servir solamente
De mayor pena? Mañana
Dicen que casarte quiere
Tu padre: mira si ha sido
Piedad el favorecerme,
Pues es guardarme la vida
Solo para darme muerte.

DEIDAMIA.

¿Puedo yo no ser quien soy?

AQUÍLES.

¿Lloras?

DEIDAMIA.

No; que aun no me deben
Aquese alivio mis ansias.

AQUÍLES.

Pues ¿qué es eso?

DEIDAMIA.

Es solamente
Querer llorar sin llorar,
Bien como en pecho rebelde.

ESCENA II.

MÚSICA, dentro. — DICHOS.

MÚSICA. (Dentro.)

Ojos eran fugitivos
De un pardo escollo dos fuentes...

AQUÍLES.

¿Qué voces son las que escucho?

DEIDAMIA.

No te asustes, no te alteres.
Músicos son de Lidoro,
Que desde ese parque suelen
Cantar, porque así presumen
Que mis tristezas divierten.

AQUÍLES.

¡Con buena disculpa ¡ay triste!
Que no me ofenda pretendes!
¡Con decir que es de Lidoro
Música! que ya dos veces
La debo sentir: por suya,

Y porque á impedirles llegue
A estas flores que reciban
En el nácar que guarnece
Tu pié, las hermosas perlas
De las lágrimas que viertes.

MÚSICA. (Dentro.)

*Humedeciendo pestañas
De jazmines y claveles...*

DEIDAMIA.

Que él cante cuando yo lloro,
Contrariedad es que debe
Estimarse, pues que dice
Su amor y mi olvido.

AQUÍLES.

¿Puede

No sentir quien siente?

DEIDAMIA.

No;

Mas puede hacer que consuele
Al sentimiento el agrado,
Viendo el alma de quien siente.

MÚSICA. (Dentro.)

*Cuyas lágrimas risueñas,
Quejas repitiendo alegres...
(Quiere Aquiles levantarse, y Deidamia
le detiene.)*

AQUÍLES.

No me detengas; que tengo
De salir adonde intente
Hacer que lloren, pues lloras;
Que no es bien que tú te quejes
Y ellos canten, sin que yo
Su sangre y tu llanto mezcle.

MÚSICA. (Dentro.)

*Entre conceptos de cantos
Y murmurios de corrientes.*

DEIDAMIA.

No has de salir.

AQUÍLES.

Ya no haré;

Que si entra en el jardín gente,
¿Para qué he de salir yo?

DEIDAMIA.

¡Gente aquí! ¡Cielos, valedme!

ESCENA III.

LIDORO, LIBIO. — AQUÍLES,
DEIDAMIA.

LIDORO. (Ap. á Libio.)

¿Dijiste, porque mejor
La deshecha hagan, no dejen
De cantar mientras adoro
De mas cerca las paredes
De los cuartos de Deidamia,
Ya que ruegos ó intereses
Vencieron los jardineros
Para que la puerta abriesen?

LIBIO.

Si, señor: ya prevenidos
Quedan de que canten siempre.

DEIDAMIA.

Yo soy muerta, si por dicha
O por desdicha, acontece
Ser conocida.

LIDORO.

Hacia allí

Que siento ruido parece...
Y es verdad, dos bultos son.

LIBIO.

Y grandes: cada uno tiene
Veinte anas de caída.

LIDORO.

¡Hombres aquí! Conocerles
Es ya forzoso.

LIBIO.

No es.

LIDORO.

Pues ¿qué puedo hacer?

LIBIO.

Volvete:

Mira; que cosa tan fácil!

LIDORO.

¿Que eso, necio, me aconsejes!
¿Cómo puedo no saber
Quién á estos jardines entre
A estas horas?

LIBIO.

No queriendo

Saberlo.

DEIDAMIA.

A nosotros vienen.

AQUÍLES.

Retírate tú; que yo
Me quedaré á detenerles;
Que como no te conozcan,
Los demas inconvenientes
Importan ménos.

DEIDAMIA.

FORZOSO

Es ¡ay de mí!, aunque pendiente
Deje en tu vida mi vida.

(Vase.)

ESCENA IV.

AQUÍLES, LIDORO, LIBIO; *después,*
MÚSICA, *dentro.*

LIDORO.

El uno la espalda vuelve.

LIBIO.

Parécese á mí.

LIDORO.

Y el otro

Queda.

LIBIO.

Ese no se parece.

LIDORO.

¿Quién va?

AQUÍLES.

¿Quién me lo pregunta?

LIDORO.

Un hombre que saber quiere
Cómo habeis entrado aquí.

AQUÍLES.

La duda es impertinente,
Pues preguntándós á vos
Cómo entrásteis, me parece
Sabréis cómo he entrado yo.

LIDORO.

Yo tengo causas que pueden
Darme aqueste atrevimiento.

AQUÍLES.

Yo tambien.

LIDORO.

Y me compete

El saber quién sois.

AQUÍLES.

A mí

El no decirlo.

LIDORO.

Pondréisme

En obligacion de que

Lo pregunte desta suerte.

AQUÍLES.

Y á mí responder de estotra.

(*Sacan las espadas y riñen; y la música,
que estará algo lejos, sin cesar canta
todas las coplas.*)

MÚSICA.

Ojos eran fugitivos, etc.

LIBIO.

¡A muy lindo tiempo vuelven
A cantar los otros! ¿Quién
Puso espadas y broqueles
En solfa jamás?

LIDORO.

¿Qué haces?

LIBIO.

La fuga deste motete.
A decir que callen voy,
Porque en estilo no entran
De matarse dos debajo
De compas.

(Vase.)

LIDORO.

Aunque valiente

Os mostrais, sabré quién sois.

AQUÍLES.

Soy, si el valor se resuelve,
El monstruo destes jardines.

LIDORO.

El nombre.

AQUÍLES.

No ha de saberse.

LIDORO.

Aunque vos me le calleis,
Me lo dirá vuestra muerte.

ESCENA V.

ULÍSES. — Dichos.

ULÍSES. (Ap.)

¡En los jardines espadas,
Y abiertas sus puertas! Llegue
A saber qué es esto.

LIDORO.

Pues

No es bien que el empeño deje,
Hasta que sepa quién es
Hombre que á decir se atreve:

«Monstruo soy destes jardines.»

ULÍSES.

¿Qué escucho! ¿Luego tú eres
El que busca mi deseo
Tanto que á esta hora me tiene
Desvelado á estos umbrales?
Y así, yo he de conocerte.

(*Pónese al lado de Lidoro.*)

AQUÍLES. (Ap.)

Pues equivocado llega,
Cielos, en mi favor este,
Dejándole el riesgo, es bien
Que la ocasion aproveche,
Y me retire á mi cuarto,
Donde ántes que puedan verme,
Mude de traje y de nombre.

(Vase.)

ESCENA VI.

ULÍSES, LIDORO.

LIDORO.

Hombre, si buscando vienes,
Como has dicho, ¡ay de mí! al monstruo
Destos jardines, advierte
Que á él le dejas ir, y á quien
Tambien le busca detienes.

ULÍSES.

A tí te oí decir que tú
Lo eras: y pues tú lo eres,
No te defiendas de mí;
Que no te busco imprudente
Para tu muerte, sinó
Para tu aplauso, y hacerte
Dueño de Troya; y porqué
Seguro de mí no intentes
Defenderte, Ulises soy,

Que en este jardín previene
Por un oráculo hallarte.

LIDORO.

¿Ulises?

ULISES.

Si.

LIDORO.

Pues si ese
Es tu intento, contra tí
Tu diligencia se vuelve,
Pues le dejas cuando yo
También le busco.

ULISES.

¿Quién eres?

LIDORO.

Lidoro soy.

ULISES.

Pues, señor,

¿Vos aquí! Vos desta suerte!

¿Qué es esto?

LIDORO.

No sé. ¡Ay, Ulises!

ULISES.

Sepa qué es.

LIDORO.

Pues se nos pierde

Entre manos la ocasión
De saber (¡desdicha fuerte!)
Al que vuestro valor busca
Y vuestro valor defiende,
Y ya la primera luz
En su crepúsculo vence
Las tinieblas de la noche,
No es bien que aquí nos encuentren.
Salgamos de aquí, y sabréis
Lo que á mi vida sucede,
Pues solamente de vos
Lo fiara.

ULISES.

Y justamente;

Que soy vuestro amigo: y puesto
Que no es bien durar en este
Sitio sin que respetemos
El honor destas paredes,
Tomemos la vuelta al parque.

(*Vanse.*)

Parque.

ESCENA VII.

ULISES, LIDORO.

LIDORO.

De su enmarañado albergue
Este es el sitio mas solo.

ULISES.

Proseguid pues.

LIDORO.

Atendedme.

Yo, llevado de mi amor
(No os encarezco si es grande,
Pues basta no ser dichoso
Para saber que es constante),
Con música divertía
Desde la esfera del parque
Las tristezas de Deidamia
Esta noche. ¡Qué mal hace
Quien cura males ajenos,
Pudiendo sus propios males!
Los efectos de rendido
Facilitaron que entrase
Al jardín: ¡nunca pisara,
Pluguiera al cielo, su márgen,
Pues no hallara de mis penas
Entre sus flores el áspid!
Dos bultos vi. ¡Ay infelice!
Huyó uno, otro ocultarse
En las ramas pretendía,

De atento, no de cobarde,
Porque igual valor jamas
Depositó el cielo en nadie.
Embestile, y lo que dél
Supe, fué que se nombrase
El monstruo de los jardines:
En cuyo empeñado lance
Llegasteis, equivocado
De ver que yo me lo llame,
Y fué que yo repetí
Lo que él habia dicho ántes.
Y pues, vencido el error,
De vos mi valor se vale
Por amigo y extranjero,
¿Qué he de hacer en semejante
Pena, sabiendo que un hombre
Galan y airoso en el talle,
Valeroso en el denuedo,
Recatado en el lenguaje,
Prevenido en la cautela
Y en la ejecucion constante,
Monstruo de aquestos jardines,
En ellos puede ocultarse
Tan seguro, que no teme
Que el día se le declare,
Para no quedarse en ellos,
Pues por la puerta que entrasteis

No fué por dónde él se huyó?
Pues presumir que lo sabé
Deidamia, es pensar que al sol
Obscuras nubes le manchen:
Pensar que lo ignora, siendo
A quien yo adoro, es quitarme
En los miedos de celoso
Los privilegios de amante.
Confieso que hay otras damas;
Mas para mí no es bastante
Satisfacción; que ninguna
Merece que la idolatren
Sino ella: y mas grosero
Fuera mi dolor en darse
Por entendido de que
A otra donde ella está amen,
Que no en presumir que es ella.
Y así, atento á mis pesares,
Decidme, ¿cómo sabré
Qué hombre es este, y?...
ULISES.

No adelante

Paseis; que ya á mí me toca
Por vos y por mí empeñarme
En saberlo; que mis dudas
Y vuestras, si en una parte
Desiguales son, en otra
Parece que son iguales;
Pues saber quién es un hombre
A los dos inquietos trae,
Con la distancia no mas
Que se da entre Amor y Marte.
Y así, pues á vos y á mí,
Aunque con causas distantes,
Toca saber quién sea el que
Oculto en ellos se llame
El monstruo de los jardines,
Hoy he de determinarme
A entrar de Deidamia al cuarto;
Que no dudo que en él halle
Algun indicio de tanta
Novedad, pues cuando callen
Los recatos de la voz,
No podrán los del semblante;
Que aunque es verdad que no habrá
De ponerseme delante
Estando en el cuarto yo,
Haré un estruendo tan grande,
Que su espíritu le obligue
A que quizá se declare,
Viendo titubear al orbe,
Si se cae ó no se cae.

LIDORO.

¿Con qué industria habeis de entrar?

ULISES.

¿A Ulises quereis que falte?
Con solamente un recado
Que lleve de vuestra parte.

LIDORO.

¿De mi parte? ¿Y qué ha de ser?

ULISES.

Pues os traje aquella nave
Tantas riquezas de Epiro
Para declararos, dadme
Dellas algunas, bien como
Telas, perlas y diamantes,
Y tambien (porque mejor
Un mercader se disfrace,
Viendo que lleva de todo)
Espadines y plumajes,
Bandas, escudos. Y en tanto
Que me empeño en el exámen
Yo, vos habeis de ayudaros
Del valor y de la sangre
Para no dar á entender
Los sentimientos á nadie,
Prosiguiendo los festejos
Y músicas como ántes,
Aun entrando en los jardines
Por donde esta noche entrasteis:
De suerte que nunca mas
Fino, rendido y galante
Deidamia ha de haberos visto.

LIDORO.

Aunque no es eso muy fácil
De obedecer, pues callar
Con celos no lo hizo nadie,
Yo lo acabaré conmigo.

ULISES.

Esto es lo mas importante.
Un hombre no conocido
Que me asista y me acompañe
He menester: mirad vos
Si de cuantos en la nave
Vienen, hay uno de quien
Pueda el secreto fiarse.

LIDORO.

Un criado tengo, en quien
Concurren las calidades
Que me decis, porque aunque
Me ha asistido, los disfraces
Le encubrirán.

ULISES.

Pues, Lidoro,

LIDORO.

Ulises, á hacer finezas.

ULISES.

Que hombre que pudo llamarse
El monstruo de los jardines...

LIDORO.

Que hombre que pudo ocultarse
En ellos de día y de noche.

ULISES.

Indicios me ofrece grandes.

LIDORO.

Grandes temores me ofrece.

ULISES.

Y no sin causa...

LIDORO.

Y no en balde...

ULISES.

Si tantos avisos creo...

LIDORO.

Si dudo tantos desaires...

ULISES.

Como los cielos me envían.

LIDORO.

Como Deidamia me hace.

(*Vanse.*)

Habitacion de Deidamia.

ESCENA VIII.

DEIDAMIA, SIRENE, CINTIA.

SIRENE.

No en vano las luces bellas
Que el sol en sus lumbres dora,
Ósan, con tan bella aurora,
Competir con las estrellas.)

DEIDAMIA.

¡Lisonjas, Sirene, á mí!

CINTIA.

No es posible que lo sea
La verdad.

DEIDAMIA.

Bien está.— Astrea

¿Ha pasado por aquí?
(Ap. Bien sé que en su cuarto está
Mudando el traje y el fin
Del empeño del jardín;
Mas esta es deshecha.)

SIRENE.

Ya

Ella viene.

ESCENA IX.

AQUÍLES, de dama. — DICHAS.

DEIDAMIA.

¿En qué has estado?
¿Qué traes? ¿Qué tienes?

AQUÍLES.

No sé.

Pasando ahora escuché...

DEIDAMIA.

¿Qué?

AQUÍLES.

Que te traía un recado...

DEIDAMIA.

¿Quién?

AQUÍLES.

Ulises.

DEIDAMIA.

¿Y qué ha sido?

AQUÍLES.

Lidoro...

DEIDAMIA.

¿Qué mal empiezas!

AQUÍLES.

Por divertir tus tristezas,
Sabiendo que llegó á Egnido
Un mercader extranjero,
Que trae de la India Oriental
Empleado su caudal
En uno y otro lucero,
Hijos del sol, te le envía
Con él, porque de sus bellas
Joyas, las que gustes dellas
Tomes.

DEIDAMIA. (Ap.)

Esa bazarria,

Sobre la loca arrogancia
De anoche que hasta ahora lucha
En mi pecho, arguye mucha
Malicia ó mucha ignorancia.
Mucho me da que temer;
Pero ¿cómo de mí; ay cielos!
Se atreverá á tener celos?

AQUÍLES.

Mira qué has de responder.

DEIDAMIA. (Ap. á Aquiles.)

No lo sé, porque si aquí
Respondo airada y cruel,
Le doy otro indicio á él;
Y si no, otro enojo á ti.

AQUÍLES.

Pues ya que á dudar te obligas
Lo que debes hacer, yo
Diré que entre. (Ap. á ella. Porque no
Quiero que tú se lo digas.)

SIRENE.

Notable desaire fuera,
Si en su fineza reparas,
Que la entrada le negaras.

ESCENA X.

ULÍSES; LIBIO, vestido como extran-
jero, y trae en un cofrecillo lo que
dirán despues los versos, y en las
manos un sombrero con plumas, una
espada de plata y un escudo dorado.

— Dichos.

ULÍSES.

¡Dichoso yo que esta esfera
Soberana merecí
De tanto sol penetrar!
Mas esto es servir y amar.

LIBIO. (Ap.)

Y desdichado de mí,
Que hecho una portátil tienda,
Soy, como bestia cargado,
Envidioso, á quien ha dado
Pesadumbre ajena hacienda.

ULÍSES.

El gran príncipe Lidoro,
Que de mí su atención fia,
Conmigo este hombre os envia,
Porque del grande tesoro
De un mercader que ha venido
Hoy al puerto, algo ferieis.

DEIDAMIA.

Veamos qué joyas traeis...

ULÍSES. (Ap.)

A todo estaré advertido.

DEIDAMIA.

Porque aunque yo para mí
Ninguna pienso tomar,
Hoy á mis damas feriar,
Ya que se han hallado aquí,
Las que les agraden, quiero.

ULÍSES.

Quita el cofre.

LIBIO.

Aqueso haré

De buena gana, porqué
Como es rico, es majadero,
Y cansa tarde y mañana.

ULÍSES.

Ábrele.

LIBIO.

Eso haré tambien,
Porque á un pesadazo ¿quién
No le abre de buena gana?
Poner esto aparte quiero,
Que no es de aquí, y lo traía
Por si en el camino había
Quien lo comprase primero.

(Pone á un lado espada, escudo
y sombrero.)

ULÍSES.

Saca esas telas, y vé
Desdoblándolas ahora.
(Saca unas piezas de tela y tiéndelas.)

LIBIO.

¿Qué color destos, señora,
Mas os agradó?

DEIDAMIA.

No sé.

LIBIO. (Ap.)

¡Telas su vista desprecia,

Y tras ellas no se va!

Bien se echa de ver que está
El Córpus léjos de Grecia.

ULÍSES.

Ve aquesas joyas sacando.

LIBIO. (Sacando una.)

¿Qué os parece este Cupido
De diamantes?

DEIDAMIA.

Necio ha sido
Quién dellos labra amor, cuando
Para lo que el mas perfeto
Dura, aun la mas blanda cera
Materia rebelde fuera.

SIRENE.

Dejando aparte el conceto,
Joya mas bella no vi:
Rica y de buen gusto es.

LIBIO.

Si es rica, claro está.

DEIDAMIA.

Pues

Sea, Sirene, para ti.

SIRENE.

¿Amor tuyo á merecer
Llego?

DEIDAMIA.

Engañaste; que yo
No te doy mi amor, sino
El amor del mercader.

LIBIO.

No es poco eso, pues delante
Hay mas de alguna mujer,
Que el amor del mercader
Es el que tiene á su amante.—
Por firmeza aquesta pieza (Otra.)
Fuerza es que á tu gusto informe.

DEIDAMIA.

No es; que eso ha de ser conforme
Cuya fuere la firmeza.

CINTIA.

De cualquiera en quien se vea,
Merece ser estimada.

DEIDAMIA.

Si eso es decir que te agrada,
Tuya la firmeza sea.

CINTIA.

La mano beso á tu Alteza.

LIBIO.

Atala bien al poner,
Porque se suele caer
Fácilmente una firmeza.
Esta corona querría
Que te agrade.

DEIDAMIA.

Della ¿qué

Dices?

AQUÍLES.

Mal.

DEIDAMIA.

¿Por qué?

AQUÍLES.

Porqué

Está en tu mano, y no es mia.

DEIDAMIA.

Si es, toma.

AQUÍLES.

Eso no, perdona.

DEIDAMIA.

¿Por qué de verla te pesa?

AQUÍLES.

Porque tú lo entiendes desa,
Y yo hablo de otra corona.

LIBIO.

Esta una águila imperial
Es, que al sol las plumas dora.

DEIDAMIA.

¿Te agrada esta?

AQUÍLES.

No, señora;

Que me están sus vuelos mal.

LIBIO.

Un áspid de rubies.

DEIDAMIA.

Di,

¿Este acaso te agradó?

AQUÍLES.

Pues digo al águila no,
A nada diré de sí.

DEIDAMIA.

Que algo no elijas, me enfada.

AQUÍLES.

¿Tú lo quieres?

DEIDAMIA.

Yo lo quiero.

AQUÍLES.

Pues este escudo, este acero,
Estas plumas y esta espada
Tomaré.

DEIDAMIA.

¿Eso has elegido?

AQUÍLES.

Sí.

DEIDAMIA.

¿A qué fin?

AQUÍLES. (Ap. á ella.)

¿No puede ser

Que lo hayamos menester
En habiendo anochecido?

ULÍSES.

Mucho extraño la eleccion.

¿Donde hay joyas, armas quieres?

AQUÍLES.

Sí, pues hay entre mujeres
Mujeres que no lo son.

DEIDAMIA.

Necia estás.— No digas nada
Desto á Lidoro, sinó
Cuánto agradecida yo,
Conocida y obligada,
Nunca sus finezas dudo,
Y que en su nombre escogi
Estas cintas para mí.

AQUÍLES.

Yo este acero y este escudo.

ULÍSES.

Yo, señora, le diré

Todo cuanto me mandais.

LIBIO.

Y si vos no os disgustais,
Otro día volveré,Pues podrá ser que otro día
De otra cosa os agradeis.

DEIDAMIA.

Cuando quisiereis podeis.

CINTIA.

Dime, desta bizarría

¿Qué sientes?

SIRENE.

Mucho hay que hablar;

Mas por hoy lo suspendamos;

Que día que dan los amos

No es día de murmurar.

ESCENA XI.

EL REY, LIDORO, DANTEO Y ACOM-
PAÑAMIENTO. — DICHOS.

REY.

Deidamia hermosa, á tu cuarto
Vengo con dos novedades.

DEIDAMIA.

Venir contigo Lidoro,
¿No es ya, señor, la mas grande?

REY.

Importa para la una...

Pero ¿qué es esto que haces?

DEIDAMIA.

Dese mercader que Ulises
Me ha traído de su parte,
Feriando estaba unas joyas.

LIDORO.

Todo el sol puesto en engaste
Fuera para mí atrevido,
Bien que para vos cobarde.

DEIDAMIA.

Guárdeos el cielo.

ULÍSES.

Recoge

Esto.

LIBIO. (Ap.)

Ya me es importante,
Porque álguien no me conozca,
Y me dé con algo álguien.

LIDORO. (Ap. á Ulises.)

¿Qué tenemos?

ULÍSES.

Poco ó nada,

Pues solo he visto un notable
Espíritu de mujer.

REY.

La una es que tengo de parte
De Acaya, patria de Astrea...
¿Dónde está?

AQUÍLES.

A tus plantas yace.

REY.

¿Qué armas y plumas son estas?
Permite que el verte extraño
Con insignias de Belona,
No siendo hermana de Marte.

AQUÍLES.

Como la guerra de Troya
Por toda Grecia se trate,
Para un deudo mio...

REY.

Está en;

Mas la duda que me trae
Confuso, es haber tenido
Cartas, en que por constante
Se tiene que dió al traves
En un escollo la nave
En que Astrea venia.

AQUÍLES. (Ap.)

¿Ay triste!

REY.

Y así es justo que repare
Que allí perezca una Astrea,
Y que otra aquí te acompañe.

AQUÍLES.

Pues ¿cómo, señor, si yo...

Cuando aquí llegué?...

LIDORO. (Ap.)

¿Notable

Turbacion!

ULÍSES. (Ap.)

Esta mujer

El juicio ha de quitarme,
Y mas con esta sospecha
Del fingido nombre.

REY.

Ya hacen

La nueva y la turbacion
Mayor la duda.

DEIDAMIA.

Es en balde

Dar crédito á esa voz, pues

No hay alguno que se embarque
A quien no le anegue el vulgo,
O le cautive ó le mate.
Esto se dice de todos;
Despues la verdad se sabe.

REY.

Bien puede ser: y así, en tanto
Que el tiempo nos desengañe,
Dejemos aquesto, y vamos
A lo que es mas importante.—
El Rey vuestro padre escribe

(Á Lidoro.)

La gran falta que le hace
Vuestra persona; y aunque
Tantos accidentes graves
De la salud de Deidamia,
De un día en otro dilatan
Las bodas, ya no es posible
Que no venzan, que no arrastren
Mayores inconvenientes
Menores dificultades.
Y así, quiero que mañana
Las ceremonias nupciales
Se celebren, empezando
Las músicas esta tarde
La invocacion de Himeneo,
Usado rito inviolable
De sus ninfas, cuyas voces
Ya en ecos el viento esparce,
Para que tú las admitas.

DEIDAMIA.

Ya, señor, que hay en mí sabes
Obediencia, y no eleccion.

REY.

Pues con la antorcha que traen
Para tí y Lidoro, en muestra
Del amor que en los dos arde,
Daréis principio los dos.

AQUÍLES. (Ap.)

¿Oh qué bien dijo, pesares,
Pues siempre embestis en tropas,
Quien dijo que sois cobardes!

LIDORO. (Ap. á Danteo.)

¿Qué he de hacer?

DANTEO.

Disimilar,

Pues de aquí á mañana caben
Mil siglos, y un triste puede
Mejorar mucho un instante.

AQUÍLES. (Ap.)

Buena ocasion es aquesta
De que mi honor se declare.

ESCENA XII.

DAMAS, en traje de ninfas, con huchas
encendidas; MÚSICA. — DICHOS.

MÚSICA.

Al tálamo casto de virgen esposa,
Que dulce y hermosa
Corona de amor el mas alto trofeo,
Vén, Himeneo, vén, Himeneo.
Al tálamo casto de jóven amante,
Que fino y constante
Corona de amor el mas dulce empleo,
Vén, Himeneo, vén, Himeneo.
Al tálamo casto donde une el amor...
(Tocan dentro caja y clarin, y suspén-
dense todos.)

UNOS.

¿Qué asombro!

OTROS.

¿Qué pasmo!

OTROS.

¿Qué susto!

OTROS.

¿Qué horror!

REY.
Gran Júpiter, ¿qué es esto, [puesto?
Que en tanta confusion al mundo ha

DEIDAMIA.
¿Qué nueva fiera ha sido
La que ha dado tan bárbaro bramido?

LIDORO. [nos,
¿Cómo, sin que se rasguen pardos se-
Se oyen puestos en música los truenos?

DANTEO.
¿Cómo, sin dar desmayos,
(La caja.)
Se miran sin escándalo los rayos?

LIBIO.
¿En qué infernal abismo
Se habla deste lenguaje el barbarismo?

REY.
¿Qué será este terror?
(La caja.)

TODOS.
Prodigio, asombro, escándalo y horror.

AQUÍLES.
Vuestro discurso yerra;
Que aqueste es el idioma de la guerra
Que á grandes cosas llama,
Pues su conceso grave,
Mezclando lo horroroso y lo suave,
El pecho anima, el corazon inflama,
Y la muerte apellida
En glorioso desprecio de la vida.
(La caja.)

¿Quién sus templadas cláusulas escu-
Y á la campaña por salir no lucha? [cha,
Viva el imperio griego,
Y Troya se destruya á sangre y fuego!
No quede á vida bárbaro enemigo...
—Mas loca estoy: no sé lo que me digo.
Perdona, gran señor; que este portento
Mi atencion se ha llevado tras mi acen-
(Arroja el escudo y la espada.) [to.

REY.
Vamos á ver qué ha sido
Lo que causó tan pavoroso ruido.

ULÍSES.
Tened: ¿ya no sabeis lo que esto sea?

TODOS.
No.

ULÍSES.
Sí sabeis, pues ya lo dijo Astrea.
Yo, de Grecia caudillo, he fabricado
Esos dos instrumentos
Que, voz de Marte y lengua de los vien-
Animen y gobiernen al soldado; [tos,
Si bien ya me ha pesado,
Pues donde hay tantos hombres,
Su ruidoso conceto
Solo en una mujer hizo su efeto.
(Vase.)

LIDORO.
Oye, Ulises, espera.

REY.
¿Adónde vas?

LIDORO.
Darle á entender quisiera
Que extrañar su armonía
La novedad, no es falta de osadía.
(Vase.)

DEIDAMIA.
Síguelos: no suceda
Que acontecer una desdicha pueda.

REY.
Si haré; pero aunque invente
Máquinas, no he de darle armas ni gen-
Mientras que sus sutiles [te,
Trazas no sepan descubrir á Aquiles.
(Vanse todos los hombres.)

DEIDAMIA. (Ap.)
Harto le han descubierto, [muerto.
Y con la misma accion á mi me han

SIRENE.
Ya sabido lo que es, ¿de qué turbada
Has quedado?

DEIDAMIA.
No sé, no me hables nada.
Dejadme todas. ¿Tú tambien me dejas,
Astrea?

(Vanse.)
Jardin.

ESCENA XIII.
DEIDAMIA, siguiendo á AQUÍLES.
DEIDAMIA.
¿Tú tambien de mí te alejas!
AQUÍLES.
Sí, pues en esta parte
Nadie tiene mas causa de dejarte.

DEIDAMIA.
¿De dejarme?

AQUÍLES.
Sí, ingrata,
Pues tu crueldad con tal rigor me mata,
Que has dado ya, tirana,
El sí de que serás de otro mañana.

DEIDAMIA.
Yo...

AQUÍLES.
Mas ¿qué importa? Acábase el engaño.

DEIDAMIA.
Quise...

AQUÍLES.
Que á tiempo llega el desengaño.

DEIDAMIA.
Desvelar...

AQUÍLES.
No prosigas.

DEIDAMIA.
La sospecha de ayer.

AQUÍLES.
Nada me digas.
Cásate norabuena; [na!]
Que yo (¡qué rabia!) me sabré (¡qué pe-
Despicar en la lid, donde pretendo
Entrar matando, pues que voy murien-
Estos adornos viles [do.
Que afeminaron el valor de Aquiles,
Dejaré por ejemplo
Colgados en el templo
De Amor, adonde estaba
Trocada en rueca, de Hércules la clava.

DEIDAMIA.
Mi bien, mi vida, mi señor, advierte...

AQUÍLES.
¿Qué he de advertir? Mi mal, mi horror,
DEIDAMIA. [mi muerte.
Que te destruyes tú, y que me destru-
AQUÍLES. [yes.
¿Para qué te me acercas, si me huyes?
Sepa el mundo que fui...

DEIDAMIA.
Calla.

AQUÍLES.
¿Qué agravios!
¿Abresme el pecho, y ciérrasme los la-
Sepan que soy... [bios?

DEIDAMIA.
Mi dueño solo eres.

AQUÍLES.
¿Tú no te casas?

DEIDAMIA.
Sí.

AQUÍLES.
Pues ¿qué me quieres?

DEIDAMIA.
Que sepas que me muero,
Porque es en mí mi obligacion primero
Que mi pasion.

AQUÍLES.
¿Y es buena la disculpa
De una virtud fundada en una culpa?
Ese traidor estilo
La vecindad te le pegó del Nilo;
Que dar vida y matar, dulce tirana,
Traiciones son y encantos de jítana.

DEIDAMIA.
No son sino un forzado, un triste efeto,
Que aquí es inclinacion, y allí es respe- [to,
Y á un tiempo allí aborrece, y aquí ama.

ESCENA XIV.
SIRENE. — DICHOS.
SIRENE.
Señora...

DEIDAMIA.
¿Qué me quieres?

SIRENE.
El Rey llama.

DEIDAMIA.
Haz por mí una fineza.

AQUÍLES.
¿Qué es?

DEIDAMIA. (Ap. á Aquiles.)
Que no te despeñe tu tristeza,
Hasta que vuelva á verte.

AQUÍLES.
Yo callaré, y en mí será de suerte
Sagrado tu preceto,
Que ya que lo prometo,
Tanto á callar me obligo, [migo.
Que estando solo, aun no hablaré con-
(Vanse las dos.)

ESCENA XV.
ULÍSES. — AQUÍLES.
ULÍSES.
(Para sí. Ofendióse Lidoro
De lo que dije, y puesto que no ignoro
Que ha sido opinion sabia [agravia,
Que quien habla en comun, á nadie
Poco podrá importar no haberle dado
Satisfaccion: y en fin, tras mi cuidado,
Sin decirle á él cuál sea,
Vuelvo á ver si pudiese ver á Astrea,
Por ver en qué consiste
Que una mujer... Pero suspensa y triste
Está, tan divertida,
Que es un mentido engaño de la vida.
¿Cielos! en tal violencia, [cia?
¿Qué se pierde en hacer esta experien-
Nada; y mil cosas veo á cada paso
Que parecen misterio, siendo acaso.
Ya lo he pensado: sea desta suerte.)
Guárdate, Aquiles; que te dan la muer- [te.
(Este último verso le dice entrando por
un lado y saliendo por otro, y al
oirle Aquiles, se alborota.)

AQUÍLES.
¿Quién me da la muerte? ¿Quién
Tan piadoso es?... Pero ¡ay cielos!
¿Qué digo?

ULÍSES.
No disimules;
Que ya es en vano, supuesto

Que no has podido vencer
Aquel descuidado afecto
Natural, que tras el nombre
Lleva el primer movimiento.

AQUÍLES.

¿Qué es lo que decis? ¿Con quién
Hablaís? que yo no os entiendo.

ULISES.

Perdonadme, hermosa Astrea;
Que desalumbrado y ciego
Llegué á hablar con vos, juzgando
Que hablaba; qué devaneo!
Con Aquiles: ¡tal en busca
Suya traigo el pensamiento!
Loco estuve. Perdonadme,
Digo otra vez; que ya veo,
Señora, que no sois vos
Aquiles, ni podeis serlo;
Porque jóven á quien Marte,
Dios de las lides sangriento,
Destina para caudillo
De sus mayores trofeos;
Jóven á quien apellidan
Para héroe suyo los cielos,
Para honor suyo los dioses,
Los astros para instrumento
De sus influjos, los hados
Para honor de sus decretos,
La fama para su asunto,
La historia para su ejemplo,
La patria para su amparo,
Y para su aplauso el tiempo;
Claro es que no habia de estar
En viles ropas envuelto,
Cuidando de los afeites,
Perfumes, galas y aseos,
Que son fealdades del alma,
Y no hermosura del cuerpo.
Y así, pues yo me engañé,
Quedad con Dios, advirtiendo,
Si no le descubro ahora,
Que yo le descubra presto.

AQUÍLES.

Aguarda, Ulises, espera.

ULISES.

¿Qué me quieres?

AQUÍLES.

Los sucesos

Que improvisamente asaltan
El muro del pensamiento,
La mayor ruina que dejan,
Después de saquearle al pecho,
Es no dejarle palabras.

ULISES.

Pues ¿qué quieres?

AQUÍLES.

Solo quiero

Lugar para responder.

ULISES.

¿Qué tanto plazo?

AQUÍLES.

Un momento.

ULISES.

Pues yo vendré.

AQUÍLES.

No te vayas.

ULISES.

¿Tan presto ha de ser?

AQUÍLES.

Tan presto.

(Ap. Deidamia (¡ay de mi infelice!)
Es tan imposible empleo,
Que mañana será de otro,
Y á los baldones sujeto
Estoy, que excusé. Amor dice

Que él toma á cargo el desprecio;
El valor no lo consiente,
Representándome (¡ay cielos!)
La guerra que me apellida,
La grande fama que pierdo,
La patria que desamparo;
Y después de todo esto,
El riesgo á que no me excuso,
Pues ya desde ahora le tengo
Aquí mas que allá: con que
Estar respondidos veo,
Deidamia, yo, amor, honor,
Guerra, fama, patria y riesgo.)

ULISES.

¿Qué has resuelto? Porque viene
Hacia aquí gente.

AQUÍLES.

He resuelto...

ULISES.

Prosigue.

AQUÍLES.

Duda la lengua.

ULISES.

Habla.

AQUÍLES.

Fáltame el aliento.—
Poner en salvo mi honor.—
Ya lo dije, ya no puedo
Volver á coger la voz:
Y así, pues va anocheciendo,
Y á mi deseo la noche
Extiende su manto negro,
Tenme en el parque un caballo,
Y la seña de estar puesto,
Será hacerme una llamada,
Ulises, tus instrumentos;
Que yo saldré de palacio.

ULISES.

Deja que, á tus plantas puesto,
Bese la tierra que pisas.
Adios.

(Vase.)

ESCENA XVI.

AQUÍLES.

Adios. — Esto es hecho.

Fortuna, piérdase todo
Día que á Deidamia pierdo.
Aquestos adornos viles,
No, como dije primero,
Daré al templo del amor,
Mas del desengaño al templo
Los daré; y pues que lo ha sido
Para mi este jardín bello,
Adonde mis desengaños
Son víctima de mis celos,
Queden en él por despojos,
Bien como anciano trofeo
De culebra que renueva
Juntas la piel y el aliento.

(Desnúdase, y queda en traje de hombre.)

Así yo, habiendo dejado
La nupcial ropa de Venus,
Solo túnicas de Marte
Vestiré, y aqueste acero
(Que oculto entre aquestas ramas
Anoche dejé, temiendo
Que el rumor llamase gente,
Y con él me viesen dentro
Del cuarto) llevaré solo.
Adios, teatro funesto
Donde mi primer amor
Representó sus afectos;
Adios, bastardos adornos,
De mi cautela instrumentos;
Adios, flores, adios, fuentes;
Adios, Deidamia.

ESCENA XVII.

DEIDAMIA. — AQUÍLES.

DEIDAMIA.

¿Qué es esto?

AQUÍLES.

No sé.

DEIDAMIA.

Escucha.

AQUÍLES.

No es posible.

Suelta.

DEIDAMIA.

¿Adónde vas?

AQUÍLES.

Huyendo

De tí.

DEIDAMIA.

¿Esa es la palabra
Que me diste?

AQUÍLES.

¿En qué la quiebro?

De callar la di, y la cumpro,
Pues no hablo en mis sentimientos.

DEIDAMIA.

¿A qué propósito estás
En ese traje tan presto?
¿Pues no quedamos anoche,
Por el ruido, de no vernos
Esta?

AQUÍLES.

Todo eso es verdad;
Pero yo á verte no vengo.

DEIDAMIA.

¿A qué vienes?

AQUÍLES.

A no verte.

DEIDAMIA.

¿Cómo?

AQUÍLES.

No sé.

DEIDAMIA.

Habla.

AQUÍLES.

No puedo

Decir; que ya no es posible
Durar el engaño nuestro.
Yo estoy conocido ya.

DEIDAMIA.

¿Qué? ¿Qué dices?

AQUÍLES.

Lo que es cierto.

DEIDAMIA.

¿Quién fué quien lo supo?

AQUÍLES.

Ulises.

DEIDAMIA.

¿Cómo?

AQUÍLES.

Eso es lo que no entiendo.

DEIDAMIA.

¿Qué dijo?

AQUÍLES.

Nombró mi nombre.

DEIDAMIA.

Negarás.

AQUÍLES.

No pude hacerlo.

DEIDAMIA.

¡Ah, que tu altivez fué causa!

AQUÍLES.

¡Ah, que tu traición fué efecto!
Esto pues por una parte,

Por otra tu casamiento,
¿Qué remedio puede haber
Sino?...
DEIDAMIA.

¿Qué?

DEIDAMIA.

AQUÍLES.

No haber remedio.

Y así, adios, adios, Deidamia,
Pues con dos causas me ausento
De ti, entrambas tan forzosas,
Como no verte en ajenos
Brazos, y salvar mi vida;
Y pues me guardan los cielos
Para tragedias de Marte,
No empiece por las de Vénus.
Adios otra vez, adios
Otra y otras mil.

DEIDAMIA.

Primero

Has de escucharme. Yo, Aquiles,
Hice (á pronunciar no acierto;
Pero ¿qué acertaré yo?)
Por mi misma ¡ay de mí! esfuerzo
A mi inclinacion; mas ya
Que pisar la línea veo
De lo imposible á mi amor,
Pierdo el vivir si te pierdo.
No te ausentes, no me dejes
Conmigo á mí, y yo te ofrezco
Ser tuya, aunque se aventure
Padre, esposo, honor y reino.
Tuya he de ser: no te vayas.

AQUÍLES.

Pues ¿cómo me he de ir con esto?
Piérdase vida y honor,
Fama y gloria.— Mas ¿qué es esto?

(Clarín, dentro.)

La voz de Marte me llama.
Deidamia, adios; que no puedo
No responder á esta seña. (La caja.)

DEIDAMIA.

Mi bien, mi señor, mi dueño...

AQUÍLES.

Ya es tarde, Deidamia.

DEIDAMIA.

¿Cuándo

Fué tarde para requiebros?

AQUÍLES.

Cuando ya está apoderado
De toda el alma otro acento.

ESCENA XVIII.

MÚSICA, dentro. — AQUÍLES,
DEIDAMIA.

MÚSICA. (Dentro.)

Pues celos y amor
Son gloria é infierno,
Viva el amor
Y mueran los celos.

DEIDAMIA.

Mueran los celos, y viva
Amor, dice en blandos ecos
Otra música, que es
El primer gusto que debo
A Lidoro.

AQUÍLES.

¡Y qué bien dice!

Viva, y viva en nuestros pechos,
A pesar de la fortuna. (La caja.)

Mas ¿qué digo, cuando veo
Que el honor me está llamando
Con mas generoso estruendo?

(Quiere irse, y Deidamia le detiene.)

DEIDAMIA.

Vuelve, vuelve: no te lleve
Mas un bronce que un acento

MÚSICA. (Dentro.)

Viva el amor
Y mueran los celos.

AQUÍLES.

No hará; que estas dulces voces
Son iman de mis afectos.

DEIDAMIA.

Eso sí, viva el amor.

(Clarín.)

AQUÍLES.

Viva; pero no en mi pecho.
Ya voy, Ulises: aguarda;
Que fama y honor pretendo.

MÚSICA. (Dentro.)

Viva el amor
Y mueran los celos.

AQUÍLES.

Pero no me aguardes, véte.
No llores tú; que ya vuelvo.

(La caja, clarín y la música suena
á un tiempo todo.)

ESCENA XIX.

LIDORO. — Dichos.

LIDORO.

(Ap. Entre músicas y trompas
Lugar otra vez se ha hecho
Hacia esta parte.) ¿Quién va?

AQUÍLES.

Ya pudiérades saberlo.
El monstruo de los jardines.

DEIDAMIA. (Ap.)

¡Esto me faltaba, cielos!

LIDORO.

Ahora veré si otro engaño
Te libra de mí.

AQUÍLES.

Que ya el engaño me libre,
Sino el valor y el esfuerzo.

(Riñen.)

MÚSICA. (Dentro.)

Pues celos y amor
Son gloria é infierno, etc.

DEIDAMIA.

Ya que está perdido todo,
La vida, que es lo de ménos,
Se pierda tambien.— ¡Ulises,
Cintia, Sirene, Danteo,
Padre, señor! — Mas mis voces
Otras confunden.

ESCENA XX.

EL REY, ULÍSES, DANTEO, LIBIO,
DAMAS, Y CRIADOS con hachas, GENTE.
— AQUÍLES, DEIDAMIA, LIDORO.

TODOS.

¿Qué es esto?

LIDORO.

Conocer quién es un monstruo
Destos jardines.

AQUÍLES.

Primero

Mil vidas perderé.

REY.

Astrea...

AQUÍLES.

Ya dese engaño no es tiempo;
Que con la espada en la mano,
De oír tal nombre me avergüenzo.
Aquiles soy, que á tu casa
Y á tí tal traicion he hecho,

De Deidamia enamorado,
A quien por esposa tengo.
Vengan pues, y llegad todos.

REY.

Matadle.

DEIDAMIA.

¡Ay de mí!

ULÍSES.

Tenéos;

Que si le busqué hasta aquí,
Ya desde aquí le defiendo.

REY.

¡Tú, Ulises, á quien ofende
Mi palacio...

LIDORO.

¡Tú, al que ha hecho

Tal traicion contra mi honor...

REY.

Amparas!

LIDORO.

Defiendes!

ULÍSES.

Esto

A todos importa.

TODOS.

¿Cómo?

ESCENA XXI.

Ábrese un peñasco, y vese á TÉTIS en
un caballo, sobre ondas marinas. —
DICHOS.

TÉTIS.

Yo lo diré, estadme atentos.
Hoy es el dia fatal
Que amenazó con agüeros
Á Aquiles: bien lo publica
El trance en que se ve puesto.
Deste riesgo librar quise
Su vida infeliz, creyendo
Que seria en la campaña,
Y en la paz le traje al riesgo.
Y pues hoy trasciende el punto,
Siendo desde aquí trofeos,
Victorias, triunfos y aplausos,
No os quiteis, valientes griegos,
La felicidad matando,
Que dél esperais viviendo.

(Vuela atravesando el patio.)

TODOS.

¡Viva Aquiles, viva Aquiles!

DANTEO.

Su vida defiende el pueblo.

REY.

Pues si la fama le aclama
Caudillo de sus empleos...

LIDORO.

Si los dioses le aseguran
Asunto de sus decretos...

REY.

Yo le perdono mi agravio.

LIDORO.

Yo desisto de mis celos.

REY.

Dale la mano á Deidamia.

AQUÍLES.

Feliz soy.

DEIDAMIA.

Gran dicha adquiero.

LIBIO.

Yo, por hacer algo ahora,
Diré que acabe con esto
El monstruo de los jardines:
Perdonad sus muchos yerros.

LA AURORA EN COPACAVANA.

PERSONAS.

GUÁSCAR INGA, *rey*.
YUPANGUÍ, *indio, galán*.
TUCAPEL, *indio, gracioso*.
ANDRES, *indio*.
UN SACERDOTE INDIO.
DON FRANCISCO PIZARRO.
DON DIEGO DE ALMAGRO.
PEDRO DE CANDIA.

DON LORENZO DE MENDOZA, *conde de la Corona, virey*.
DON JERÓNIMO MARAÑÓN, *gobernador*.
GUACOLDA, *sacerdotisa india*.
GLAUCA, *india, graciosa*.
LA IDOLATRÍA, *en traje de india*.
UN JÓVEN.

UN DORADOR.
CUATRO DAMAS.
ÁNGELES Y SERAFINES.
INDIOS É INDIAS.
ESPAÑOLES.
MÚSICOS.
SACERDOTISAS DEL SOL.
ACOMPAÑAMIENTO.

La acción pasa en Túmbez, en el Cuzco, en Copacavana y otros puntos.

JORNADA PRIMERA.

Playa de Túmbez, con vista de mar.

ESCENA PRIMERA.

Dentro suenan instrumentos y voces, y salen en tropa INDIOS É INDIAS Y MÚSICOS cantando y bailando; despues, YUPANGUÍ, EL SACERDOTE, GLAUCA Y TUCAPEL; y detras de todos GUÁSCAR INGA, rey: todos con arcos y flechas.

YUPANGUÍ.

En el venturoso día
Que Guáscar Inga celebra
Edades del Sol, que fuéron
Gloria suya y dicha nuestra,
Prosiga la fiesta.

MÚSICA.

*Prosiga la fiesta,
Y aclamando á entrambas deidades,
Del Sol en el cielo, del Inga en la tierra,
Al son de las voces repitan los ecos
Que viva, que reine, que triunfe y que*

INGA.

*¿Cuánto estimo ver que á honor
De la consagrada peña
Que desde Copacavana
Sobre las nubes se asienta,
En hacimiento de gracias
De haber sido la primera
Cuna del hijo del Sol,
De cuya clara ascendencia
Mi origen viene, os mostreis
Tan alegres!*

YUPANGUÍ.

*Mal pudiera
Nuestra obligacion faltar
A tanta heredada deuda.
Cinco siglos, gran señor,
De dádiva tan excelsa
Como darnos á su hijo
Para que tú del descendas,
Se cumplen hoy, y otros tantos
Há que cada año renuevan
La memoria de aquel día
Todas tus gentes, en muestra
De cuánto á su luz debimos:
Y así no nos agradezcas
Festejos que de dos causas
Nacen hoy: una que seas
Tú nuestro monarca, y otra
Que al culto en persona vengas,
A cuyo efecto hasta Túmbez,*

Donde el Sol su templo ostenta,
A recibirte venimos.
Diciendo en voces diversas...

ÉL Y MÚSICA.

*Que vivas, que reines,
Que triunfes y venzas.*

INGA.

De una y otra causa, á tí
No poca parte te empeña,
Yupangui, pues que no ignoras
Desciendes tambien de aquella
Primera luz, por quien de Inga,
Ya que no la real grandeza,
La real estirpe te toca.

YUPANGUÍ.

Mi mayor fortuna es esa.
(*Ap. Bien que mi mayor fortuna,
Si he consultar mis penas,
No es sino ser el felice
Día en que á Guacolda, bella
Sacerdotisa del Sol,
Llegue á ver. ¡Ay de fineza
Que al cabo del año, un día
Está con mirar contenta!*)

SACERDOTE.

Pues en tanto que llegamos
A la falda de la sierra,
Donde las sacerdotisas
Deste templo es bien que vengan,
Puesto que allá ha de ser hoy
La inmolacion de las fieras
Que llevamos encerradas
Para sus aras sangrientas,
Prosiga el canto.

GUACOLDA.

Bien dice.

El baile, Tucapel, vuelva.

TUCAPEL.

¿Es por mostrar, Glauca, cuánto
De hacer mudanzas te precias?

YUPANGUÍ.

¡Que siempre habeis de reñir!

LOS DOS.

¿Pues quién sin reñir se huelga?

YUPANGUÍ.

¿Ni quién sino yo tendrá
Para sufiros paciencia?

MÚSICA.

*Prosiga la fiesta,
Y aclamando á entrambas deidades,
Del Sol en el cielo, del Inga en la tierra,
Al son de las voces repitan los ecos
Que viva, que...*

ESCENA II.

ESPAÑOLES, *dentro*. — DICHOS.

ESPAÑOLES. (*Dentro, á lo léjos.*)

¡Tierra, tierra!

INGA.

Oíd. ¿Qué extrañas voces son
Las que articuladas suenan
Como humanas, sin saber
Lo que nos dicen en ellas?

YUPANGUÍ.

No extrañeis que en estos montes
Voces se escuchen tan nuevas,
Pues tantos idolos tienen
Como peñascos sus selvas.
Desde aquí á Copacavana
No hay flor, hoja, arista ó piedra,
En quien algun inferior
Dios no dé al Sol obediencia:
Y así no solo se oyen
Aqui equívocas respuestas
De idiomas que no entendemos,
Pero se ven varias fieras
Que por los ojos y boca
Fuego exhalan y humo alientan.
Y ¿qué mayor que haber visto
Una escamada culebra
Tal vez, que todo el contorno
Enroscadamente cerca
Hasta morderse la cola
Dando á su circulo vuelta,
Como que da á entender cuánto
Es misteriosa la selva
A quien hacen guarda
Tales prodigios?

INGA.

Que este lo sea

No será razon que á mi
Me turbe ni me suspenda.

Prosiga la fiesta. (*Bailan.*)

MÚSICA.

*Prosiga la fiesta,
Y aclamando á entrambas deidades,
Del Sol en el cielo...*

ESCENA III.

FRANCISCO PIZARRO Y ESPAÑOLES,
dentro; despues, GUACOLDA. —
DICHOS.

PIZARRO. (*Dentro, á lo léjos.*)

Pues ya vemos tierra

Para arribar á su orilla,
Amaina.

ESPAÑOLES. (*Dentro.*)

Amaina la vela.

(*Dejan los indios de bailar.*)

INGA.
 Callad, pues vuelven las voces,
 Por si podeis entenderlas.

UN INDIIO.
 Silencio.

OTRO.
 Silencio.

GUACOLDA. (Dentro.)
 ¡Ay triste!

INGA.
 ¿Qué nuevo eco se lamenta
 Ya en nuestro idioma?

TUCAPEL.
 El de una
 Mujer, y segun las señas,
 Sacerdotisa.

YUPANGUÍ.
 Guacolda
 Es la que diciendo llega...
 (Sale Guacolda asustada.)

GUACOLDA.
 Valientes hijos del Sol,
 Cuya clara descendencia
 Hasta hoy lograis en el grande
 Inga que en vosotros reina,
 Suspended los sacrificios
 Que á su alta deidad suprema
 Prevenis, y acudid todos
 A mi voz y á la ribera
 Del mar, á ver el prodigio
 Que á nuestros montes se acerca.

INGA.
 Hermosa Sacerdotisa,
 Cuya divina belleza
 Te acredita superior
 A cuantas el claustro encierra
 A su deidad consagradas,
 ¿Qué es esto? (Ap. Hablar puedo apé-
 Admirado de hermosura [nas,
 Tan rara.) Cuando te espera
 Tanto concurso á que tú
 Sus ricos dones ofrezcas,
 ¡En vez de venir festiva
 Y acompañada de bellas
 Ninfas del Sol sola, triste,
 Confusa, absorta y suspensa
 A turbarlos vienes!

GUACOLDA.
 No
 Me culpes hasta que sepas,
 Generoso Guáscar Inga,
 La causa.

INGA.
 ¿Qué causa es?

GUACOLDA.
 Esta.
 YUPANGUÍ. (Ap.)
 ¿Quién crerá que muero ya
 Por saberla y no saberla?

GUACOLDA.
 Dese templo que á la orilla
 Del mar brilla en competencia
 Del que á la orilla tambien
 De la laguna que cerca
 De Copacavana el valle
 Yace, á vista de la peña
 En cuya eminente cumbre
 El Sol una aurora bella
 Amaneció para darnos
 A su hijo, porque fuera
 No ménos noble el cacique
 Que domine las setenta
 Y dos naciones que hoy,
 Despues de partir herencias
 Con tu hermano Atabaliba,
 Mandas, riges y gobiernas;
 Dese templo, otra vez digo,

Sali con todas aquellas
 Que al Sol dedicadas, hasta
 Que por su suerte merezcan
 Ser su victima algun dia,
 Viven á su culto atentas,
 Con deseo de llegar
 Tan rendida á tu presencia,
 Que fuese mi alma y mi vida
 El primer don de la ofrenda;
 Cuando volviendo los ojos
 Al mar, vimos en su esfera
 Un raro asombro, de quien
 No sabré darte las señas;
 Porque si digo que es
 Un escollo que navega,
 Diré mal, pues para escollo
 Le desmiente la violencia;
 Si digo preñada nube
 Que á beber al mar sedienta
 Se abate, diré peor,
 Porque viene sin tormenta;
 Si digo marino pez,
 Preciso es que me desmientan
 Las alas con que volando
 Viene; y si digo velera
 Ave que nadando viene,
 Tambien desmentirme es fuerza:
 De suerte que á cuatro visos
 Monstruo es de tal extrañeza,
 Que es escollo en la estatura,
 Que es nube en la lijereza,
 Y aborto de mar y viento,
 Pues con especies diversas,
 Parece pez cuando nada,
 Y pájaro cuando vuela.
 Los gemidos que pronuncia,
 Voces son de extraña lengua
 Que hasta hoy no oimos. Al verle,
 Todas huyeron lijeras
 A salvar la vida, viendo
 Que si á tierra una vez llega,
 Será en vano que la huida
 Las ampare ni defienda,
 Pues quien corre tan veloz
 Por el mar, ¿qué hará por tierra?
 Sola yo, no al valor tanto
 Como al desmayo sujeta,
 Absorta me quedé; y viendo
 Que habian cerrado las puertas
 Del templo á mi retirada,
 Ni bien viva ni bien muerta
 Hasta este sitio he llegado,
 No
 Donde para que no creas
 Mas á mi voz que á tus ojos,
 Te pido que al mar los vuelvas.
 Mirale pues cuán horrible
 Ya á las orillas se acerca.
 Sálvete, señor, la fuga,
 Pues no puede la defensa.

INGA.
 ¡La fuga salvarme á mi,
 Contra quien en vano engendra
 Portentos ni tierra ni agua,
 Ni aire ni fuego! Las flechas
 Que contra otros animales,
 Bien que no de igual fiereza,
 Emponzoñadas usamos
 De mil venenosas yerbas,
 Contra este flechad; que yo
 Seré el primero que emprenda
 Lograr el tiro.

YUPANGUÍ.
 A tu vida
 Mi pecho el escudo sea.
 (Ap. á ella. ¡Ay Guacolda, si entendi-
 Tan equivoca fineza, [ses
 Que es lealtad cuando me obliga,
 Y es amor cuando me fuerza!)

GUACOLDA. (Ap. á él.)
 ¡Oh si tú, Yupangui, vieses
 Los pesares que me cuestas!

TODOS.
 Todos harémos lo mismo.
 TUCAPEL.
 Sino yo, Glauca.

GLAUCA.
 ¿Qué intentas?
 TUCAPEL.
 Que tú te pongas delante,
 Con que á todos nos remedias.

GLAUCA.
 ¿Yo á todos?
 TUCAPEL.
 Sí.
 GLAUCA.
 ¿Cómo?
 TUCAPEL.

Como
 Si te coge la primera
 A tí, de tí quedará
 Tan ahito, que no tenga
 Hambre para los demas.

INGA.
 Pues ya que la lealtad vuestra
 En mi defensa se ponga,
 No venga á ser en mi ofensa.
 Igual con todos, harémos
 Ala y de nuestras saetas
 Tan espesa sea la nube,
 Que sobre su escama llueva
 Los congelados granizos
 De piedra y pluma, que muera
 En las ondas desangrada.

PIZARRO. (Dentro.)
 Echa el áncora y aferra,
 Haciendo á estos montes salva.

GUACOLDA.
 ¿Qué esperais, cuando ya expuesta
 Al tiro está?

UNA VOZ. (Dentro.)
 Dale fuego.
 (Al disparar ellos las flechas, disparan
 dentro una pieza, y todos se espan-
 tan.)

UNOS INDIOS,
 ¿Qué asombro!
 OTROS.
 ¿Qué horror!
 TODOS.
 ¿Qué pena!

TUCAPEL.
 ¿Qué bravo metal de voz
 Tiene la señora bestia!

INGA.
 Monstruo que con tal bramido
 Al verse herido se queja,
 De los abismos sin duda
 Aborto es.

GUACOLDA.
 Pues no aprovechan
 Contra él las flechadas iras
 De nuestros arcos y cuerdas,
 Detendanos de los montes
 La espesura.

TUCAPEL.
 Entre sus breñas
 Nos amparemos.
 (Vanse todos, ménos el Inga y Yupangui.)

ESCENA IV.

EL INGA, YUPANGUI; y al fin,
 INDIOS, dentro.

INGA.
 ¡Cobardes!
 ¡Así á nuestro rey se deja!

pero ¿qué importa, si quedo
Yo conmigo?

YUPANGUÍ.

Considera

Que cuando de conocido
La vida, señor, se arriesga,
Todos dicen que es valor,
Mas ninguno que es prudencia.
En ventajosos peligros
Donde no alcanza la fuerza,
Alcance la industria.

INGA.

¿Cómo?

YUPANGUÍ.

Manda desatar las fieras
Que están para el sacrificio
En diversas grutas presas,
Y fieras á fieras lidién,
Cebándose ántes en ellas
Que en las gentes, ese raro
Asombro.

INGA.

Bien me aconsejas.

Ceda el brio á la razon
Una vez. (Ap. Mejor dijera
Ceda al gusto, pues por solo
Salvar la vida de aquella
Hermosa sacerdotisa,
Lo acepto.)

YUPANGUÍ. (Ap.)

Guacolda bella,
Ya cumplí con la lealtad;
Cumpla ahora con la fineza.
¿Dónde el temor te ha llevado?

(Vanse.)

UNOS INDIOS. (Dentro.)

Al monte.

OTROS. (Dentro.)

Al monte.

ESCENA V.

Descúbrese una nave, y en ella FRAN-
CISCO PIZARRO, DIEGO DE ALMA-
GRO, PEDRO DE CANDIA Y OTROS
ESPAÑOLES.

PIZARRO.

La tierra
Que desde aquí se descubre,
No es como las otras, yerma,
Que atrás dejamos, pues toda,
Coroando de sus sierras
Las mas eminentes cimas,
Se ve de gentes cubierta.

ALMAGRO.

¡Gracias á Dios, gran Pizarro,
Que despues de tan deshechas
Fortunas, naufragios, calmas,
Hambres, sedes y tormentas
Como habemos padecido,
Desde que abriendo las sendas
Del mar del Norte al del Sur,
Atravesamos la Nueva
España, y en Panamá
Nos hicimos á la vela;
Gracias á Dios (otra vez
Y otras mil á decir vuelva)
Que despues de tantos riesgos,
Ansias, sustos y tragedias,
Hemos llegado á lograr
El descubrimiento destas
Indias, que hasta hoy ignoradas,
Solamente supo dellas
La estudiosa geografia
De quien halló por su ciencia
El ser preciso que siendo
El orbe circunferencia,
Hubiese, miétras no daba
Una nave al mundo vuelta,

Aquella remota parte
Que no constaba, encubierta!

PIZARRO.

Ya que á solo descubrirla
Venimos, bástanos verla
El dia que no tenemos
Para su conquista fuerzas:
Y así, pues estas noticias
Son el fin de nuestra empresa,
Volvamos, ya que tenemos
Destos mares fijas señas,
Donde mejor prevenidos
De mas pertrechos de guerra,
Mas navios y mas gente,
Viveres, pólvora y cuerda,
Volvamos á su conquista
En nombre del quinto César
Cárlos, que felice viva.

CANDIA.

Fuerza será, pues no quedan
De los treinta que salimos,
Mas que trece hombres que sean
De armas tomar, y la gente
De mar poca, y esa enferma.
Pero ántes que nuevos rumbos
Tomemos para la vuelta,
Será bien, ya que llegamos
Aquí, que llevemos destas
Remotas partes (porqué
Podrá ser cuando nos vean,
Que si lo crén los valientes,
Los cobardes no lo crean)
Algunas señas, bien como
Frutas, árboles ó yerbas
Que allá no haya; y fuera desto,
Será tambien accion cuerda,
Por si el mar, que siempre ha sido
Teatro de contingencias,
Acabare con nosotros,
Y otros al fin mismo vengan,
Dejar señas de que aquí
Llegamos, y no se adquieran
La gloria de que ellos fuéron
Los primeros en empresa
Tan ardua y dificultosa.

PIZARRO.

¿Qué señas han de ser esas,
Que aquí podamos dejarlas?

CANDIA.

¿Qué mas declaradas señas,
Pues es la propagacion
De la fe causa primera,
Que una cruz en estos montes?
Pues nadie habrá que la vea
Que no diga: «Aquí llegaron
Españoles; que esta es muestra
Del celo que los anima
Y la fe que los alienta.»

PIZARRO.

No solo es heróica, pero
Es religiosa propuesta.

ALMAGRO.

Pues ya que es de otro el consejo,
Porque alguna parte tenga
En accion tan generosa,
Mia la ejecucion sea.
Yo iré á tierra en el esquite.

CANDIA.

Eso no, ni es bien se entienda,
Señor Don Diego de Almagro,
Que en aquesta conferencia,
Siendo la propuesta mia,
Sea la ejecucion vuestra.
Mio fué el voto, y el riesgo
Mio ha de ser.

ALMAGRO.

Por la mesma
Razon es bien que partamos
En los dos la diferencia.

Contentáos, Pedro de Candia,
Con que vuestro el valor sea,
Y dejadme á mi la accion.

CANDIA.

Primero que yo consenta...

ALMAGRO.

Primero que yo...

PIZARRO.

¿Qué es esto?

Ved que aunque la amistad nuestra
A todos nos hizo iguales,
En llegando á competencias,
Del puesto usará con que
El Rey mis servicios premia,
Pues vengo por general,
Y al que no mire, no atienda
Que estoy aquí...

LOS DOS.

Pues da el órden

A quien á tí te parezca.

PIZARRO.

Si haré. Perdonad, Almagro;
Que hace esta razon mas fuerza.
Id, Pedro de Candia, vos.

CANDIA.

Piloto, el esquite echa
Al agua, miétras que yo
Mis armas tome y prevenga
El cruzado leño.

PIZARRO.

En tanto,

Para que de la ribera
La gente huya amedrentada,
Y el mayor espacio tenga,
Da fuego á otra pieza.

(Disparan, y pasa la nave.)

ESCENA VI.

INDIOS, dentro; TUCAPEL,
YUPANGUÍ.

INDIOS. (Dentro.)

¡Cielos,

Clemencia! Cielos, clemencia!
(Saca Yupanguí á Tucapel arrastrando.)

TUCAPEL.

¿Cómo quieres que los cielos
De tí ¡ay infeliz! la tengan,
Si tú de mí no la tienes,
Arrastrándome por fuerza
A vista de aqueese horrible
Parapeto, que bosteza
Truenos y estornuda rayos?

YUPANGUÍ.

Si en la confusion primera
Que escuchamos su bramido
Huyó Guacolda, y por ella
Preguntando, me dijiste
Que habia venido por esta
Parte, ¿qué extrañas traerte,
Ya que en salvo el Inga queda
Y ella no parece ¡ay triste!
A que me digas la senda
Por donde echó?

TUCAPEL.

No es muy fácil

El saber por dónde echa
Una niña que encerrada
Está, el dia que se suelta.
Por aquí vino; mas no
Sé por dónde escapó.

YUPANGUÍ.

Estrella

Siempre á mi eleccion afable
Y siempre á mi dicha opuesta,
Dime de Guacolda. Pero
Si es mi empeño defenderla

De aquel asombro, con que
Yo de vista no la pierda,
Sabré el rato que á él le veo
Y á ella no, que él no la ofenda
Y que ella está asegurada,
Consolando la tristeza
De no verla yo, con ver
Que él tampoco puede verla :
Y así yo solo en la playa
Desvelada centinela
He de ser de sus acciones.

TUCAPEL.

Si has de ser tú solo, deja
Que yo me vaya.

YUPANGUÍ.

Eso no.

TUCAPEL.

Pues ¿cómo, di, se conuerda
Solo y conmigo?

YUPANGUÍ.

Muy bien,

Pues en el punto que él venga
Acercándose á la orilla,
Te irás...

TUCAPEL.

Linda cosa es esa.

YUPANGUÍ.

A decir que se desaten
Las fieras...

TUCAPEL.

Ya no es tan buena.

¿Las fi... qué?

YUPANGUÍ.

Las fieras digo;

Pues sabiendo dónde queda,
Con huir hácia aquella parte,
Darán con el monstruo ellas.

TUCAPEL.

Y ellas y el monstruo conmigo,
Que será una diligencia
Muy saludable.

YUPANGUÍ.

Oye y calla;

Que aun hay mas terror que piensas.

TUCAPEL.

Mucho será.

YUPANGUÍ.

¿No reparas

En que él en el mar se queda,
Y que de su vientre arroja
Otro menor?

TUCAPEL.

Voy apriesa

A traer las fieras.

YUPANGUÍ.

Aguarda;

Que aunque este á la orilla l'ega,
Tampoco sale á la orilla,
Donde de su seno echa
Un hombre, al parecer.

TUCAPEL.

¡Cielos!

¿Qué generacion es esta,
Que una bestia grande pare
Otra pequenita bestia,
Y esta bestia pequenita
Un hombre?

YUPANGUÍ.

Y de raras señas,

Asi en el blanco color
Del rostro, como en la greña
Del cabello y de la barba,
Cuya admiracion aumentan
El traje y modo de armas
Que trae.

TUCAPEL.

Voy á que prevengan
Las fieras contra él.

YUPANGUÍ.

Detente;

Que es de mi valor flaqueza
El pensar que para un hombre
He menester yo defensa,
Mayormente cuando entrando
Voy en no sé qué sospecha
Tal, que aunque puedo tirarle
Desde aquí, será baja
Matarle sin apurar
Qué maravillas son estas.
Saldré al paso.

TUCAPEL.

Yo no,

Ni aun huir podré ya : esta quiebra
Me ha de esconder. (Escóndese.)

ESCENA VII.

PEDRO DE CANDIA, armado, y con una
cruz hecha de dos troncos bastos. —
YUPANGUÍ, TUCAPEL, escondido.

CANDIA.

Cuando digan

Las edades venideras
Que Don Francisco Pizarro
Quebró del mar las primeras
Ondas al sur, en demanda
Del descubrimiento destas
Nuevas Indias de occidente,
Digan tambien que fué en ella
Pedro de Candia el primero
Que puso el pié en sus arenas.

YUPANGUÍ.

Hombre aborto de la espuma,
Que esa maritima bestia
Sorbí sin duda en el mar
Para escupirle en la tierra,
¿Quién eres? ¿De dónde vienes,
Y dónde vas?

CANDIA. (Ap.)

De su lengua

El frase no entiendo; pero
De su accion es bien que entienda
Que debe de ser cacique
De valor y de nobleza;
Pues cuando desamparada
Todos la marina dejan,
Solo él queda en la marina.

YUPANGUÍ.

¿Cómo no me das respuesta?
¿Quién eres? ¿De dónde vienes,
Y dónde vas?

CANDIA.

Si te alteras

De ver mi nave en tus mares
Y mi persona en tus selvas,
Oyeme, y sabrás la causa.

YUPANGUÍ. (Ap.)

Como yo habla, sin que infiera
Lo que me dice.

TUCAPEL.

Que se hablen

Dos, sin que uno ni otro sepan
Lo que se dicen, no es nuevo.

YUPANGUÍ.

Si eres humano y deseas
Hallarte en los sacrificios
Que al Sol hacemos, y en prueba
De que al dios de rayos buscas,
Forjando sus truenos llegas,
De paz te recibirémos.
Dinos pues, ¿qué es lo que intentas?

CANDIA.

Noble cacique (que bien
Tu valor lo manifiesta),
No de tus minas el oro,
No la plata de sus venas,

Me trae en su busca; el celo
Sí, la Religion suprema
De un solo Dios, y el sacarte
De idolatria tan ciega
Como padeces, á cuyo
Efecto esta es la bandera
De su cristiana milicia,
La mas estimada prenda.

(Levanta en alto la cruz.)

YUPANGUÍ.

Sin saber lo que me dices,
Sé lo que decirme intentas;
Pues arbolando ese tronco
Contra mí, bien claro muestras
Que me llamas á batalla :
Y así en el arco la flecha
Te responderá. (Flecha el arco.)

CANDIA.

Aunque ignoro

Qué es lo que decirme intentas,
No ignoro que á lid me llamas,
Pues embebida la cuerda,
Me aguardas. Dispara pues ;
Mas mira que si me yerras,
Has de morir á este acero.

YUPANGUÍ.

De la ventaja que lleva
El ser mi arma arrojadiza,
Y no la tuya, me pesa,
Porque mas quisiera á brazos
Rendirte, que no que mueras...
Mas ¿qué es esto? ¿Quién me pasma
La mano, que helada tiembla,
El corazon, que no late,
Y el suspiro, que no alienta?
Pero ¿qué mucho, qué mucho
Que todo ¡ay de mí! fallezca,
Si el resplandor que me abraza,
Carámbano es que me hiela?

(Cáesele el arco de la mano.)

Tronco que despide rayos
Y á puras luces me ciega,
Mas es que tronco. No huyo
De tí, quien quiera que seas,
Sino de tan ventajosas
Armas que á hechizos me venzan.
Soldad las fieras, porqué (Vendose.)
Cebe su veneno en ellas
Este tósigo de luces
Que me asombra y me abuyenta :
Y á la selva, al valle, al monte,
Peruanos; que hoy son tierra
Y mar abismos de abismos
Contra nosotros. (Vase.)

CANDIA.

Espera. (Stguele.)

Tras él... Mas ¿quién está aquí?
(Al ir tras Yupanguí, halla á Tucapel.)

ESCENA VIII.

CANDIA, TUCAPEL; despues, INDIOS,
dentro.

TUCAPEL.

(Ap. ; Oh quién decirle supiera
Que soy tonto, y que de un tonto
És mas tonto el que hace cuenta!)
Yo... sí... cuando...

CANDIA.

Aguarda, no huyas.

INDIOS. (Dentro.)

Al monte, al valle, á la selva;
Que las fieras se desatan.

TUCAPEL. (Ap.)

¿Mas que el primero que encuentran
Soy yo?

CANDIA.

¡Ay infeliz! ¿Qué miro!

De las profundas cavernas

Destos montes, bostezando
Nuevos horrores sus quiebras,
Mil feroces animales
Toda la marina pueblan.
(Salen un leon y un tigre, haciendo lo
que dicen los versos.)

Y dellos un leon y un tigre,
Garras aguzando y presas,
A mi se vienen.— Aunque es
Imposible la defensa,
Moriré matando.— Pero
Por mas furiosos que llegan,
En viéndome se reparan,
Y en vez de embestirme, tiemblan :
Con que el leon, arrastrando
La desgredada melena
De sus coronados rizos,
Y el tigre, pecho por tierra,
Vienen, postrando á mis plantas
Las nunca domadas testas.
Justo es que yo corresponda
A tan cortesana deuda. (Halágalos.)

TUCAPEL.

¡Oiga cómo los regala,
Y cómo ellos le festejan!
¿Quién tigre de falda vió,
Y leon de brazos, que juegan
Con su dueño y él con ellos,
Haciéndose muchas fiestas?

CANDIA.

Señor, pues este favor
Tan anticipado premia
El deseo de arbolar
Vuestra militar bandera
Entre estos bárbaros, donde
Vuestra fe plantada crezca,
En vuestro nombre, subiendo
A este risco, en su eminencia
La fijaré. (Sube á lo alto del monte.)

TUCAPEL.

¡Ay de mí! que entre
El leon y el tigre me deja,
Mas yendo tras él, seguro
Iré.— Pero en su defensa
Se vuelven contra mí.

CANDIA.

Ahora

Que ya tremolada queda,
Deste bruto baluarte
En la mas rústica almena
Vuestro estandarte, Señor,
(Deja la cruz, y baja cortando ramas.)
Volveré al mar con las señas
Destas ramas... y estos frutos...
Y este indio, de quien la lengua
Aprendamos, para que
La entendamos á la vuelta.—
Ven tú conmigo, y vosotros,
Amigos...

TUCAPEL.

¡Ay, que se acercan!

CANDIA.

Quedad en paz. Que me vaya
Yo en paz, que me dicen muestran,
Volviendo al monte.— Ven tú.

TUCAPEL.

Glauca, pues ves que me llevan
A ser de una bestia pasto,
No seas pasto de otras bestias
Tú en mi ausencia.

CANDIA.

Nuevos mundos,
Cielos, sol, luna y estrellas,
Aves, peces, fieras, troncos,
Montes, mares, riscos, selvas,
Buena prenda os dejo, en fe
De que si hoy la gente vuestra
Adora al Sol que amanece,
Hijo de la aurora bella,

Vendrá tan felice día
Que sobre estas mismas peñas,
Con mejor sol en sus brazos,
Mejor aurora amanezca.
(Vase, llevando á Tucapel.)

ESCENA IX.

LA IDOLATRÍA, en traje de india, negro y salpicado de estrellas, con bengala y plumas; despues, PIZARRO, ESPAÑOLES É INDIOS, dentro.

IDOLATRÍA.

Primero que ese día
Llegue á ver yo, que soy la Idolatria
Desta bárbara gente, [te,
Que en los trémulos campos de Occiden-
Sinsaber de otro sol ni de otra aurora,
Por adorar la luz la sombra adora;
Primero (otra vez digo) que ese día,
Contra la inmemorial posesion mia,
El Perú llegue á ver en su campaña
Las invasiones de la Nueva-España,
Verá (si Dios la accion no me limita
Y los poderes que me dió me quita)
Que mis ansias, mis penas y temores
Con el mágico horror de mis horrores
Perturban de manera
De tierra y mar hoy una y otra esfera,
Que el mar, ántes que desta hallada pla-
Aquel bajel con las noticias vaya, [ya
Le embata, le zozobre y le persiga,
Por mas que ahora, viento en popa, diga
En mi oprobio y mi ultraje...

PIZARRO. (Dentro.)

Vira al mar.

ESPAÑOLES. (Dentro.)

Buen viaje, buen pasaje.

IDOLATRÍA.

Y la tierra tambien verá en sus daños
Revalidar error de tantos años,
No tan solo volviendo al ejercicio
Del que dejó suspenso sacrificio,
Pero aun con mas terror, pues si ántes
Victima bruta aquesa ú otra fiera, [era
Ahora he de hacer que victima sea hu-
[mana;
Porque siendo, como es, Copacavana
Templo del Sol, y su ara aquella peña
Contra quien puso el español por seña
El cruzado madero
A cuya vista pasmo, gimo y muero;
En ella es bien (sin que atreverme pue-
A sus ultrajes, porque no suceda [da
Lo que en la Nueva-España,
Que arbolando otra cruz otra montaña,
Hice ponerla fuego,
Y ardiendo sin quemarse, lo que el ciego
Insulto consiguió, en vez de abrasarla,
Fué temerla, admitirla y venerarla :
Y así digo otra vez, sin que me atreva
A que este vulgo en su baldon se mueva)
Es bien satisfacer mi desvario,
Con que á su vista el sacrificio mio
Con sacrilego intento
Trascienda desde bárbaro á cruento :
A cuyo efecto, ya en sôaves voces,
Ya en voces tristes, sonarán veloces
En todo el monte oráculos, diciendo...

VOCES. (Dentro.) [yendo.

Albricias; que ya el monstruo se va hu-

IDOLATRÍA.

Pero no, no prosiga :
Dígame el tiempo sin que yo lo diga,
Pues vuelven á juntarse, repitiendo...

INDIOS. (Dentro.) [yendo.

Albricias; que ya el monstruo se va hu-
(Vase la Idolatria.)

ESCENA X.

INDIOS É INDIAS, con arcos y flechas, SACERDOTISAS, MÚSICOS, EL INGA, GUACOLDA, EL SACERDOTE; despues, YUPANGUÍ.

GUACOLDA.

¿Qué mucho, si en hileras
El armado escuadron vió de las fieras
Contra él tan prevenido?

INGA.

¿Quién duda que haya sido
Quien irse sin salir á tierra le hace?
(Sale Yupanguí.)

YUPANGUÍ.

No, señor; de mas alta causa nace
Su vuelta y su venida :
Maravilla mayor hay escondida.

INGA.

¿Cómo?

YUPANGUÍ.

Como volviendo á la ribera,
En dejándote á ti, por si pudiera
Averiguar quién tanto horror nos daba,
Pequeña embarcacion vi que arrojaba
Al mar, bien como algunas
Balsas en que sulcamos las lagunas.
Aquí empecé á formar primera idea
De que mas que animal, fábrica sea :
Confirmólo despues ver cuánto asom-
[bre
Que esta balsa arrojase á tierra á un
[hombre
De extraño aspecto. Referir no quiero
Que le hablé y que me habló, si consi-
Que no nos entendimos, [dero
Y no puedo decir qué nos dijimos;
Baste saber que en duelo tan prolijo
Dijo la accion lo que la voz no dijo.
Un tronco que traía
Arboló contra mí; la aljaba mia
Un arpon contra él; pero al instante
Que le quise flechar, una radiante
Luz me cogió, y, el brazo entumecido,
Tras el arco y arpon perdí el sentido.
Culparás mi pavor; pues no le culpes
Hasta que con las fieras le disculpes.
Yo vi á lo lejós que un leon le hacia
Brutos halagos, cuya accion seguía
Un tigre, y que de ambos amparado,
Subió á ese risco, en que dejó fijado
Sobre su pardo ceño
De basto tronco el no labrado leño :
Con que volviendo al mar, llevó consigo
A Tucapel, criado que conmigo
Estaba en la marina.

GLAUCA.

¿Cómo dices no ser cosa divina
La que daño no ha hecho [vecho?
A nadie, y me ha hecho á mí tanto pro-

SACERDOTE.

Calla, necia.

YUPANGUÍ.

De suerte,

Que si en sus hechos la razon advierte,
En la que naturalmente me fundo,
Sin que el discurso deba nada al arte,
Es que debe de haber de esotra parte
Del mar otra república, otro mundo,
Otra lengua, otro traje y otra gente,
Y aquesta tan mañosa ó tan valiente,
Que se ha sabido hacer con singulares
Fábricas vivideros esos mares;
Y para mas desmayos
Se ha sabido forjar truenos y rayos,
Con relámpagos tales,
Que deslumbran á hombres y animales.
Y pensar que han movido tanto empeño
Como venirse á playas extrangeras,

Y para solo colocar un leño
Vivir ondas, traer rayos, domar fieras,
No, señor, no es posible.
Aquí hay misterio mas incomprensi-
Y así es bien discurremos [ble;
Qué hemos de hacer, y que nos preven-
Por si otra vez volviere, [gamos,
Y prevenidos, sea lo que fuere.

INGA.

A tu suceso atento,
Ménos le alcanzo cuanto mas le siento,
Y así, no sé, no sé lo que debamos
Hacer.

SACERDOTE.

Yo sí.

INGA.

¿Qué es?

SACERDOTE.

Que prosigamos,
Dejándonos plantado ahí ese bruto
Leño hasta ver qué flor nos da ó qué fru-
El sacrificio; y todos invoquemos [to,
Hasta su templo al Sol, por si podemos
Alcanzar que nos diga
Qué hemos de hacer.

YUPANGUÍ.

Y es justo.

GUACOLDA.

Pues prosiga

La invocacion; mas contan otro acento,
Que lo que fué armonía, sea lamento.

INGA.

Hermoso padre del día,
De tanta confusion, di,
¿Querrás restaurarnos?

ESCENA XI.

LA IDOLATRÍA, invisible. —
DICHOS.

IDOLATRÍA. (Cantando.)

Sí.

INGA.

Ya respondió á la voz mía.

GUACOLDA.

Pues ¿qué debemos hacer,
Si á mí te mueves á darme
Tambien respuesta?

IDOLATRÍA.

Obligarme.

SACERDOTE.

Si obligándote ha de ser,
¿Con qué te podrá obligar
Mérito, que aunque se crea,
Obrar no sabe?

IDOLATRÍA.

Desea.

UN INDIO.

Ya que es mérito desear,
Yo deseo saber qué
Naturaleza tirana
Fué la que aquí llegó.

IDOLATRÍA.

Humana.

YUPANGUÍ.

Si humana, cual dices, fué,
¿Cómo asombra con horrores,
Y deja tan confundida
La razon, la alma y la...

IDOLATRÍA.

Vida?

OTRO INDIO.

Porque del todo mejores
Nuestra ciega confusion,
¿Cuál será el mejor indicio
De nuestra fe?

IDOLATRÍA.

El sacrificio.

OTRO INDIO.

Si los sacrificios son
El mejor ruego, á ellos vamos.

OTRO.

Haz que aqueste en que se emplea
Tu pueblo hoy, sea acepto.

IDOLATRÍA.

Sea.

INGA.

De todo cuanto escuchamos,
Nada inferimos.

SACERDOTE.

Sí harémos,

Si de lo que ha respondido
Componemos el sentido.

YUPANGUÍ.

¿Y cómo le compondrémos?

SACERDOTE.

Diciendo cada uno, ya
Que á todos nos respondió,
Lo que á él dijo.

INGA.

¿Empiezo yo?

GUACOLDA.

Sí, y mi voz te seguirá.

INGA Y MÚSICA.

Sí...

GUACOLDA Y MÚSICA.

Obligarme...

SACERDOTE Y MÚSICA.

Desea...

UN INDIO Y MÚSICA.

Humana...

YUPANGUÍ Y MÚSICA.

Vida...

OTRO INDIO Y MÚSICA.

El sacrificio...

OTRO Y MÚSICA.

Sea.

TODOS Y MÚSICA.

*Si obligarme desea,
Humana vida el sacrificio sea.*

SACERDOTE.

Sin duda el Sol, ofendido
De que en tu presencia fuera
Bruta víctima una fiera,
Hoy elevarla ha querido
A que sea racional,
Dando de su enojo indicio
No ser real el sacrificio
Que asiste persona real.

INGA.

Si eso es lo que nos advierte,
¿Cómo qué vida es no avisa?

SACERDOTE.

Como es la sacerdotisa
A quien le toque la suerte.
Las mas nobles dedicadas
Para eso en el templo están,
Deseando el cuándo serán
A su dios sacrificadas.

SACERDOTISAS.

A eso obligadas vivimos
Las que al Sol nos consagramos.

GLAUCA.

Y desto nos excusamos
Las que patanas nacimos.

INGA. (Ap.)

Si á aquella toca, ¡ay de mí!

YUPANGUÍ. (Ap.)

¿Qué pena será tan fuerte,
Si á ella tocase!

INGA.

Y la suerte,

¿Cómo suele echarse?

SACERDOTE.

Así.

Cada una una flecha dé,
Y en mi mano y en su mano,
El mas noble ó mas anciano
Se ha de nombrar, para que,
Vendados los ojos, llegue,
Porque en señas no repare;
Y de aquella que él tomare,
El dueño al ara se entregue,
Cuando cumplidos estén
Los cuatro legales días,
En que de sus alegrías
Padres y deudos se dén
La norabuena.

SACERDOTISAS.

Obedientes

Ya aquí las flechas están
(Pone cada una su flecha en manos del
Sacerdote, teniéndolas él por un lado
juntas, y ellas por otro, cada una la
suya.)

GLAUCA. (Ap.)

¿Luego que es malo dirán
El no ser ninfas las gentes!

INGA.

Nombrá ya el que ha de llegar.

SACERDOTE.

Hallándote tú aquí, no,
No es bien que le nombre yo:
Tú, señor, le has de nombrar.

INGA.

Yupanguí...

YUPANGUÍ.

Señor..

INGA.

A ti,

Pues el mas noble ha de ser,
Te nombro.

YUPANGUÍ.

El obedecer

Es fuerza.

SACERDOTE.

Y fuerza que aquí

Los ojos te venden.

YUPANGUÍ. (Ap.)

Bien

Se pudo excusar, pues llego,
Aunque no los venden, ciego.

(Véndante los ojos.)

¿Quien, cielos, creyera, quién,
Que donde Guacolda está,
Estimara no ser ella
La que eligiese mi estrella?

SACERDOTE.

Llega hácia esta parte.

YUPANGUÍ.

Ya

Con todas las flechas dí.

SACERDOTE.

Una has de tomar no mas.—

(Llega y toma la flecha de Guacolda.)

Ya descubrirte podrás.

YUPANGUÍ.

¿A quién he elegido?

GUACOLDA.

A mí.

YUPANGUÍ. (Ap.)

¿Grave pena!

GUACOLDA. (Ap.)

¿Dolor fuerte!

(Retiranse los dos á las dos esquinas del tablado.)

INGA.

Pues no es justo que me vea,
Aunque feliz muerte sea,
Nadie condenado á muerte,
No sin lástima me ausento,
Hermosa beldad, de ti.
(Ap. No es sino excusar que aquí
Reviente mi sentimiento.)

SACERDOTE.

Dichosa tú, que crisol
Hoy de nuestra fe serás!

SACERDOTISAS.

Venturosa tú, que vas
A ser esposa del Sol!

GLAUCA.

Buen parabien! pero dél
No gusta. Mas ¿cómo estoy
Tan fiera, que á hacer no voy
Que lloro por Tucapel?

(Vanse todos, menos Yupangui y Guacolda.)

ESCENA XII.

GUACOLDA, YUPANGUÍ.

YUPANGUÍ.

Dos culpas, Guacolda bella,
Resultan hoy contra mí:
Que con vista te elegí,
Y que te elegí sin ella;
Pero ni desta ni aquella,
Feliz é infeliz mi suerte
Se ha de disculpar, si advierte
Que una fué para adorarte,
Otra para sublimarte,
Y entrambas para perverte.

GUACOLDA.

De una y otra; ay de mí! fuera
Cualquiera disculpa error,
Y voy, dejando al amor
En aquella edad primera,
A que no sé si sintiera
Más que eligieras tú, y no
Fuera la ciega yo;
Y así, que errases te niego
Ciego; que no estuvo ciego
Quien lo que hubo de ver vió.

YUPANGUÍ.

Ahora es mayor mi afliccion,
Viendo que en mi ceguedad
Resignes tu voluntad.

GUACOLDA.

Quizá no es resignacion.

YUPANGUÍ.

¿Pues qué?

GUACOLDA.

Desesperacion
De que mi padre su esquivo
Enemidad vengue altiva
En los dos, pues porque fuiste
Tú quien á Guáscar seguiste
Cuando él siguió á Atabaliba,
Por no darme á ti, forzada
Me traje al templo, y no sé
Si conformarme podré
A morir sacrificada;
Pues cuando no hubiera nada
De aquel violento rigor
Ni deste infelice amor,
Ni cuanto da que temer
Pasar del ser á no ser,
Tuviera el mismo dolor
Por no sé qué natural
Luz que repugna infinito
A que en mí no haya delito
Y haya en un Dios celestial
Sed de humana sangre, tal
Que obligue fiero y cruel,

T. XIV.

Sin odio de fe, á que un fiel
Mate á otro fiel. ¿Es ley, di,
Que un dios no muera por mí,
Y que yo muera por él?

YUPANGUÍ.

No sé; mas sé que admirada
Mi razon con tu razon,
Me ha puesto en tal confusion,
Que... Mas no te digo nada,
Sino solo que si entrada
Pudiera hallar para que,
Sin argüir en la fe
Del Sol, ántes que rendida
Tu vida, viera mi vida...

GUACOLDA.

No, no prosigas; que aunque
Tiene á la laguna puerta
Este templo, y ella tiene
Balsas en que á tiempo viene
Bastimento, y puedo, abierta
De noche, irme á una desierta
Isla, á ocultarme oportuna,
Temiendo al Sol mi fortuna,
En vano mi dolor cay
En que hay noche y templo, y hay
Puerta, balsa, isla y laguna. (Vase.)

ESCENA XIII.

YUPANGUÍ.

¿Qué mas claro ha de decir
Su abandonado despecho
Que fué cómplice mi amor
Del estado en que la ha puesto
Su suerte; ni qué mas claro
Me pudo su sentimiento,
Para que salve su vida,
Facilitarme los medios?
Mas ¿cómo podré; ay de mí!
Arrojarme á atrevimiento
Tan grave como quitarle
Al Sol tal víctima? Pero
¿Qué dudo ni qué reparo?
Que si no hubiera preceptos
Que romper, no hubiera culpas,
Y quedarán sin aprecio
Finezas de amor, que dellas
Alimentan sus efectos.
Iré donde, si ella sale
A ver si temo ó no temo
Al Sol, vea que...

ESCENA XIV.

EL INGA.— YUPANGUÍ.

INGA.

Yupangui...

YUPANGUÍ.

Señor...

INGA.

A buscarte vuelvo

Con una pena, que solo
La fiara de ti.

YUPANGUÍ.

¿En qué puedo
Servirte? que ya tú sabes
Mi amor, mi lealtad y celo.

INGA.

De uno y otro asegurado,
Sabrás que desde aquel mesmo
Instante que vi la rara
Hermosura sin ejemplo
De aquella sacerdotisa,
Que entre el asombro y el miedo,
Por vencer con menos armas,
Venció sin color ni aliento,
Ni vivo, ni sé de mí;
Y mas despues que añadiendo
Fuerza á fuerza, rayo á rayo,

Llama á llama, incendio á incendio,
La lástima de su suerte
Aumentó el dolor. No quiero
Tenerme en cuan poderosos
Son dos contrarios afectos
Que para embestir aúnan
Lástima y cariño á un tiempo.
Porque no muriera, diera
La vida. No, no suspenso,
No turbado, no confuso
Me escuches, como diciendo
Entre ti, que ¿cómo al Sol
A quien tantas glorias debo,
Me atrevo contra su culto
Ni aun á imaginarlo? Pero
Antes que tú lo pronuncies,
Saldrá mi voz al encuentro
Con decirte que un amor
Que no tiene mas remedio
Que morir de ver morir,
No dudo dore sus yerros
A rayos del mismo Sol;
Mayormente cuando puedo
Desenjarle con otras
Dádivas; y remitiendo
A que, sea lo que fuere
O su perdon ó su ceño,
Ella ha de vivir, y tú
Has de ser el instrumento.
Los cuatro legales dias
En que sus padres y deudos
La celebran, engañando
El dolor con el obsequio,
Te doy de plazo á que pienses
Cómo ha de ser, ya tu ingenio,
De la noche, la laguna,
Balsas y puertas del templo
Se valga, ó ya tu valor,
A todo trance resuelto,
De disfraces para el robo
Ó de armas para el estruendo.
Tú en fin me la has de poner
En salvo, y despues el tiempo
El desagravio del Sol
Nos dirá.

ESCENA XV.

LA IDOLATRÍA. — Dichos.

IDOLATRÍA. (Dentro.)

¿Guáscar!

INGA.

El viento
Mi nombre pronuncia: gente
Será que en mi seguimiento
Viene. Para que no vean
Que hablamos solos, haciendo
La plática sospechosa,
Mientras salirles intento
Yo por esta parte al paso,
Quédate tú aquí: advirtiéndome
Que en tu ingenio ó tu valor,
Honor, alma y vida dejo.
Viva esta beldad, y viva
Tu rey, ó ambos mueran. (Vase.)

ESCENA XVI.

YUPANGUÍ.

¡Cielos!

¿Quién en el mundo se ha visto
Embestido tan á un tiempo
De celos, lealtad y amor?
¿Celos dije? Bien por ellos
Empecé; que son un mal
Tan descortés y grosero,
Que en concurso de otros males
Siempre se toma el primero
Lugar. De celos ¡ay triste!
Vuelvo á decir, pues que veo
De otro adorada á Guacolda;

46

De lealtad, pues es sugeto
 Con quien yo ni declararme
 Ni satisfacerme puedo,
 Y de amor, pues cuando estoy
 (Contra los divinos fueros
 Que amenazaron su vida)
 A restaurarla resuelto,
 Aun los propios medios míos
 Se vuelven contra mí mismo.
 Pues ó los consigo, ó no.
 Si no los consigo, dejo
 Que muera; y si los consigo,
 Es para otro: con que en medio
 De la argüida cuestion
 Vengo á estar, de ¿cuál es ménos
 Dolor, morir para mí,
 O vivir para otro dueño?
 En cuya confusion...

ESCENA XVII.

LA IDOLATRÍA Y EL INGA, dentro.
 — YUPANGUÍ.

IDOLATRÍA. (Dentro.)
 ¡Guáscar!

¡Guáscar Inga!
 INGA. (Dentro.)
 Veloz eco,
 Ya que me vienes buscando,
 ¿Para qué te vas huyendo?

YUPANGUÍ.
 Otra vez la voz le llama,
 Tras cuyo sonido el centro
 Del monte penetra. Quede
 Aquí mi dolor suspenso,
 Supuesto que ni es ni ha sido
 Para terminado presto,
 Y vaya á ver qué será
 (Puesto que todo es misterios
 De Copacavana el valle)
 Voz, que sin dar con el dueño,
 A lo mas fragoso, mas
 Enmarañado y desierto,
 Diciendo le lleva... (Vase.)

—
 Monte con peñascos.

ESCENA XVIII.

EL INGA; y despues, LA IDOLATRÍA.

INGA.
 Dime,
 Pues te sigo y no te encuentro,
 Siquiera quien eres.
 (Sale la Idolatría.)

IDOLATRÍA.
 Yo.

INGA.
 Al verte más, lo sé ménos:
 Y así, á preguntar quien eres,
 Aun despues de verte, vuelvo.

IDOLATRÍA.
 Soy la deidad á quien tocan
 Los cultos del Sol, y vengo
 A lidiar por él contigo.
 Y pues ha de ser el duelo,
 Para mas victoria mia,
 Cara á cara y cuerpo á cuerpo,
 ¿Qué esperas? Llega á mis brazos.

INGA.
 Si rendido me confieso
 Yo á tus sombras ó á tus luces,
 ¿Para qué es la lid?

IDOLATRÍA.
 ¡Qué efecto
 Tan propio es de los ingratos
 Darse por vencidos presto!
 ¿Cómo es posible que quien

Debe al Sol tantos imperios,
 Impida sus sacrificios?

INGA.

Como yo no se los debo
 Al Sol. Si él los dió á su hijo,
 Y yo de su hijo descendo,
 Ya no es dádiva la mia,
 Si no herencia; y fuera desto,
 Cuando se los deba al Sol
 Como á padre, si hoy le ofendo,
 ¿Qué hará en perdonar mañana
 Tan bien disculpado yerro
 Como amar una hermosura
 Que él crió?

IDOLATRÍA.

Más que piensas.

INGA.

Eso

Es amenazar, y amor
 No teme amenazas.

IDOLATRÍA.

(Ap. ¡Cielos!

Durar él en su pasion
 Sin darle pavor ni aspecto,
 Bien me da á entender que el dia
 Que entra el sagrado madero
 De la Cruz en el Perú,
 Es para que lo sangriento
 Cese de mis sacrificios.
 Mas ¿qué lo extraña, si advierto
 Que en el Ara de la Cruz
 Cesó todo lo cruento,
 Pues desde allí fueron todas
 Hostias pacificas? Pero
 No, no me dé por vencida;
 Que aunque revele secreto
 Que há tantos años que guardo,
 Con él le pondré tal miedo,
 Que no se atreva á impedir
 Que á vista del Sacro Leño
 Sean víctimas humanas
 Triunfos míos.) En efecto,
 ¿Te fundas en que es herencia,
 Y no dádiva, este reino,
 Y en que es perdonar un padre
 Fácil?

INGA.

Sí.

IDOLATRÍA.

Pues porque en eso
 No te fies, ni el Sol fué
 Tu padre, ni pudo serlo,
 Ni este imperio sin mi pudo
 Ser tuyo.

INGA.

¿Cómo?

IDOLATRÍA.

Oye atento.
 Manco-Cápac, rico y noble
 Cacique, fué á quien el cielo...
 — Pero, ántes que yo á decirlo,
 Quiero que llegues tú á verlo;
 Que no he de hacer sospechosa
 Mi verdad: y así, pretendo
 Que en su crédito afiance
 Un portento á otro portento.

ESCENA XIX.

Ábrese un peñasco, y vese á UNJÓVEN¹,
 vestido de pieles, recostado en una
 peña. — DICHOS.

IDOLATRÍA.

¿Qué ves en aquesta gruta?

INGA.

Un hermoso jóven bello,

¹ Guáscar, dice en las ediciones anteriores; pero el hijo de Manco-Cápac se llamaba *Sinchi-Roca*.

Que sobre una peña yace,
 De toscas pieles cubierto.

IDOLATRÍA.

Pues escucha lo que dice.

INGA.

Ya á sus razones atiendo.

EL JÓVEN.

¿Cuándo, padre, será el dia
 Que de aqueste obscuro centro
 Me saques á ver la luz?
 Si ya bien sabidas tengo
 Tus lecciones; si ya cuanto
 Me has instruido lo aprendo
 Tan á satisfaccion tuya,
 Que te has admirado, viendo
 Que el entendimiento tuyo
 Trasladé á mi entendimiento,
 ¿Qué aguardas para que llegue
 A verme en el trono excelso
 Que me has prometido? Mira
 Que un bien esperado es ménos
 Todo aquello que le quita
 De estimacion el deseo;
 Que aunque la dicha es gran joya,
 Esperarla es mucho precio.
 Ven pues, vén á que segunda
 Vez nazca del duro seno
 De aquesta roca, si no
 Quieres que á mis sentimientos
 Lleguen tarde tus alivios,
 Llegando mi muerte presto.

(Ciérrase la gruta.)

INGA.

Aunque entiendo sus razones,
 El propósito no entiendo.

IDOLATRÍA.

¿Qué mucho si ha de decirlo
 Otro prodigio primero?
 Ya has visto el centro del monte;
 Pues pasa de extremo á extremo,
 Y mira ahora la cumbre.

ESCENA XX.

Va saliendo por lo alto del peñasco un
 sol, y tras él un trono dorado, con
 rayos, y en su araceli sentado el mis-
 mo JÓVEN de ántes, vestido ricamen-
 te, con corona y cetro. — LA IDOLA-
 TRÍA, EL INGA.

IDOLATRÍA.

¿Qué ves en ella?

INGA.

No puedo
 Decirlo; que me deslumbra
 Un sol que va amaneciendo
 En su oriente.

IDOLATRÍA.

Pues porfia
 A mirarle; que lo mesmo
 Hacen cuantas gentes ves
 Concurrir á ese desierto.

INGA.

Es verdad: todo poblado
 De gentes está, y ya intento
 Verlo.

IDOLATRÍA.

¿Y qué ves?

INGA.

Entre varios
 Tornasoles y reflejos,
 Que como sin ver al sol
 No se ven, ciegan al verlos,
 Miro como pedazo
 Suyo, va otro sol saliendo
 En un luciente, un hermoso
 Trono, en quien, como en espejo,